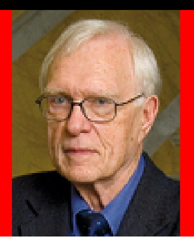
Elementos

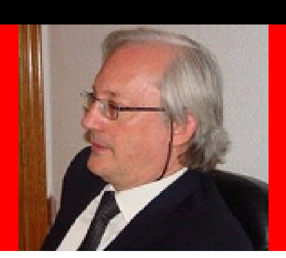
Metapolítica para una Civilización Europea   Nº 68



EL MITO DEL FASCISMO
REVISIONES E INTERPRETACIONES
Trilogia Vol. II



Stanley G. Payne
Teorías del fascismo
El fascismo genérico
Hacia una comprensión del fascismo histórico



Ernesto Milá
El fascismo: sindicalismo, futurismo, nacionalismo

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com



Elementos Nº 68

EL MITO DEL FASCISMO
REVISIONES E INTERPRETACIONES
Trilogía Vol. II

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Sumario

La esencia del Fascismo como fenómeno europeo

Giorgio Locchi

Conferencia-Homenaje a Adriano Romualdi

Soy un hombre de escritura, no un orador. Hablar en público es para mí una tarea temible y siempre desagradable. Esta tarea es hoy, en mi caso, más desagradable de lo habitual, porque, estando entre los últimos en tomar la palabra, sé que diré cosas que algunos no compartirán. Además, tengo la convicción de poseer, respecto a los oradores y autores de las intervenciones que me han precedido, una singular ventaja al conmemorar e ilustrar la obra de Adriano Romualdi; y tener ventaja es algo que no me gusta. Esta singular ventaja mía es la siguiente. Todos los que han hablado hasta aquí de Adriano Romualdi lo han conocido personalmente, al menos tuvieron ocasión de verlo, de encontrarse con él, de hablarle una o dos veces. Habiéndole conocido vivo, han conocido su muerte: y hoy saben que ha muerto e, inevitablemente, hablan de él como muerto, como alguien que ya no está, aun cuando quizá continúe de algún oscuro modo presente. Yo vivo desde hace veintiséis años en Francia, lejos de los asuntos italianos, y no he conocido nunca personalmente a Adriano Romualdi. Es más: confieso que he ignorado totalmente su existencia hasta hace cuatro o cinco años cuando me la descubrió un grupo de jóvenes italianos que había venido a París buscando ideas que evidentemente no existían. Entonces, poco a poco, he descubierto la obra de Adriano Romualdi y la he descubierto, para mí, más viva que muchos vivientes, actualísima. Adriano Romualdi es un pensamiento que no cesa de hablarme y al cual yo respondo. Celebrando a Adriano Romualdi, celebro una presencia viva en mi tiempo y, de este tiempo, parte integrante.

Alguien, ayer, recomendó "no embalsamar a Adriano Romualdi". Es una idea que, precisamente, nunca podría venirme a la mente, porque para mí Adriano Romualdi está vivo; y no se embalsama a los vivos. Y dejarme deciros, crudamente, que, a mis ojos, el rechazo a "embalsamar" a Romualdi resulta una idea extremadamente sospechosa. No querer embalsamar algo que se tiene por un cadáver significa, en efecto, querer que este cadáver se descomponga, apeste, y que la gente se aleje de él. Significa pretender que la obra de Romualdi ha tenido su tiempo, que está superada y sería por consiguiente un error grave sacralizarla, impidiendo a los vivos superarla, ir más allá. Detrás de este modo de pensar y sentir no hay solamente, malignamente activo, ese ciego prejuicio progresista que para nosotros, pienso, debería ser extraño. Existe también, y sobre todo, un plan para relegar a un pasado definitivamente muerto una obra y un ejemplo de acción que, ayer como hoy, no cesan de incomodar profundamente y de incomodar, en particular, a ciertos jóvenes, o que se pretende tales, que han hecho una religión del éxito y del éxito en la sociedad de hoy tal cual es. No por nada, uno de estos jóvenes hace poco hallaba, cándidamente, una razón para condenar el fascismo justamente en el hecho de que éste no había tenido éxito, de que había perdido. Y lo bello del caso es que este joven sin duda también querría asumir valores trágicos y heroicos al mismo tiempo...

Sí, Romualdi incomoda y no deja de incomodar por dos razones fundamentales. La primera razón consiste en que él es, en la acción y en el pensamiento, un ejemplo raro y casi único de coraje. Empeñado en una carrera universitaria, comprometido políticamente, ha tenido el coraje de no atrincherarse astutamente detrás de una máscara, de no haber querido salir -con palabras o con hechos- del llamado túnel del fascismo. Él, al contrario, se ha proclamado abiertamente fascista y se ha reconocido precisamente dentro de la forma del fascismo más comprometida a los ojos del mundo de hoy y del sistema en el cual vivimos. Pero los ejemplos vivientes de coraje, por lo demás, son la cosa más incómoda y más irritante para

quien no lo tiene... Romualdi molesta por tanto por otra razón no menos importante: a causa de su honestidad intelectual, también ella ejemplar. Ciertos adversarios del fascismo e incluso algunos amigos han afirmado que el pensamiento de Romualdi habría sido configurado por el "complejo de los vencidos". Pero Romualdi no era y no es un vencido, porque no se ha reconocido y no se reconoce vencido y siempre ha continuado -y continúa con su obra- combatiendo por sus ideales. Vencido es aquel al que la derrota obliga a pensar y a actuar de otra manera. Adriano Romualdi no ha pensado de otra manera. Simplemente, ha constatado una evidencia: la derrota de 1945 había cambiado radicalmente la situación en la cual el fascismo debía de actuar si todavía quería ser. Precisamente por esto su pensamiento permanece como esencial, y no superado: ha sabido reflexionar, en su calidad de fascista, sobre la nueva realidad diseñada en 1945, una realidad que es, invariablemente, la realidad de hoy. Romualdi se ha preguntado sobre lo que debe y puede hacer un fascista en un mundo y en una sociedad que ha colocado al fascismo fuera de la ley. Y puesto que ya los vencedores, convertidos en amos absolutos de la palabra, ofrecían una imagen falsa y deformada del fascismo, él ha querido ante todo poner de manifiesto qué es el fascismo, de dónde proviene, qué significa ser fascista. Allí donde otros, hincando intelectualmente las rodillas, se afanaban grotescamente en justificar el fascismo según las formas morales de los vencedores del 45, Romualdi ha tenido la honestidad intelectual de decir y de afirmar claramente que el fascismo es revuelta contra el mundo y la sociedad en la que vivimos, que su moral es totalmente otra, que es algo por lo tanto que el mundo y la sociedad de hoy no pueden aceptar. Quien quiere estar de algún modo de acuerdo con el mundo de hoy y descender al compromiso y al diálogo con el sistema, no tiene derecho a identificarse con Adriano Romualdi.

Alguien se ha preguntado ingenuamente sobre qué haría hoy Adriano Romualdi, en el actual contexto político y cultural, si por ventura estuviera todavía vivo en carne y huesos. La pregunta sugería retóricamente que Romualdi habría quizá sufrido una evolución, cambiando de parecer. Y lo sugería partiendo del presupuesto, considerado evidente, de que en estos diez años la situación habría cambiado radicalmente y que por consiguiente la reflexión histórica de Romualdi sobre la realidad habría cambiado igualmente. Yo considero que la situación es esencialmente la misma que aquella que la obra de Romualdi afronta. Pero, aun cuando la situación política hubiese cambiado, solamente cambiaría el modo de hacerse, no ya aquel principio en el cual la acción debe inspirarse. Por otra parte, cuando yo hablo de la obra de Adriano Romualdi y de su presencia viviente, me refiero ante todo a su obra de historiador, a sus estudios sobre el fascismo fenómeno europeo.

El fascismo es lo que es. Como todo lo que es, puede morir y salir de la historia. Pero, históricamente muerto o vivo, permanece por siempre siendo lo que es: fascismo. Ahora, sobre el fascismo, Romualdi ha dicho verdades esenciales, que permiten adquirir una más profunda consciencia sobre lo que el fascismo es, y que, también, permiten a los fascistas adquirir una consciencia más profunda sobre lo que ellos son. Es precisamente este aspecto esencial de la obra de Romualdi el que yo querría recordar, también porque me parece que muchos preferirían olvidarlo e ignorarlo. Hablar de ello resulta fácil para mí, dado que mi concepción y mi visión del fascismo son esencialmente idénticas a las de él. Mi afinidad electiva hacia Romualdi abarca también los tiempos fundamentales de su investigación y de su reflexión: el carácter europeo del fenómeno fascista, el origen nietzscheano del sistema de valores del fascismo, la Revolución Conservadora (1) en Alemania y fuera de Alemania, el redescubrimiento de los Indo-europeos y su función de mito originario en la imaginación fascista.

La primera enseñanza fundamental de Adriano Romualdi es que, más allá de diferencias específicas, todos los movimientos fascistas y todas las variadas expresiones de la Revolución Conservadora (entendida aquí como corriente espiritual) tiene una esencia común. Afirmar la europeidad del fenómeno

fascista comporta un inmediato aspecto político concerniente al porvenir: a ojos de Romualdi es precisamente en la esencia del fascismo donde todavía hoy reside la única y exclusiva posibilidad de restituir a Europa un destino histórico.

Adriano Romualdi ha demostrado claramente que los movimientos fascistas de la primera mitad de siglo y las distintas corrientes filosóficas, artísticas, literarias de la llamada Revolución Conservadora tienen la misma esencia común, obedecen a un mismo sistema de valores, tienen una idéntica concepción del mundo, del hombre, de la historia. Hoy, sin embargo, una nueva intelligentsia de derecha querría poner en contradicción Fascismo y Revolución Conservadora, de la misma manera que, por otra parte, a fin de legitimarse -es cierto- en el seno del mundo democrático, coloca en paralelo stalinismo y nacional-socialismo, regímenes comunistas y regímenes fascistas, metiéndolos grotescamente en el mismo saco de un mal definido totalitarismo. El Fascismo -dice esta gente- habría en cualquier caso explotado ideas de la Revolución Conservadora, pero desnaturalizándolas y falsificándolas. Es pues necesario, justamente en el marco de esta celebración del pensamiento de Adriano Romualdi, reafirmar con fuerza la común esencia del fascismo y de la Revolución Conservadora y, a tal objeto, ilustrar esta esencia y, a la vez, precisar su contenido.

Romualdi ha intuido que el origen del fenómeno fascista era ante todo de orden espiritual, enraizado en un específico filón de la cultura europea. Y lo más importante: ha sabido reencontrar este origen en la obra de Nietzsche o, más exactamente, en el sistema de valores propugnado por Nietzsche (y, luego también, en segundo término, en ciertos aspectos del romanticismo, que anuncian y preparan la obra de Nietzsche). Su prematuro y trágico fin no ha permitido a Adriano Romualdi encuadrar su pensamiento en una completa visión filosófica de la historia y definir, así, de modo exhaustivo y preciso la relación genética que media entre la obra de Nietzsche, la Revolución Conservadora y el Fascismo. Hay que reconocer que poner en evidencia esta relación no es tarea fácil. Y no lo es por una simple razón, a causa de la naturaleza particular de la obra de Nietzsche, que no es una obra puramente filosófica, es decir: de reflexión y sistematización del saber, sino que es también, y sobre todo, obra poética, sugestiva, creadora, que expresa y da históricamente vida a un sentimiento nuevo del mundo, del hombre y de la historia. La relación entre comunismo, socialismo y filosofía marxista, teoría marxista, es clara y tangible. Socialistas y comunistas son y se dicen marxistas, aun cuando después, fatalmente, cada uno de ellos interprete a Marx a su modo. Contrariamente, en lo que respecta a los movimientos fascistas, un reclamo explícito a Nietzsche no existe. En algunos casos, estos reclaman a Nietzsche como a una fuente entre tantas otras, como un precursor entre otros tantos. Pero también se da el caso de movimientos fascistas que ignoran a Nietzsche o que, desconociéndolo, creen su deber rechazarlo, en todo o en parte. Los movimientos fascistas de la primera mitad del siglo son la expresión política, inmediata e instintiva, de un nuevo sentimiento del mundo que circula por Europa a partir ya de la segunda mitad del siglo XIX. Tienen el sentimiento de vivir un momento de trágica emergencia y se precipitan a la acción obedeciendo a este sentimiento; se movilizan políticamente pero, al contrario que otros partidos y movimientos, no hacen referencia a alguna concreta filosofía o teoría política y asumen más bien casi siempre un comportamiento antiintelectualista. Los movimientos fascistas se coagulan por instinto en torno a un programa de acción inspirado por un sistema de valores que se opone drásticamente al sistema de valores igualitarista, que se encuentra en la base del democraticismo, liberalismo, socialismo, comunismo. Por contra, resulta fácil constatar que, en el seno de un mismo movimiento fascista, personalidades de primer nivel expresan y defienden filosofías y teorías bastante diferentes, a menudo poco conciliables entre ellas e incluso opuestas. La filosofía de un Gentile no tiene nada en común con la de Evola; Baumler y Krieck, filósofos y catedráticos, eran

nacionalsocialistas y nietzscheanos, pero el nacionalsocialista Rosenberg, en cambio, criticaba duramente aspectos destacados del pensamiento de Nietzsche. Esto es un hecho innegable sobre el que se han apoyado y se apoyan adversarios del fascismo para afirmar con intención denigratoria que las referencias filosóficas del fascismo, cuando han existido, habrían sido grotescamente arbitrarias, además de contradictorias, y que por otra parte los movimientos fascistas carecerían de cualquier contenido positivo común desde el punto de vista filosófico o teórico. Éste es también, como se sabe, el punto de vista de un Renzo de Felice, y por tanto un punto de vista que permanece tanto más actual en el presente debate italiano. La argumentación es especiosa, ya que para negar una unidad de esencia se contraponen filosofías allí donde la unidad está originariamente fundada por un idéntico sentimiento-del-mundo. El fascismo pertenece a un campo, opuesto a otro campo, el igualitarista, al cual pertenecen democracia, liberalismo, socialismo, comunismo. Es este concepto de campo lo que permite captar la esencia del Fascismo, del mismo modo que permite captar la esencia de todas las expresiones del igualitarismo. Esto, Romualdi, lo había visto perfectamente, lo había afirmado de modo bastante claro. Concluyendo el breve ensayo previo a su antología de fragmentos nietzscheanos, ha dejado escrito: "Frente a Nietzsche se separan los campos. Para los otros su intolerable pretenciosidad social y humanitaria, la utopía de progreso de una humanidad de ceros. Para nosotros la conciencia, que Nietzsche nos ha dado, sobre aquello que fatalmente vendrá: ¡el nihilismo!". En este breve fragmento todo o casi todo lo esencial queda dicho. Y queda dicho, del modo más pleno, aquello que los movimientos fascistas y la Revolución Conservadora deben a Nietzsche: una conciencia históricamente nueva, la conciencia del fatídico advenimiento del nihilismo, esto es, para decirlo con terminología más moderna, de la inminencia del fin de la historia.

Cristianismo, en cuanto proyecto mundano, democracia, liberalismo, socialismo, comunismo, pertenecen todos al campo del igualitarismo, del llamado humanismo. Sus filosofías y sus ideologías difieren, pero todas obedecen a un mismo sistema de valores, todas tienen una misma concepción del mundo y del hombre, todas consciente o inconscientemente proyectan un fin de la historia y son -por consiguiente- desde un punto de vista nietzscheano, nihilistas negativas. El fascismo es el otro campo, que yo he llamado sobrehumanista como referencia al movimiento espiritual que lo ha generado y lo conforma. Romualdi ha sabido poner de manifiesto, a tenor de sus estudios nietzscheanos, el sistema de valores del campo sobrehumanista y fascista. Romualdi es un historiador y se interesa en un fenómeno político: desde el punto de vista de la política -que es aquel que precisamente le interesa- individualiza y pone de relieve el principio de acción, y el fin común a todos los movimientos fascistas. Él ha situado el principio de acción -repito- en el sistema de valores propugnado por Nietzsche, y el fin común en el hombre nuevo, esto es en la fundación de un nuevo comienzo de la historia, más allá del inevitable fin de la historia al cual nos condenan dos mil años de cristianismo y de igualitarismo. Todo esto nos dice de dónde viene el fascismo, qué ha querido y qué quiere, cuál ha sido en el fondo su implícito método de acción (que, dicho sea entre paréntesis, no es otro que el nihilismo positivo, que quiere hacer tabla rasa para construir, sobre las ruinas y con las ruinas, un mundo nuevo). No se dice, empero, qué cosa sea el fascismo, que cosa sea el sobrehumanismo que lo genera, lo sostiene y lo orienta. En una palabra: no se dice cuál es la esencia del fascismo, aun resaltando y afirmando que tal esencia existe. Romualdi es un historiador, no un filósofo de la historia. Ahora bien, lo que sea la esencia del fascismo solamente la filosofía de la historia puede decirlo, en virtud de una reflexión sobre la historia del fascismo, de la misma manera que el propio Romualdi ha sabido -junto a algún otro- sacarla a la luz.

Yo he intentado explicar lo que pueda ser la esencia del fascismo en dos ensayos publicados en estos últimos años: uno se titula precisamente La esencia del fascismo; el otro,

más amplio, está dedicado a Wagner, Nietzsche y el mito sobrehumanista. (...) Me limito a resumir del modo más simple posible el resultado de mis estudios, que pueden considerarse una continuación y una profundización de los de Adriano Romualdi. La esencia del sobrehumanismo, como por lo demás, la de toda tendencia histórica, hay que buscarla en su fundamental concepción del mundo, del hombre y de la historia. Esta concepción, que antes de ser tal nace como inmediato sentimiento e inmediata intuición, está íntimamente ligada al sentimiento y a la concepción del tiempo de la historia. El tiempo de la historia es un argumento que a primera vista puede parecer extremadamente arduo, pero de hecho es una noción que todos poseen, incluso sin darse cuenta de ello. El mundo antiguo tenía una concepción cíclica del tiempo de la historia, consideraba que todo momento de la historia estuviera destinado a repetirse. El tiempo mismo de la historia era representado como un círculo, tenía naturaleza lineal. Con el cristianismo nace un nuevo sentimiento del mundo, del hombre, del tiempo de la historia. Este tiempo de la historia permanece lineal; pero ya no es circular, sino más bien segmentario, más exactamente parabólico. La historia tiene un inicio, un apogeo, un fin. Y no se repite. Por otra parte, a la historia se le atribuye un valor negativo: provocada por el pecado original, la historia es atravesada por un valle de lágrimas. El advenimiento del Mesías, apogeo de la historia, pone en marcha la redención, esto es, la liberación del hombre del destino histórico, el apocalipsis, el advenimiento final de un eterno reino celestial. Esta concepción de la historia, mítica en el cristianismo, será posteriormente ideologizada y, en fin, teorizada por el marxismo; pero sigue siendo en sus rasgos esenciales la misma: en el lugar del pecado original, encontramos en Marx la invención de la explotación de la naturaleza y del hombre por parte del hombre mismo; la lucha de clases y la alienación que constituyen la travesía del valle de lágrimas, el advenimiento del Mesías se hace mundano en el advenimiento del proletariado organizado del partido comunista y socialista; el Reino de los Cielos deviene reino de la libertad, en el cual es abolida la lucha de clases y, a la vez, la propia historia (que Marx llama prehistoria).

La concepción sobrehumanista del tiempo no es ya lineal, sino que afirma la tridimensionalidad del tiempo de la historia, tiempo indisolublemente ligado a aquel espacio unidimensional que es la consciencia misma de toda persona humana. Cada consciencia humana es el lugar de un presente; este presente es tridimensional y sus tres dimensiones, dadas todas simultáneamente como son dadas simultáneamente las tres dimensiones del espacio físico, son la actualidad, lo devenido, lo por venir. Esto puede parecer abstruso, pero sólo porque desde hace dos mil años estamos habituados a otro lenguaje. De hecho, el descubrimiento de la tridimensionalidad del tiempo, una vez producido, se revela como una especie de huevo de Colón. En efecto, ¿qué es la consciencia humana, en tanto que lugar de un tiempo inmediatamente dado a cada uno de nosotros? Es, sobre la dimensión personal de lo acaecido, memoria, es decir presencia del pasado; es, sobre la dimensión de la actualidad, presencia de espíritu para la acción; es, sobre la dimensión del porvenir, presencia del proyecto y del fin perseguido, proyecto y fin que, memorizados y presentes en el espíritu, determinan la acción en curso.

Esta concepción tridimensional del tiempo es la única que puede lógicamente afirmar la libertad del hombre, la libertad histórica del hombre.

En la visión cristiana, la historia del hombre está predeterminada por el plan divino, por la llamada providencia; en la marxista, por la materialista ley de la economía, de la cual los hombres pueden sólo tomar conciencia. En estas concepciones de la historia y del hombre, la libertad humana se convierte en realidad en un flatus vocis, en el que el porvenir está siempre determinado por el pasado. El sentimiento tridimensional del tiempo revela que el hombre es históricamente libre: el pasado no lo determina ya, no puede determinarlo. Lo que nosotros hemos llamado hasta aquí pasado, pasado histórico, no existe de hecho más que a condición de ser de algún modo presente y presente en la consciencia.

En sí, en cuanto pasado, es insignificante o, más exactamente, ambiguo: puede significar cosas opuestas, revestir valores opuestos; y es cada uno de nosotros, desde su personal presente, quien decide que debe él significar con relación al porvenir proyectado. El denominado pasado histórico es materia devuelta al estado bruto, materia bruta ofrecida a cada uno de nosotros para construir su propia historia. Esta ambigüedad del pasado se ofrece siempre en modo tanto más concreto a nuestra decisiva significación. Así, por ejemplo, nosotros somos herederos de un mundo europeo, que a su vez puede ser considerado heredero del mundo pagano y de aquel semítico-judaico. Si, desde el presente que es nuestro, estas dos herencias se revelan inconciliables, está en nosotros decidir cuál es nuestro verdadero origen. Adriano Romualdi -digámoslo como inciso- ha sabido también aquí escoger y decidir clara, serenamente: en favor del origen indoeuropeo, con una decisión proveniente de su proyecto de porvenir europeo.

Poetas, pensadores, artistas, filósofos conservadores-revolucionarios y fascistas han sabido a menudo dar expresión a este instintivo sentimiento del tiempo tridimensional, ilustrándolo con la imagen de la esfera (y no ya, repito, con la del círculo).

Este sentimiento, aun cuando es casi siempre inconsciente, sostiene el pensamiento político y los juicios históricos de los movimientos fascistas y se refleja de forma inmediata en sus vocabularios, junto a una nueva concepción paralela del espacio de la historia, esto es de la sociedad humana. La racionalidad del discurso fascista no puede ser explicada más que con relación al principio que lo rige: y este principio por otra parte no es sino la tridimensionalidad del tiempo de la historia. Cuando el fascismo habla en términos de lenguaje recibido, se afirma conservador (o reaccionario) y simultáneamente revolucionario (o progresista), precisamente porque estos términos no describen ya direcciones opuestas del devenir en el seno de un tiempo tridimensional. En el fascismo, el reclamo a un pasado mítico, elegido entre otros pasados posibles, coincide con la elección misma del proyecto del porvenir: la elección de lo devenido no es otra cosa, por así decirlo, que la memoria misma del porvenir proyectado y, a la vez, la actualidad que en él revive, vive y siempre se apresta a vivir. Aquí está también la razón de la complicada relación que los propios pensadores y hombre políticos fascistas mantienen con la denominada tradición, cuando no han adquirido aún clara conciencia del sentimiento del tiempo que sin embargo les anima. Pues resulta que ellos siguen pensando la tradición a la cual se refieren como si esta existiese y tuviera significado independientemente de la elección que han realizado. Todo movimiento fascista se ha reclamado siempre de un origen, y con él, de una tradición: romanidad en el fascismo mussoliniano, germanidad en el nacionalsocialismo, realeza católica de un catolicismo que es aquel imaginario del dios rubio de las catedrales en el fascismo maurrassiano, y así más. Si la relación de ciertos fascistas con la tradición resulta complicada, no es más -repito- porque no se dan cuenta de lo que entienden por tradición.

Por otra parte, es fácil constatar que los movimientos fascistas se reclaman siempre de una tradición perdida o cuando menos sofocada y en mortal peligro. Esto, pensándolo bien, significa que los movimientos fascistas preferían de hecho -frente a una tradición afirmada predominante en el seno de una sociedad dada- una tradición muerta o, en su defecto, reprimida y condenada a vivir subterráneamente, viva solamente en un restringido círculo de iniciados. El reclamo fascista de la tradición es así de hecho elección contra la tradición afirmada en las instituciones sociales y en las costumbres de las masas, y es elección de una tradición perdida, de una tradición que en realidad ha dejado de ser tal. Precisamente porque el origen elegido no es ya el socialmente afirmado, los movimientos fascistas cuando llegan al poder se vuelven notablemente pedagógicos con la pretensión de forjar el hombre nuevo de una tradición venidera que todavía no es. Adversarios del fascismo han hablado a este respecto -cito a Hans Mayer- de "detestable confusión del pasado y porvenir, de nostalgia de los orígenes

y utopía del futuro". Pero lo que para los adversarios del fascismo aparece como detestable desde un punto de vista ético y desde el punto de vista de la racionalidad, es precisamente la esencia del fascismo, es la concepción nueva del tiempo de la historia, de un tiempo tridimensional en el que pasado y futuro, origen y fin histórico, no se contradicen y oponen, sino que por contra armoniosamente juntos constituyen, con la actualidad, el presente mismo de la consciencia histórica nueva alcanzado por el hombre nuevo fascista.

La concepción sobrehumanista del tiempo, decía, vuelve manifiesta la libertad histórica del hombre. Esta libertad histórica del hombre conlleva el enfrentamiento y la lucha en el cuadro de un destino heroico y trágico a la vez. Toda acción histórica en vista de un fin histórico es libre, no depende de otra cosa que de sí misma y de su éxito, no está escrita, por consiguiente, en ninguna fatalidad. La historia misma de la humanidad es libre, no predeterminada, porque se deriva de la libertad histórica del hombre.

La historia es siempre, en todo su presente, elección entre posibilidades opuestas. El fin mismo de la historia es una posibilidad, justamente porque el hombre es libre en todo momento de elegir contra la propia libertad, libre de abolir la propia historicidad, libre de poner fin a la historia. Esta es la elección nihilista de la cual hablaba Adriano Romualdi en la conclusión de su ensayo sobre Nietzsche, la elección realizada consciente o inconscientemente por el campo igualitarista. La otra elección es la elección de la propia historicidad humana, elección -como decía Martin Heidegger- de un nuevo "más originario origen", que es también un nuevo origen de historia. Escoger esta posibilidad significa escoger a los míticos antepasados que eligieron en favor de la historia, y al mismo tiempo significa querer convertirse en los antepasados de una humanidad nueva, regenerada.

Las últimas palabras del ensayo de Adriano Romualdi sobre Nietzsche son una cita de algunos versos de Gottfried Benn, poeta particularmente estimado por él. Querría, en su nombre recordarlas hoy:

"Y al final es preciso callar y actuar

sabiendo que el mundo se derrumba

pero tener empuñada la espada

para la última hora..."

Callar: porque nuestro discurso -fuera de nuestras catacumbas- es discurso fuera de la ley. Pero aun callando actuar en obediencia a aquel principio y a aquellos ideales que, desde siempre son los nuestros.

(1) La mención que hace el autor a la Revolución Conservadora que se hace no se refiere a las políticas liberales ejercidas a comienzos de los años 80 por los gobiernos de Thatcher y Reagan ni a sus ideólogos, sino que hace mención a los intelectuales que a comienzos de este siglo plantearon en Alemania una alternativa teórica al capitalismo y al marxismo y que en opinión del autor constituye el particular Fascismo alemán del que el nacionalsocialismo sería una de sus formas. Ver por ejemplo Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1933 de Armin Möhler o Konservative Revolution. Introducción al nacionalismo alemán, 1918-1932 de Giorgio Locchi y Robert Steuckers.



Adriano Romualdi

El Fascismo nace a la Izquierda

Erwin Robertson

*Q*ue Mussolini fue miembro del partido socialista es un hecho conocido. Hecho problemático, en especial para una de las interpretaciones dominantes del fascismo; a saber, que éste fue la reacción alentada o dirigida por el gran capital contra el avance del proletariado. En tal evento, aquel hecho y la evolución consecutiva debían ser entendidos como oportunismo, incoherencia o, en el mejor de los casos, como una cuestión de conversión que no deja huellas en el pasado de un hombre. La obra de Zeev Sternhell -profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalem- y sus colaboradores ha puesto toda esta materia bajo otra luz. En su interpretación, la comprensión histórica del fascismo no puede disociarse esta ideología de sus orígenes de izquierda.

Desde luego, toda una pléyade de historiadores y filósofos abordó hace ya tiempo el problema del fascismo: cada uno según sus particulares orientaciones espirituales, con sus propios puntos de vista y sus personales prejuicios, pero no sin altura: Ernst Nolte, Renzo de Felice, James A. Gregor, Stanley Payne, Giorgio Locchi, y "last but not least", el joven investigador hispano-sueco Erik Norling, entre otros. No es que la "vulgaris opinio" aludida arriba goce hoy de autoridad intelectual. Pero Sternhell viene a aportar la valorización de fuentes hasta aquí tal vez descuidadas y, con ellas, la novedosa interpretación que es objeto de este comentario. Estudioso en particular del nacionalismo francés (suyas son "Maurice Barrés et le nationalisme français", "La droite revolutionarie" y "Ni droite ni gauche, L´ideologie fasciste en France"), el profesor israelí no se cuida de los criterios de la corrección política. Es notable leer sobre el tema páginas en las que está ausente la edificación moral, en las que no se ha estimado oportuno advertir al lector que se interna en terrenos peligrosos; en los que no hay,en suma, demonización ni tampoco el afán de achacar polémicamente a la izquierda una incómoda vecindad.

¿Qué es, pues, el fascismo en la interpretación de Sternhell? Ni anomalía en la historia contemporánea, ni "infección" (Croce), ni resultado de la crisis de 1914-1918, ni reflejo o reacción contra el marxismo (Nolte). El fascismo es un fenómeno político y cultural que goza de plena autonomía intelectual (p.19); es decir, que puede ser estudiado en sí mismo, no como producto de otra cosa o epifenómeno. Por cierto, y de partida, para Sternhell es preciso distinguir el fascismo del nacional-socialismo (Sternhell dice "nazismo", acomodándose al uso, contra lo cual, sin embargo, se rebela honestamente un Nolte). Con todos los aspectos que uno y otro tienen en común, la piedra de toque está en el determinismo biológico: un marxista puede convertirse al nacional-socialismo, más no así un judío (en cambio, hubo fascistas judíos). El racismo no es elemento esencial del fascismo, aunque contribuye a la ideología fascista. Y unas páginas más adelante el autor apunta que uno de los elementos constitutivos del fascismo es el nacionalismo tribal; esto es, un nacionalismo basado en el sentido de pertenencia, la "tierra y los muertos" de Barrés, la "Sangre y suelo" del nacional-socialismo. Este sentido organicista lo comparte con los nacionalismos desde finales del siglo XIX, germanos y latinos, Maurras y Corradini, Vacher de Lapouge y Treitschke.

El mismo Sternhell debilita así la distinción que acaba de hacer (reparemos, de paso, en la delicadeza del adjetivo "tribal": ¿sería poco oportuno por nuestra parte recordar que una traducción de "tribal" es "gentil").

El fascismo entonces es una síntesis de ese nacionalismo "tribal" u "orgánico" y de una revisión antimarxista del marxismo. Sternhell se extiende explicando que a finales del siglo XIX las previsiones de Marx no se han cumplido: el capitalismo no parece derrumbarse, ni la pauperización es la señal

característica de la población, mientras que el proletariado se integra política y culturalmente en las sociedades capitalistas occidentales. De aquí la aparición del "revisionismo". Siguiendo el ejemplo del SPD, el partido socialdemócrata alemán, el conjunto del socialismo occidental se hace reformista; esto es, sin renunciar a los principios teóricos del marxismo, acepta los valores del liberalismo político, y en conseciencia, tácticamente, el orden establecido. Mas una minoría de marxistas va a rehusar el compromiso y querrá permanecer fiel a la ortodoxia -cada uno a su modo-; son los Rudolf Hilferding y los Otto Bauer, los Rosa Luxemburgo y los Karl Liebknecht, los Lenin y los Trotsky, todos de Europa del Este. Al mismo tiempo, en Francia y luego en Italia surgen quienes, desde dentro del marxismo, van a emprender su revisión en sentido no materialista ni racionalista, sin discutir la propiedad privada ni la economia de mercado, pero conservando el objetivo del derrocamiento violento del orden burgués: son los sorelianos, los discípulos de Georges Sorel, el teórico del sindicalismo revolucionario, autor de las célebres "Reflexiones sobre la violencia". Las diferencias entre los dos sectores revolucionarios son grandes. Los primeros, casi todos miembros de la "intelligentsia" judía, destaca Sternhell, mantienen el determinismo económico de Marx, la idea de la necesidad histórica, el racionalismo y el materialismo, mientras los sorelianos comienzan por una crítica de la economía marxiana que llega a vaciar el marxismo de gran parte de su contenido, reduciéndolo fundamentalmente a una teoría de la acción Los primeros piensan en términos de una revolución internacional, "tienen horror de ese nacionalismo tribal que florece a través de Europa, tanto en el campo subdesarrollado del Este como en los grandes centros industriales del Oeste… No se arrodillan jamás ante la colectividad nacional y su terruño, su fervor religioso, sus tradiciones, su cultura popular, sus cementerios, sus mitos, sus glorias y sus animosidades" (p. 48). Los segundos, comprobando que el proletariado ya no es una fuerza revolucionaria, lo reemplazarán por la Nación como mito en la lucha contra la decadencia burguesa y así confluirán finalmente en el movimiento nacionalista.

Tal es la tesis fundamental de Sternhell. En el desarrollo de "El nacimiento de la ideología fascista", el capítulo I está dedicado al análisis de la obra de Sorel: tal vez no propiamente un filósofo ni autor de un corpus ideológico cerrado, su verdadera originalidad, señala Sternhell, reside en haber constituìdo una especie de "lago viviente", receptor y fuente de ideas en la gestación de las nuevas síntesis ideológicas del siglo XX. Nietzsche, Bergson y William James lo marcaron sin duda más hondamente que Marx, con ánimo de juzgar lo que consideraba un sistema inacabado. El autor de "Reflexiones sobre la violencia", de "Las ilusiones del progreso", de "Materiales de una teoría del proletariado", etc., se sublevaba contra el marxismo vulgar (que pone énfasis en el determinismo económico) y sostenía que el socialismo era una "cuestión moral", en el sentido de una "transvaluación de todos los valores". La lucha de clases era para él cuestión principal y, por consiguiente, el saber movilizar al proletariado en la guerra contra el orden burgués.

En un contexto social en el que los obreros muestran un alto grado de militantismo sindical (1906, el año de edición de "Reflexiones sobre la violencia", es también en Francia el del record de huelgas que muy a menudo suponen enfrentamientos sangrientos con las fuerzas del orden), pero también donde una economía en crecimiento permite a la clase dirigente hacer concesiones que aminoran la combatividad obrera, no bastan el análisis económico ni la previsión del curso racional de los acontecimientos. Sorel descubre entonces la noción del "mito social", esa imagen que pone en juego sentimientos e instintos colectivos, capaz de suscitar energías siempre nuevas en una lucha cuyos resultados no llegan a divisarse. Como el mito del apocalipsis para los primeros cristianos, el mito de la huelga general revolucionaria será para el proletariado esta imagen movilizadora y fuente de energías.. Con fervor análogo al de las órdenes religiosas del pasado, con un sentimiento parecido al del amor a la gloria de

los ejércitos napoleónicos, los sindicatos revolucionarios, armados del mito, se lanzarán a la lucha contra el orden burgués. Así, a la mentalidad racionalista, que el socialismo reformista comparte con la burguesía liberal, Sorel opone la mentalidad mítica, religiosa incluso. Su crítica al racionalismo que se remonta a Descartes y Sócrates y, contra los valores democráticos y pacifistas, reivindica los valores guerreros y heroicos. De buena gana reivindica también el pesimismo de los griegos y de los primeros cristianos, porque sólo el pesimismo suscita las grandes fuerzas históricas, las grandes virtudes humanas: heroismo, ascetismo, espíritu de sacrificio.

Sorel ve en la violencia un valor moral, un medio de regenerar la civilización, ya que la lucha, la guerra por causas altruístas, permite al hombre alcanzar lo sublime. La violencia no es la brutalidad ni la ferocidad, no es el terrorismo; Sorel no siente ningún respeto por la Revolución Francesa y sus "proveedores de guillotinas". Es, en suma y en el fondo, contra la decadencia de la civilización que dirige Sorel su combate; decadencia en la que la burguesía arrastra tras sí al proletariado. Y no será sorprendente encontrar a los discípulos de Sorel reunidos con los nacionalistas deCharles Maurras en el "Círculo Proudhon", que lleva el nombre del gran socialista francés anterior a Marx. Tampoco será extraño que en sus últimos años Sorel lance su alegato "Pro Lenin", anhelando ver la humillación de las "democracias burguesas", al mismo tiempo que reconocía que los fascistas italianos invocaban sus propias ideas sobre la violencia.

La síntesis Nacional y Social

Estos dicípulos son también estudiados por Sternhell (capítulo II). Son los "revisionistas revolucionarios", la "nouvelle école" que ha intentado hacer operativa una síntesis nacional y social, no sin tropiezos y desengaños. Allí está Edouard Berth, quien junto a Georges Valois, militante maurrasiano (futuro fundador del primer movimiento fascista francés, muerto en un campo de concentración alemán), ha dado vida al "Círculo Proudhon", órgano de colaboración de sindicalistas revolucionarios y nacionalistas radicales en los años previos a 1914. Aventada esa experiencia por la guerra europea, Berth pasará por el comunismo antes de volver al sorelismo. Está también Hubert Lagardelle, editor de la revista "Mouvement Socialiste", hombre de lucha al interior del partido socialista, donde se ha esforzado por hacer triunfar las tesis del sindicalismo revolucionario (por el contrario, en 1902 han triunfado las tesis de Jaurés, que presentan el socialismo como complemento de la Declaración de Derechos del Hombre). Ante la colaboración sorelista-nacionalista, Lagardelle se repliega hacia posiciones más convencionales; pero en la postguerra se le encontrará en la redacción de "Plans", expresión de cierto fascismo "técnico" y vanguardista -en ella colaborarán nada menos que Marinetti y Le Corbusier- y, durante la guerra, terminará su carrera como titular del ministerio de trabajo del régimen de Vichy. Trayectorias en apariencia confusas pero que revelan la sincera búsqueda de "lo nuevo". De Alemania les viene el refuerzo del socialista Roberto Michels, quien, a la espera de construir su obra maestra "Los partidos políticos", anuncia el fracaso del SPD, el partido de Engels, Kautsky, Bernstein y Rosa Luxemburg. Michels observará también que el solo egoísmo económico de clase no basta para alcanzar fines revolucionarios; de aquí la discusión sobre si el socialismo puede ser independiente del proletariado. El ideal sindical no implica forzosamente la abdicación nacional, ni el ideal nacionalista comporta necesariamente un programa de paz social (juzgado conformista), precisa a su vez Berth, quien espera de un despertar conjunto de los sentimientos guerreros y revolucionarios, nacionales y obreros, el fin del "reinado del oro". En fin, la "nueva escuela" desarrolla las ideas de Sorel, por ejemplo en la fundamental distinción entre capitalismo industrial y capitalismo financiero. Resume Sternhell su aporte: "…a esta revuelta nacional y social contra el orden democrático y liberal que estalla en Francia (antes de 1914, recordemos) no falta ninguno de los atributos clásicos del fascismo más extremo, ni siquiera el antisemitismo".. Ni la concepción de un Estado autoritario y guerrero.

Sin embargo, en general, los revisionistas revolucionarios franceses fueron teóricos, sin experiencia real de los movimientos de masas. De otro modo ocurre con el sindicalismo revolucionario en Italia. Allí Arturo Labriola encabeza desde 1902 el ala radical del partido socialista; con Enrico Leone y Paolo Orano llevan adelante la lucha contra el reformismo, al que acusan de apoyarse exclusivamente en los obreros industriales del norte, en desmedo del sur campesino, y por el triunfo de su tesis de que la revolución socialista sólo sería posible por medio de sindicatos de combate. De Sorel toman esencialmente el imperativo ético y el mito de la huelga general revolucionaria. La experiencia de la huelga general de 1904, de las huelgas campesinas de 1907 y 1908, foguean a los dirigentes sindicalistas revolucionarios, entre los cuales la nueva generación de Michele Bianchi, Alceste de Ambris, Filippo Corridoni.

Labriola y Leone emprenden la revisión de la teoría económica marxiana, especialmente la teoría del valor, siguiendo al economicista austríaco Böhm-Bawerk; he ahí, dice Sznajder, el aspecto más original de la contribución italiana a la teoría del sindicalismo revolucionario. Ahí se encuentra también la noción de "productores" (potencialmente todos los productores), contrapuesta a la clase "parasitaria" de los que no contribuyen al proceso de producción. Por fin la tradición antimilitarista e internacionalista, cara a toda la izquierda europea, no será más unánimemente compartida por los sindicatos revolucionarios. En 1911, la guerra de Italia con el Imperio Otomano por la posesión de Libia producirá una crisis en el sindicalismo revolucionario: unos dirigentes (Leone, De Ambris, Corridoni), fieles a la tradición socialista, se oponen enérgicamente a esta empresa -y por mucho que les disguste estar junto a los socialistas reformistas-; otros (Labriola, Olivetti, Orano) están por la guerra, tanto por razones morales (la guerra es una escuela de heroísmo) como por razones económicas (la nueva colonia contribuirá a la elevación del proletariado italiano), y así coinciden con los nacionalistas de Enrico Corradini, a quienes los ha acercado ya la crítica al liberalismo político. Mas en agosto de 1914 aun quienes -en el seno del sindicalismo revolucionario- habían militado en contra de la guerra de Libia, están a favor de la intervención en el conflicto europeo al lado de Francia y contra Alemania y Austria; al combate contra el feudalismo y el militarismo alemán se agrega la posibilidad de completar gracias a la guerra la integración nacional y de forjar una nueva élite proletaria que desplazará del poder a la burguesía. En octubre de 1914, un manifiesto del recién fundado Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista, suscrito por los principales dirigentes sindicalistas revolucionarios, proclama: "…No es posible ir más allá de los límites de las revoluciones nacionales sin pasar primero por la etapa de la revolución nacional misma… Allí donde cada pueblo no vive en el cuadro de sus propias fronteras, formadas por la lengua y la raza, allí donde la cuestión nacional no ha sido resuelta, el clima histórico necesario al desarrollo normal del movimiento de clase no puede existir…" Nación, Guerra y Revolución…*ya no serán más ideas contradictorias*

Hacia el final de la guerra el sindicalismo revolucionario debe ser considerado ya un nacional-sindicalismo, en cuanto la Nación figura para ellos en primer término. Como sea, los nacional-sindicalistas aceptan que la guerra ha de traer transformaciones internas: desde 1917 De Ambris ha lanzado la consigna "Tierra de los Campesinos"; y acto seguido elabora un programa de "expropiación parcial" tanto en el sector agrícola como en el sector industrial, que se dirije ex propósito contra el capital especulativo y en beneficio de los campesinos y obreros que han dado su sangre por Italia. Se trata también de mantener y estimular la producción. El "productivismo" es uno de los factores que lleva a los sindicalistas revolucionarios a oponerse a la revolución bolchevique, que juzgan destructiva y caótica. Frente a la ocupación de fábricas del "biennio rosso" de 1920-21, Labriola, que ha llegado a ser Ministro de Trabajo en el gobierno del liberal Giolitti, presenta un proyecto que reconoce a los obreros el derecho a participar en la gestión de las empresas. Parlamento con representación corporativa, "clases orgánicas" que encuadren

a la población, un Estado que sea quien asigne a los propietarios capaces de producir el derecho a usar los medios de producciòn, son, por otra parte, las bases del programa del "sindicalismo integral" que propone Panunzio en 1919.

Por fin, el sindicalismo revolucionario vibra con la aventura del comandante Gabriele D´Annunzio en Fiume (1920-21). De Ambris participa en la redacción de la "Carta del Carnaro", ese fascinante documento literario que es la constitución que el poeta y héroe de guerra otorga a la "Regencia de Fiume". No es menos un proyecto político que, en consecuencia con el ideal del sindicalismo revolucionario, quiere resolver a la vez la cuestión nacional y la cuestión social.

En estas luchas de la inmediata postguerra, los sindicalistas revolucionarios han coincidido con los fascistas. Pero la toma del poder por el fascismo acarraerá la disoluciòn del sindicalismo revolucionario. De Ambris y su grupo pasarán a la oposición; el primero terminará por exiliarse.

Labriola también partirá hacia el exilio, y sólo la guerra de Etiopía lo reconciliará con el régimen. Leone volverá al partido socialista y rehusará todo compromiso con el fascismo. En cambio, Bianchi aparece en 1922 como uno de los quadrumviri que organiza la Marcha sobre Roma,Panunzio se presenta junto a Gentile como uno de los intelectuales oficiales del fascismo, Orano (que era judío), alcanza altos puestos en el partido fascista, mientras que Michels, antaño miembro del SPD, profesor en la Universidad de Perusa, se inscribe como afiliado en el PNF.

La Encrucijada Mussoliniana

Señala Sternhell que siempore se ha tendido a subestimar el papel central que Mussolini ha jugado entre todos los revolucionarios italianos. El futuro Duce "aporta a la disidencia izquierdista y nacionalista italiana lo que siempre ha faltado a sus homólogos franceses: un jefe". Un hombre de acción, un líder carismático, pero a su vez un intelectual capaz de tratar con intelectuales y de ganarse el respeto de hombres como Marinetti, el fundador del futurismo, Michels, el antiguo militante del SPD alemán devenido uno de los clásicos de la ciencia política, o aun Croce, representante oficioso de la cultura italiana frente al fascismo. Y Mussolini es toda una evolución intelectual, no el hallazgo repentino de una verdad, ni el oportunismo, ni siquiera la coyuntura de postguerra. Mussolini es ante todo el militante socialista, incluso como líder de los fascistas. De joven se tiene evidentemente por marxista, de un marxismo revisado por Leone y, sobre todo, por Sorel, en quien ve un antídoto contra la perversión socialdemócrata a la alemana del socialismo. Otra influencia decisiva es Wilfredo Pareto y su teoría de circulación de las élites (en cambio, Sternhell no destaca la influencia de Nietzsche, a quien Mussolini ha leído tempranamente en Suiza).. El joven socialista se sitúa pues en la órbita del sindicalismo revolucionario, aun cuando discrepa de las tácticas: duda de la virtud de las solas organizaciones económicas y ve en el Partido el instrumento revolucionario.

El joven Mussolini es el líder indiscutible que se opone a la huelga general contra la intervención en Libia, pues cree que el intento burgués de desencadenar una guerra puede generar una situación revolucionaria. En 1912 es el principal líder del partido socialista, imponiéndose sobre los reformistas y haciéndose con la dirección de su periódico oficial, "Avanti!", el líder indiscutido de toda la izquierda revolucionaria italiana, pero al mismo tiempo el más fuerte critico de la ortodoxia marxista. Mussolini publica desde las páginas de Avanti!" su profunda decepción acerca de la aptitud de la clase obrera para "modelar la historia", valoriza la idea de Nación: "No hay un único evangelio socialista, al cual todas las naciones deban conformarse so pena de excomunión". A finales de 1913 Mussolini lanza la revista "Utopia", con la intención de proponer una "revisión revolucionaria del socialismo".

Allí reúne a futuros comunistas como Bordiga, Tasca y Liebknecht; futuros fascistas como Panunzio, futuros disidentes del fascismo como su viejo maestro Labriola. En junio de 1914 Mussolini cree llegado el

momento de la insurrección, comprometiéndose en la “Settimana Rossa”, en contra de la opinión del congreso del partido. Cuando estalla la guerra europea, las disidencias son ya tan palpables que Mussolini es desautorizado oficialmente por el partido, y no duda en romper con sus antiguos compañeros para unirse a los sindicalistas revolucionarios en la campaña por la entrada de Italia en la guerra.

Sternhell señala que el nacionalismo de Mussolini no es el nacionalismo clásico de la derecha.. Ocurre que ante las nuevas realidades nacionales y sociales el análisis marxista se ha demostrado fallido, pues las clases obreras de Alemania, Francia e Inglaterra marchan alegremente a la guerra. Mussolini no renuncia al socialismo, pero el suyo es un socialismo nacionalista, obra de los combatientes del frente: “Los millones de trabajadores que volverán a los surcos de los campos después de haber vivido en los campos de las trincheras darán lugar a la síntesis de la antítesis clase y nación”, escribe en 1917. Y no será la revolución bolchevique lo que lleve a Mussolini a la derecha, dado que lo esencial de su pensamiento se forjó antes de 1917: ideas de jerarquía, de disciplina, de colaboración de las clases como condición de la producción… Los Fasci Italiano di Combattimento, fundados en marzo de 1919 recogen todas las ideas del sindicalismo revolucionario y se sitúan incluso a la izquierda del partido socialista (sufragio universal de ambos sexos, abolición del senado, constitución de una Milicia Nacional, consejos corporativos con funciones legislativas, jornada laboral de 8 horas, confiscación de las ganancias de guerra…). Pero con el biennio rosso las filas fascistas se desbordan con la afluencia de las clases medias, especialmente de jóvenes oficiales desmovilizados. El Partido Nacional Fascista, organizado como tal en 1921, va a conocer un éxito (electoral incluso) vetado a los primitivos “Fasci”: “Esta mutación no deja de recordarnos la de los partidos socialistas al alba del siglo: el viraje a la derecha constituye el precio habitual del éxito” (p.400). Mussolini, hombre de realidades que antepone la praxis a la teoría, ha visto fracasar la ocupación “roja” de fábricas como la gesta nacionalista de Fiume, decide llevar a cabo la revolución posible. Así, en la perspectiva de Sternhell, la captura del poder por el jefe fascista no es tanto el resultado de un golpe de Estado como de un proceso; es la simpatia de una amplia parte de la masa política, de los medios intelectuales, de los centros de poder, lo que permite a Mussolini instalarse y sostenerse en el gobierno. Para Sternhell es sintomática la actitud del senador Croce quien aun en junio de 1924 dio su voto de confianza al primer ministro cuando el caso Mateotti puso en crisis al gobierno y Mussolini estaba a punto de ser despedido por el rey, porque, pensaba Croce, “había que dar tiempo al fascismo para completar su evolución hacia la normalización”.

La idea de Estado, que parece ser sólo caracteristica del fascismo, es, sin embargo, el último elemento que toma forma en la ideología fascista. En todo caso señala Sternhell que toda la ideologìa fascista estaba elaborada antes de la toma del poder: “La acción política de Mussolini no es el resultado de un pragmatismo grosero o de un oportunismo vulgar más de lo que fue la de Lenin” (p.410). El jurista Alfredo Rocco, proveniente de las filas nacionalistas, ha “codificado” y traducido en leyes e instituciones los principios fascistas y nacionalistas (visión mística y orgánica de la nación, afirmación de la primacía de la colectividad sobre el individuo, rechazo total sin paliativos de la democracia liberal). Pero es un Estado que, a la vez, se quiere reducido a su sola expresión jurídica y política; que quiere renunciar a toda forma de gestión económica o de estatalización, como anunciaba Mussolini desde 1921. No es, pues, o no es todavía, el Estado totalitario. El fascismo en el poder,en suma, no se asemeja al fascismo de 1919, menos aún al sindicalismo revolucionario de 1910. Pero, se pregunta Sternhell: “¿el bolchevismo en el poder refleja exactamente las ideas que, diez años antes de la toma del Palacio de Invierno, animaban a Plekhanov, Trotsky o Lenin?” Ha habido una larga evolución, sin duda. Y con todo -concluye el autor-, el régimen mussoliniano de los años 30 está mucho más

cerca del sindicalismo revolucionario o del "Círculo Proudhon" que lo que el régimen estaliniano está de los fundamentos del marxismo.

El secreto encanto del Fascismo

Como conclusión, Sternhell da una mirada a las relaciones entre el fascismo y las corrientes estéticas de vanguardia en el siglo XX. El futurismo, desde luego (futuristas y fascistas han dado justos la batalla por el "intervencionismo", y Marinetti es uno de los fundadores de los Fasci), pero también el vorticismo, lanzado en Londres por Ezra Pound, que es en cierto modo una réplica al futurismo, aun cuando comparte con él rasgos esenciales. "Los dos atacan de frente la decadencia, el academicismo, el estetismo inmóvil, la tibieza, la molicie general… Tienen una misma voz de orden: energía, y un mismo objetivo: curar a Italia y a Inglaterra de su languidez". De Pound se conoce de sobra su opción política. Sternhell destaca también el papel de Thomas Edward Hulme, antirromántico, antidemócrata en política, traductor al inglés de Sorel. "revolucionario antidemócrata, absolutista en ética, que habla con desprecio del modernismo y del progreso y utiliza conceptos como el de honor sin el menor toque de irrealidad". Hulme es pues, para el autor, un representante de esa rebelión cultural que brota por doquier, antirracionalista, antiutilitarista, antihedonista, antiliberal, clasicista y nacionalista y que precede a la rebelión política.

Las generaciones de los años 20 y 30, que ya conocen la experiencia fascista, rehacen el camino del inconformismo. Así un Henri de Man, en 1938 presidente del partido socialista belga, uno de los grandes teóricos del socialismo en la época, seguido sólo ante Gramsci y Lukacs, reemprende su propia revisión del marxismo y no será ilògico que, cuando su país capitule ante Alemania en 1940 llame a los militantes socialistas belgas a aceptar la nueva situación como un punto de partida para construir un nuevo orden: "La vía está libre para las dos causas que resumen las aspiraciones del pueblo: la paz europea y la justicia social".. No muy diferente es en Francia el caso de Doriot.

¿Cómo ha podido surgir el fascismo en la historia europea y mundial? La explicación coyuntural no puede sino desembarcar en trivialidades. Se debe comprender al fascismo primero como un fenómeno cultural. Es, de partida, un rechazo de la mentalidad liberal, democrática y marxista; rechazo de la visión mecanicista y utilitarista de la sociedad. Mas expresa también "la voluntad de ver la instauración de una civilización heroica sobre las ruinas de una civilización bajamente materialista. El fascismo quiere moldear un hombre nuevo, activista y dinámico". No obstante presentar esta vertiente tradicionalista, este movimiento contienen en sus orígenes un carácter moderno muy pronunciado, y su estética futurista fue el mejor cartel para la captura de intelectuales, de una juventud que se agobia en las estrecheces de la burguesía. El elitismo, en el sentido de que una élite no es una categoría social definida por el lugar que se ocupa en el proceso de producción, sino un estado de espíritu, es otro componente mayor de esa fuerza de atracción.. El mito, como clave de interpretación del mundo; el corporativismo, como ideal social que da a amplias capas de la población el sentimiento de que hay nuevas oportunidades de ascenso y de participación, constituyen también parte del secreto del fascismo, porque el fascismo reduce los problemas económicos y sociales a cuestiones, ante todo, de orden psicológico. Y, sobre todo, "servir a la colectividad formando un cuerpo con ella, identificar los propios intereses a los de la patria, comulgar en un mismo culto los valores heroicos, con una intensidad que desplaza al boletín de voto en la urna". Es por todo esto que el estilo político desempeña un papel tan esencial en el fascismo. El fascismo vino a probar que existe una cultura no fundamentada en los privilegios del dinero o del nacimiento, sino sobre el espíritu de banda, de camaradería, de comunidad orgánica, de "Bund", como se dijo en Alemania en la misma época.

Estos valores presentes en el fascismo tocan la sensibilidad de muchos europeos. Poco conocido es que en 1933 Sigmund Freud saludaba a Mussolini como un "héroe de cultura". Si esto era así, ¿por

qué Croce hubiera debido votar contra él en 1924, por qué Pirandello hubiera debido rehusar el asiento que el Duce le ofreció en la Academia Italiana? Las realidades de los países europeos entre las dos guerras no son de una pieza: la cultura italiana está representada por Marinetti, Gentile y por Pirandello no menos que por Croce, y por Croce senador no menos que porCroce antifascista, del mismo modo que por la cultura alemana pueden hablar tanto Spengler, Heidegger, o Moeller van der Bruck tanto como los hermanos Mann, y la cultura francesa es tanto Gide, Sartre o Camus tanto como Drieu la Rochelle, Brasillach o Céline…

Así, "El nacimiento de la ideología fascista" otorga a su objeto una dignidad que no siempre se encuentra en los variados estudios sobre el tema. Ello sólo puede ser saludable para la historia de las ideas. Hagamos por nuestra parte algunas observaciones. Primero, que, como es evidente, Sternhell trata en su obra del fascismo latino, esto es, de las corrientes inconformistas surgidas en Francia y en Italia. Un tema de discusión es ver si el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán son cosas totalmente diferentes (esta es la tesis de De Felice), o bien si el nacional-socialismo es una especie dentro del fascismo genérico (tesis de Payne y Nolte). Del nacional-socialismo se ha discutido si fue "antimoderno" o si presentaba rasgos de una radical modernidad, dado que el innegable que el movimiento desarrolló un radicalismo antiburgués operativamente muy atractivo para los militantes comunistas.

El fascismo nace a la izquierda, a partir de una revisión del marxismo. Este revisionismo se desarrolla y se constituye en una corriente intelectual y política independiente a la cual concurren otras tendencias que cohabitan con el socialismo: Nietzsche, Bergson, James, y el nacionalismo integral. Al respecto es interesante comparar las diferentes evoluciones del marxismo que siguió siendo tal y las diferentes ramas "apóstatas". El fascismo en una revisión del marxismo encontró que todos los partidos socialistas consideraban al marxismo una herencia a la que debían permanecer fieles. Sin embargo, en su evolución reciente todos esos partidos han renunciado a la herencia de Marx, acomodándose a la economía neoliberal. Siguen apegados, desde luego, a la matriz ilustrada, materialista e igualitaria. Al contrario, los fascistas, animados de otra cultura, mantuvieron siempre el espíritu revolucionario de ruptura con el orden burgués.

Sternhell insiste permanentemente en el respeto de los sindicalistas revolucionarios, de los socialistas nacionales, de los fascistas, por la propiedad privada y el capitalismo. ¿No habría que distinguir entre propiedad privada y capitalismo que, después de todo, históricamente no se identifican sin más? Todos los fascismos subrayaron siempre la diferencia entre la propiedad ligada al hombre y el gran capital financiero; entre el trabajo productivo y la servidumbre al interés del dinero (G. Feder). No parece adecuado pasarla por alto. Quizás Payne ha sido el autor más justo en este sentido.

Finalmente, es verdad que una cosa es reconocer el componente irracional de la vida humana y otra hacer del antirracionalismo una política. Sternhell, que durante toda su obra se ha mantenido alejado de toda afección moralizante, al final nos advierte del peligro del irracionalismo: "Cuando el antirracionalismo deviene un instrumento político, un medio de movilización de las masas y una máquina de guerra contra el liberalismo, el marxismo y la democracia; cuando se asocia a un intenso pesimismo cultural a la par de un culto pronunciado por loa violencia, entonces el pensamiento fascista fatalmente toma forma". La cuestión seria si sólo los valores políticos de la ilustración y del liberalismo son legítimos; si solo el chato optimismo hedonista puede pasar por perspectiva cultural, si las masas han de ser movilizadas sólo en nombre del deporte.

Teorías del fascismo

Stanley G. Payne

El fascismo como agente violento y dictatorial del capitalismo burgués

La idea de que el fascismo debe entenderse ante todo como el agente del "capitalismo", la "gran empresa", el "capital financiero", la "burguesía", o cualquier combinación concebible de todos ellos, es una de las interpretaciones más antiguas, más corrientes y más difundidas de todas. Se difundió hasta cierto punto antes incluso de que se organizara formalmente el fascismo italiano (con el fin de explicar el abandono por Mussolini del socialismo ortodoxo), y empezó a obtener aceptación general, con especial referencia a Italia, ya en 1923 con las formulaciones del comunista húngaro Gyula Sasy de la alemana Clara Zetkin. Esta pasó a ser la interpretación común del fascismo en la Tercera Internacional, y también la adoptaron algunos no comunistas. Entre los principales expositores de esta concepción figuraron R.Palme Dutt y Daniel Guérin. Entre los expositores recientes más notables del concepto marxista del fascismo figuran Reinhard Kühnl, Nikos Poulantzas, Boris Lopukov, Alexander Galkin, y Mihail Vajda, auque los dos últimos han introducido importantes modificaciones en el concepto. En general, los seguidores de la interpretación marxista no distinguen, o rechazan la importancia de toda distinción, entre los grupos fascistas centrales y las fuerzas del autoritarismo de derechas.

El fascismo como forma de "bonapartismo" del siglo XX

Que la teoría del mero "agente" era incorrecta fue algo que advirtieron otros observadores más perceptivos y objetivos, entre ellos algunos marxistas, en los primeros años del fascismo italiano. En 1930, el comunista alemán disidente August Thalheimer sugirió que, por el contrario, se considerase al fascismo como el equivalente contemporáneo del "bonapartismo", es decir, como una forma autónoma de gobierno autoritario, independiente de una dominación específica de clase.

Conforme a esta interpretación, el fascismo era el producto de una crisis política y social en la cual ya no eran eficaces las formas tradicionales de dominación de clase, pero que había producido una situación de relativo equeilibrio de clases que permitía a una nueva forma de dictadura liberarse de la dominación de clase. Aunque el fascismo podía beneficiar a unos sectores sociales más que a otros, en sí mismo servía sobre todo como fuerza política, y podía gozar de un éxito independiente transitorio hasta que, con el tiempo, el peso de los factores económicos y sociales evolucionara en contra suya. Algunos teóricos comunistas más recientes, como Galkin y Vajda, han incorporado aspectos de la explicación de Thalheimer, y consideran el fascismo como una crisis atípica producida por determinadas variantes de la sociedad capitalista, en la cual el régimen fascista logra liberarse hasta cierto punto de la dominación capitalista, por lo menos de momento.

El fascismo como expresión de un radicalismo exclusivo de las clases medias

Varios observadores y estudiosos han sugerido una interpretación diferente de las bases de clases del fascismo, pues no consideran a éste como agente de la burguesía, sino más bien como vehículo de sectores de las clases medias, a las que antes se negaba la pertenencia a la élite nacional, con objeto de forjar un sistema que les diera un papel más destacado. Quien primero sugirió esta explicación fue Luigi Salvatorelli, en su *Nazionalfascismo* (1923), cuando subrayó el papel de la "pequeña burguesía humanista"-, los funcionarios, los diplomados universitarios – que trataba de reestructurar el estado y la sociedad italianos tanto en contra de la alta burguesía capitalista como en contra de los obreros. Su interpretación ha obtenido el decidido apoyo del principal estudioso del fascismo italiano, así como del historiador más oficial del movimiento. Coincide en gran

medida con la tesis de Seymour Lipset sobre el fascismo como "radicalismo del centro".

Ese enfoque explica la procedencia social de parte de la base de determinados partidos fascistas importantes, además de aclarar determinados aspectos del programa fascista. Pero su capacidad explicativa es limitada, pues no explica el gran número de seguidores del fascismo no pertenecientes a las clases medias en países tan diversos como Alemania, Hungría y Rumania. Tampoco logra explicar todo el carácter y el alcance de los objetivos radicales entre sdirigentes tan diferentes como Hitler, Déat, Piasecki y Codreanu. O sea, que el "radicalismo de las clases medias" explica una de las tendencias más importantes del fascismo, pero resulta insuficiente para consituir una teoría general del fascismo.

El fascismo como la consecuencia de historias nacionales excepcionales

Diversos escritores e historiadores han tratado de presentar al fascismo y el nazismo como enfermedades esencialmente italianas y alemana, debidas a valores e instituciones culturales y sociales defectuosos arraigados en las historias anteriores de esos países. Aunque no cabe en absoluto desechar de plano ese enfoque, sus partidarios han ido disminuyendo constantemente, debido a la superficialidad de sus análisis, en los que no han hecho una comparación adecuada con otros países cuyos factores y problemas eran parecidos, aunque fuese en menor grado. Se ha reconocido que esto lleva a un reduccionismo antihistórico y antiempírico.

El fascismo como producto de un derrumbamiento cultural o moral

Los historiadores de la cultura alemana e italiana, encabezados por figuras como Benedetto Croce y Friedrich Meinecke, han interpretado el fascismo como el producto de la fragmentación cultural y el relativismo moral de los valores europeos a partir de fines del siglo XIX. Según esta opinión, la crisis de la primera guerra munidal y los años siguientes, al producir una intensa dislocación económica, conflicto social y anomia cultural, llevó a una especie de colapso espiritual que permitió el auge de nuevas formas de nacionalismo radical. Una de las exposiciones contemporáneas más coherentes de este enfoque es la de Peter Drucker.

La debilidad del enfoque de la crisis cultural o moral, tomado por sí solo, estriba en que solo trata de explicar las condiciones que permitieron la aparición de los movimientos fascistas, sin explicar sus ideas, valores, formas u objetivos específicos. En cambio, A. James Gregor, en su *The Ideology of Fascism*, argumenta que el fascismo italiano elaboró una ideología coherente que no era el producto de un derrumbamiento nihilista, sino más bien la consecuencia de unas ideas culturales, políticas y sociales nuevas elaboradas en Europa occidental y central a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

El fascismo como fenómeno metapolítico excepcional

El estudioso más famoso del fascismo, Ernest Nolte, interpreta el fascismo de manera completamente diferente de todas las teorías anteriores, pues desecha la mayor parte de los factores aducidos por otros intérpretes por considerarlos secundarios o prácticamente inaplicables. Nolte considera el fascismo primordialmente como un fenómeno metapolítico, es decir, como el producto de determinadas aspiraciones políticas, culturales e ideológicas que surgen de la democracia liberal y están encaminadas a crear un orden radicalmente nuevo, con nuevos valores y doctrinas propios, que rechazan los proyectos existentes de "trascendencia" y buscan otro tipo de revolución de la derecha. A su juicio, el fascismo es producto de la era de las guerras mundiales y el bolchevismo, y trata de contrarrestar a este último mediante la adopción de algunas de sus formas y sus técnicas.

Aunque son pocos los estudiosos que han aceptado las formulaciones exactas de Nolte, otras figuras importantes han sugerido interpretaciones políticas propias. Antes de que se publicara el primer libro de Nolte, Eugen Weber sugirió que el fascismo era un proyecto excepcional y específico revolucionario por derecho propio, mientras que George Mosse, el principal historiador de la cultura nazi y prenazi, interpreta el fascismo

como una revolución de la derecha con objetivos trascendentales propios y con un contenido cultural e ideológico específico, no meramente reaccionario ni oportunista. De forma un tanto parecida, el filósofo católico Augusto del Noce entiende el fascismo como la forma revolucionaria de determinados nacionalismos europeos durante la "primera edad de la secularización", cuando el clericalismo moderno todavía era capaz de proyectar objetivos idealistas y semitrascendentales, y antes de la victoria absoluta del materialismo y el comunismo. Interpreta el fascismo italiano como competidor del leninismo, y el nacionalsocialismo alemán, más radical, como contrapartida competitiva del stalinismo, de manera que constituyen dos fases diferentes del radicalismo del siglo XX.

El fascismo como resultado de impulsos psicosociales sumamente neuróticos o patológicos

Este enfoque es más intuitivo que empírico, pero prosperó en algunos sectores durante la era fascista e inmediatamente después de ella. Sus teóricos más leidos han sido Erich Fromm, Wilhelm Reich, y Theodor Adorn y los colegas de este último. La obre de Fromm *El Miedo a la Libertad* (publicada inicialmente en Nueva York, 1941,1965) aducía que debía entenderse el fascismo como producto de la sociedad de clase media centroeuropea decadente, pero difería del enfoque marxista corriente al hacer hincapié sobre todo en los sentimientos de aislamiento, impotencia, anomia y frustración.

Un enfoque freudiano más extremo tiene su ejemplo en la obra de Wilhelm Reich, *La Psicología de las Masas del Fascismo* (Nueva York, 1930, 1946,1970), que proponía una explicación psicosexual. Reich consideraba el fascismo como una combinación de represión sexual e impulsos compensatorios y agresivos sadomasoquistas, y como la consecuencia natural de una "sociedad burguesa" basada en la represión sexual.

Cabe hallar un enfoque diferente, pero relativamente afín, en la obra de Theodor Adorno y otros, *La personalidad autoritaria* (Nueva York, 1950). Este estudio sugería que podía entenderse el fascismo como la expresión primordial de determinados rasgos de la "personalidad autoritaria" que tendían a la rigidez, la represión y la dictadura, y cuya presencia cabía esperar sobre todo entre las clases medias centroeuropeas del período de entreguerras.

La debilidad de estas teorías reside en el contenido especulativo y no verificable de las concepciones de Fromm y Reich y en el carácter peculiarmente reduccionistas de las ideas sexuales de este último, que no pueden hacerse aplicables metodológicamente aplicables a las principales dimensiones del problema. El inventario de la "personalidad autoritaria" es más específico y empírico, pero las investigaciones ulteriores no han logrado sustanciar ninguna hipótesis clara acerca de los rasgos de la personalidad de la clase media o centroeuropea en este período, y no es de sorprender que un estudio empírico concluyente que las personalidades de los comunistas eran tan "autoritarias" como las de los fascistas.

El fascismo como producto de la ascensión de unas masas amorfas

Otra concepción del fascismo lo considera como producto de unos cambios cualitativos exclusivos de la sociedad europea, a medida que la estructura tradicional de clases fue cediendo terreno a unas poblaciones numerosas, indiferenciadas y atomizadas: las "masas" de la sociedad urbana e industrial. Quien primero expuso esta idea fue José Ortega y Gasset, y de diversas formas la han vuelto a formular Emil Lederer, Talcott Parsons, y Hanna Arendt, y quizá de la forma más coherente William Kornhauser. Hace hincapié en el carácter irracional, antiintelectual y visceral del atractivo del fascista para el "hombre masa", con lo cual hasta cierto punto complementa la teoría del "derrumbamiento cultural". Pero este enfoque tiende a olvidar la medida en que figuraban en los programas y las prácticas de los movimientos fascistas un contenido ideológico práctico y unos llamamientos coherentes a intereses tangibles, así como la medida en que muchos de sus seguidores se seguían identificando y definiendo como miembros de

sectores sociales o institucionales estructurados. Además, no distingue entre el carácter de la "sociedad de masas" en el contexto alemán, distinto de los demás países industrializados.

El fascismo como manifestación típica del totalitarismo del siglo XX

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando el espectro de una Europa dominada por el hitlerismo se vio sustituido por el de una Europa dominada por el stalinismo, surgió una nueva línea de interpretación entre algunos teóricos políticos occidentales. Sugirieron éstos que el fascismo en general, pero más específicamente el nacionalsocialismo, no constituía una categoría o un género absolutamente excepcional, sino que se trataba simplemente de una manifestación típica del fenómeno general, más amplio y todavía más siniestro, del totalitarismo del siglo XX, que perduraría mucho tiempo después de que hubieran expirado los movimientos estrictamente fascistas. Esta concepción estuvo muy de moda en la década de 1950, pero más tarde fue objeto de críticas cada vez más duras. Hannah Arendt excluyó a la Italia de Mussolini de la categoría de los sistemas totalitarios, con lo que socavó el concepto del fascismo genérico como totalitarismo. Más trade, en un importante artículo, Wolfgang Bauer llamó la atención sobre los aspectos comunes del fascismo y el nacionalsocialismo y sus diferencias con los sistemas comunistas, con lo que puso más en duda que existiera una identidad común como totalitarismo genérico. Los teóricos occidentales han tropezado cada vez más con dificultades para definir el totalitarismo – aunque esto pueda deberse meramente a perversidad y simplismo - y algunos dudan que exista como una categoría contínua y comparable en absoluto.

El fascismo como resistencia a la modernización

El viejo argumento de que el fascismo era meramente irracional e incomprensible en términos normales ha recibido en los últimos años una nueva matización por parte de algunos estudiosos occidentales que lo han interpretado como una expresión de resistencia a la "modernización", como quiera que se defina esta última. Interpretan los movimientos fascistas como opuestos primordialmente a los aspectos centrales de la sociedad liberal occidental, como la urbanización, la industrialización, la educación liberal, el materialismo racionalista, el individualismo, la diferenciación social y la autonomía pluralista, de modo que califican al fascismo como inherentemente opuesto a la modernización "en si". Henry A. Turner, Jr., ha aportado la exposición más sucinta y directa de este punto de vista. Wolfgang Saber interpreta el fascismo como el movimiento político de los "perdedores" en el proceso de modernización, mientras que Barrington Moore, que emplea una definición del fascismo muy elástica, cree que fue el producto de un proceso aberrante de modernización controlado por élites marciales y rurales.

Ernst Nolte ha aducido que el fascismo fue, entre otras cosas, la expresión de una resistencia a la "trascendencia" moderna, concepto filosófico que no parece estar divorciado del de modernización en las ciencias sociales. Akan Cassels, no obstante, aporta una matización importante a la tesis antimodernista con su concepción de las "dos caras del fascismo", al sugerir que en lagunos países subdesarrollados el fascismo fue una fuerza modernizadora, pero se volvió en contra del proceso modernizador en países como Alemania que ya estaban industrializados. La tesis de la antimodernidad se ha visto vigorosamente combatida por algunos estudiosos que aducen una interpretación diametralmente opuesta.

El fascismo como consecuencia de una fase determinada del crecimiento socioeconómico, o una fase en la secuencia del desarrollo

Casi todas las interpretaciones precedentes eran "concepciones clásicas", formuladas inicialmente en las décadas de 1920 y 1930 en términos de los intereses o los impulsos fundamentales de la sociedad europea o de su estructura económica. Veinte años después de la derrota de la Alemania nazi surgió un enfoque diferente, influido por las ideas

generales relativas a los imperativos estrcuturales y políticos de la modernización económica y a las experiencias recientes de los países del "Tercer Mundo" que acababan de conquistar la independencia.

El concpeto del crecimiento por fases sostiene que muchas veces el proceso de modernización e industrialización ha tendido a producir graves conflictos internos a medida que el equilibrio del poder va cambiando entre distintos grupos sociales o económicos y pone en peligro a algunos. Quienes se inclinan hacia este enfoque no sólo difierne de los marxistas en que no reducen el conflicto a un combate entre el capital y el trabajo, sino que lo definen con más amplitud en relación con una extensa gama de fuerzas sociales/ estructurales y de intereses nacionales.

Dos de los principales expositores de esta reoría han sido A.F.K.Organski y Ludovico Garrucchio (pseudónimo). Organski ha sugerido que las posibilidades de un fascismo surgen en el momento en que el sector industrial de la economía empieza a igualar por primera vez en volumen y en fuerza de trabajo al sector primario, lo cual crea la posibilidad de conflictos graves que sirven además para provocar un nacionalismo agresivo y un gobierno autoritario. El problema de esta concepción es que su autor no la afinó lo bastante para hacer que resultara aplicable únicamente a Italia ya otros países que pasaron por una experiencia "fascista", y en consecuencia no se puede aplicar a Alemania (ni el autor lo intenta). La mayor parter de los países que pasan por esa fase de crecimiento nunca han experimentado nada que pudiera calificarse de fascismo.

Es posible que la tentativa más seria de comprender el fascismo a partir de las pautas generales comparativas de modernización sea la de Ludovico Garruccio, *L'industrializzazzione tra nacionalismo e rivoluzione.* Sugiere que lo que se conocía como fascismo era la variante centroeuropea de una experiencia común de crisis, cuyo resultado final ha sido normalmente un gobierno autoritario, que ha acompañado al esfuerzo de las naciones modernas (o, en el caso de Rusia, de los imperios modernos) por establecer su identidad y su poder sobre una base moderna, superar un conflicto interno y completar su modernización social y económica. Esta concepción resulta muy sugerente y quizá ayude a explicar la relación del fascismo con el comunismo y con las dictaduras desarrollistas del Tercer Mundo, pero no identifica ni explica las características históricas del fascismo europeo.

A.James Gregor ha ampliado este enfoque en algunos respectos al aducir que el fascismo en sus diversas manifestaciones es, más que el comunismo, la revolución típica del siglo XX, pues fue la primera que introdujo técnicas y conceptos nuevos de revolución nacional y de dictadura integrada. Se identifica específicamente al fascismo italiano como prototipo de la dictadura desarrollista movilizadota de las masas ideada para alcanzar un amplio umbral de modernización, aunque no se aplique específicamente este concepto a otros supuestos fascismos.

La negación de que pueda definirse un fenómeno tan general como el fascismo genérico

Por último, hay algunos analistas agudos de mentalidad nominalista que han concluído que el fascismo genérico es una proyección de la imaginación y que los diversos movimientos putativamente fascistas son demasiado diferentes para formar una categoría diferenciada. Según la rigidez o la uniformidad con que se defina la categoría del fascismo genérico, es posible que tengan razón. La exposición más directa de esta postura la ha hecho Gilbert Allardyce, pero en diversos grados se ha visto apoyada por Kart D.Bracher (que no niega la posibilidad de construir un "mínimo fascista" abstracto, pero duda de su utilidad), John Lukacs y otros.

Fascismo: Sindicalismo, Futurismo, Nacionalismo

Ernesto Milá

Sindicalismo y Fascismo

A partir de 1902 y hasta 1905, Mussolini evoluciona *"en la estela del sindicalismo revolucionario"* (1). Se encuentra exiliado en Suiza y permanece allí entre julio de 1902 y noviembre de 1904 colaborando asiduamente con la publicación *L'Avenire del lavoratore*, semanario del Partido Socialista Italiano en ese país y luego con *Il Proletario*, igualmente socialista y publicado en Nueva York. Zeev Sternhell cree posible que durante la permanencia de Mussolini en Lausana asistiera a las clases de Vilfredo Pareto (2). En esa época también se nutría de Marx (*"el más grande de los teóricos socialistas"* como había escrito) y el profesor Sternhell ve también influencias de Rosa Luxemburgo, Guesde y Jean Jaurès, pero también de Georges Sorel y Antonio Labriola… Seguramente Sternhell tiene razón cuando dice que en esa época Mussolini *era "un militante socialista intelectualmente a la deriva"*.

Labriola había militado desde 1895 en las filas del socialismo napolitano y en 1898 debió exiliarse a Suiza a causa de su participación en los motines que tuvieron lugar ese año en Italia. En el exilio tomó contacto con Vilredo Pareto y luego, ya en Francia, conoció las ideas de Georges Sorel que incorporó a su revista. En 1900 volvió a Italia y dos años después fundó en Mlán *Avanguardia Socialista* con la que Mussolini colaboraría prácticamente desde su fundación. Esta publicación se convirtió en el portavoz de la corriente "revolucionaria", también llamada "sindicalista revolucionaria", dentro del PSI (3).

En aquellos años, a pesar de militar en el socialismo, las ideas de Mussolini rebasaban con mucho los altos muros de esta formación y se sentía próximo al anarquismo (4) aunque después adoptara las tesis del sindicalismo revolucionario tal como en aquel momento las estaba exponiendo Georges Sorel en Francia. Por si había alguna duda, apoya la huelga general (5) de septiembre de 1904 en la más pura tradición sindicalista-revolucionaria. Uno de los temas en los que insistía Sorel era en la importancia de la violencia como arma del proletariado. Había llegado a escribir: "*nos vemos conducidos a preguntarnos si ciertos actos criminales podrían tornarse heroicos, o por lo menos meritorios, por razón de las consecuencias que sus autores esperaban de ellos en pro de la felicidad de sus conciudadanos"* (6). Y por si esto no quedara suficientemente clara, añadía: "*todo puede salvarse si mediante la violencia logra el proletariado consolidar de nuevo la división de clases, y devolver a la burguesía algo de energía"* (7). Así mismo, cuando Sorel recordaba la gesta de las Termópilas, era inevitable que sus palabras tuvieran un eco en el joven Mussolini: *"Saludemos a los revolucionarios igual que los héroes espartanos que defendieron las Termópilas y contribuyeron a mantener la luz en el mundo antiguo"* (8). Este continuado "piropeo" y esta incorporación de la violencia al proyecto político sindicalista revolucionario fue heredado posteriormente por el fascismo mussoliniano. La revolución rusa de 1905 terminaría situando el tema de la violencia en el centro del debate radical en Europa. Y con mucha más razón en Italia donde el año anterior de habían producido insurrecciones obreras en varias zonas y una gran huelga general en el verano de 1904 como represalia por uno de estos estallidos de violencia y la represión subsiguiente en Castelluzzo. Las acciones de protesta habían sino iniciadas por Labriola y su *Avanguardia Socialista*.

Esta corriente considera que la acción sindical debe ser independiente de la actividad y de los objetivos de los partidos polítidos. La marcha hacia la formación de esta corriente había sido larga desde sus primeros despuntes con Fernand Pelloutier hasta su concreción final con Georsel Sorel. En Italia, la corriente nació en el seno del partido socialista de la mano de Arturo Labriola y Alceste De Ambris.

En 1898, Labriola se entrevistó con Sorel en París. En Italia habían aparecido capas de trabajadores extremadamente combativas especialmente en las ciudades industriales del

norte, carecían de tradición sindical (9). De estos núcleos derivaría en 1907 la formación de la Unión Sindical Italiana.

La influencia de Sorel y de Pelloutier desembocó en la creación de una forma de sindicalismo revolucionario en Italia muy parecido al de la CNT en España. El sindicato debía de ser para sus impulsores el *"nuevo principio directivo de una sociedad"*, solamente así se evitaría que el sindicalismo fuera *"la extensión de la sociedad burguesa"* (10). Al frente de la nueva formación se encontraba Alceste de Ambris que ya había destacado desde 1906 en el ala radical de la CGL (11) que cristalizó en un grupo minoritario que actuó con el muy soreliano nombre de Acción Directa compuesto por varias decenas de miles de trabajadores. Tras acusan a la CGL de no apoyar las huelgas de los ferroviarios y marineros crearon un Comité de Resistencia. Al año siguiente se produjo otra oleada de huelgas y al concluir se reunión Acción Directa en su segundo congreso cuando contaba con 150.000 afiliados (la CGL tenía en la misma época 300.000 y los sindicatos cristianos 100.000). En medio de un clima de agitación contraria a la guerra de Libia, el Congreso de Módena (1912) proclamó la constitución de la Unión Sindical Italiana dirigida por Alceste de Ambris. Su primera declaración era tan soreliana como nietzscheana ("el proletariado debe confiar únicamente en sus propias fueras…") (12). Mientras los sucesos de la llamada "semana roja" de Ancona (13) aumentaron el prestigio combativo de la USI, la política intervencionista creó disensiones internas dentro de la USI. De un lado la mayoría permaneció contraria a la guerra, obligando a De Ambris y a otros miembros de la dirección a dimitir el 14 de septiembre de 1914 y constituir la Unióne Italiana del Laboro.

La actividad de la nueva organización fue nula durante 1914-17, pero en la última falta consiguió popularizar sus tesis defendidas a través de la publicación *L'Italia Nostra* en cuyo primer número podía leerse: *"nuestro objetivo es la guerra contra el sistema capitalista y contra todas las instituciones que le sostienen"*. El lema de la revista estaba dirigido a los nacionalistas: *"La Patria no se niega, se conquista"* (14).

En 1918, tras el fracaso de la huelga general de Parma, empezó a aparecer la revista *La Lupa* dirigida por Paolo Orano que intenta sintetizar en un único esfuerzo a los nacionalistas de Corradini y a los sindicalistas revolucionarios de Labriola. Eran los tiempos en los que los nacionalistas hablaban continuamente de "naciones proletarias" con un lenguaje que encontraba eco en el sindicalismo revolucionario que terminó por aceptar las tesis de Orano (15), cuando ya los sindicalistas revolucionarios se habían aproximado a las tesis nacionalistas y habían participado activamente en las actividades intervencionistas.

Mussolini acogió con elogios desde *Il Popolo d'Italia* la fundación de la UIL e incorporó varios elementos de su programa al de los Fasci di Combattimento e incluso en la tardía época de la República Social Italiana se pueden encontrar en su programa de "socialización" algunos elementos que aparecieron por primera vez en el Segundo congreso de la UIL (5 y 6 de enero de 1919). Mussolini desde su periódico apoyó todas y cada una de las propuestas e iniciativas de Edmondo Rossoni, secretario general del sindicato. Poco después, en 1921, Rossoni pasará a dirigir la Camera del Laboro de Ferrara constituida por los fascistas y un año después se afilia oficialmente al Partido Nacional Fascista siendo el padre de la Carta del Trabajo después de promover la fusión en un organismo único de los sindicatos obreros y de los paronales, que dará origen al Estado Corporativo del Ventennio.

La formación doctrinal del "primer Mussolini" era la propia de un militante de la izquierda radical compuesta por dosis de marxismo extraídas directamente de los textos clásicos escritos por Marx y Engels, interpretaciones y aportaciones del marxismo extremista alemán con Rosa Luxemburgo y sindicalistas revolucionarios franceses e italianos. No es sólo un periodista que se enardece ante la máquina de escribir, sino que es también y sobre todo un agitador de masas, sin duda el más prestigioso a partir de 1912.

El intervencionismo hará que algunos sindicalistas revolucionarios terminen confluyendo con los agitadores nacionalistas de la ANI y con los futuristas exaltados de Marinetti. El fascismo, a partir de la reunión de la plaza de San Sepolcro se configura pues como una síntesis de estas corrientes de la que surgirán las tres tendencias del fascismo: el ala izquierda, indudablemnte, está representada por el sindicalismo revolucionario de la UIL y por los seguidores de Mussolini llegados del socialismo.

Hubo pues, algo de izquierdismo en el fascismo de los orígenes y esta corriente jamás se terminó de eclipsar del todo durante el Ventennio, luego volvería a emerger de nuevo en el programa de socialización de la República Social a partir de 1943. En el Congreso de Roma en el curso del cual los Fasci di Combatimento se transforma en Partido Nacional Fascista (noviembre de 1921), Dino Grandi resumió el programa del fascismo como representante de una tendencia "de izquierdas": *"Libertad, nación, sindicalismo: el Estado debe resumirse en una grande y potente jerarquía de sindicatos"*. Dos meses después, Rossoni organizó la Confederación Nacional de las Corporaciones Sindicales que en agosto de 1922 contaba con 458.000 afiliados (16). En ese mismo congreso de transformación, Mussolini, en cambio, abandonó completamente sus posiciones "de izquierdas" y "acentuó su giro a la derecha" (17) negando la lucha de clases, evitó pronunciarse sobre la monarquía, e hizo todo lo posible por presentar su aspecto más moderado y "centrista". Pasarían todavía unos meses antes de que Mussolini aceptara la monarquía: *"La Corona no está en juego, con tal de que la Corona no quiera entrar en el juego. ¿Está claro?"* había dicho en Udine el 20 de septiembre de 1922 (18).

Tras haber visto las distintas componentes del fascismo (el socialismo mussolinisno, el sindicalismo revolucionario, el nacionalismo y el futurismo) puede concluirse que en la medida en que se trató de una síntesis, ésta fue imperfecta: en algunos elementos (Farinacci, Orani) la "izquierda fascista" estuvo siempre encarnada; en ellos el sindicalismo (primero "revolucionario" y luego "nacional") mantuvo siempre su personalidad y sus perspectivas de un "fascismo social". Como en todo equilibrio inestable entre "lo nacional" y "lo social" o se mantiene el equilibrio o se tiende hacia un lado o hacia otro. En los nacionalistas, ocurrió otro tanto: desde el principio se interesaron más por lo nacional, por la expansión del Imperio y por el irredentismo a despecho del aspecto "social" del fascismo.

El "adaptacionismo" mussoliniana se prolongó hasta la Marcha sobre Roma. En su concepción de la política, lo importante era aproximarse de manera implacable a los objetivos propuestos, sea como fuere. No es que Mussolini fuera un "maquiavelista", sino que en su óptima, un fin (la "revolución fascista") justificaba los medios. Porque Mussolini aprendió pronto –probablemente a través de su lectura de Sorel y de sus observaciones empíricas- que *"sin poder no hay revolución posible"*. Se trataba por tanto de ir agregando fuerzas para alcanzar una masa crítica suficientemente compacta y con base social como para poder lanzarse a la conquista del poder con garantía de éxito.

El 25 de octubre, durante el congreso del PNF de Nápoles, alguien lanzó un llamamiento a la insurreccion: *"Fascistas: en Nápoles llueve ¿qué es lo que esperamos?"*. Fue el pistoletazo de salida de la Marcha sobre Roma. El fascismo "uno y trino" se abalanzaba sobre el poder…

Notas:

(1) Z. Sternhell, *op. cit.*, pág. 298.

(2) *Ibídem.*, pág. 298. *"¿Os acordáis de la teoría de las elites de Vilfredo Pareto? Es probable que se trata de la concepción sociológica más genial de los tiempos modernos, una concepción que nos enseña que la historia no es más que una sucesión de elites dominantes"* había escrito Mussolini en el artículo titulado Intermezzo polémico, en *La Lima*, 25 de abril de 1908.

(3) Labriola era uno de esos exponentes del sindicalismo revolucionario socialista que compartía tesis con los anarquistas y que no tená empacho en reconocer su pernencia a la masonería de la que fue Gran Maestre del Gran Oriente de Italia entre 1930 y 1931. En 1906 fue co-

director de la revista sindicalista-revolucionaria Pagine Libere que se publicó en Lugano hasta 1911 que fue favorable a la intervención italiana en Libia pero que luego terminó criticando a los mandos militares por la forma de conducir la guerra. Solamente en 1913 se separó definitivamente del sindicalismo revolucionario para ser elegido diputado socialista. Fue un destacado intervencionista de izquierdas y cumplió varias misiones internacionales para el gobierno una vez Italia entró en guerra. En 1920-21 fue ministro de trabajo en el último gobierno de Giolitti. Exiliado en Francia a causa de la llegada del fascismo, en diciembre de 1935 retornó al país sin ser molestado, mostrándose favorable a la intervención en Etiopía. De 1936 a 1943 fue colaborador de Nicola Bombacci en la revista mensual *La Verità* que propugnana un "socialismo nacional" y se situaba "a la izquierda" del régimen fascista. Tras la guerra fue elegido diputado en la Asamblea Constituyente y luego senador en 1948.

(4) Z. Sterhnell, *op.cit.,* pág. 298. Dice textualmente: *"Simpatiza con el anarquismo, pero al final opta por las tesis del sindicalismo revolucionario".*

(5) La "huelga general" es el mito recurren del sindicalismo revolucionario. Hasta finales del siglo XIX, la huelga había sido utilizada con fines de presión sobre los gobiernos y las patronales, pero Georges Sorel introdujo en sus Reflexiones sobre la violencia, aprovechando las experiencias sobre la huelga general consideró que la huelga general era el mito a través del cual se iniciaría la revolución social. No solamente se trataba de paralizar la actividad del Estado y, por tanto, colapsarlo, sino que además se trataba de impulsar el control obrero sobre la producción. El mismo desarrollo de la "huelga general" reforzaría los lazos de solidaridad, el espíritu revolucionario y la conciencia de clase de los trabajadores. El propio Sorel la calificó como "mito", es decir, el relato de un hecho extraordinario. Cfr.*Georges Sorel: apóstol de la violencia* (Daniel Kersffeld, Colección Razón Política, Ediciones del Signo, buenos Aires 2004), en donde se define a la "huelga general" como una "creencia destinada al combate que se encargará de retomar la inteligibilidad de los principios fundamentales del marxismo", (pág. 80).

(6) Citado en *Los monstruos políticos de la modernidad: de la revolución francesa a la revolución nazi.* María Teresa González Cortés, Ediciones de la torre, Madrid 2007, pág. 289

(7) *Idem*, pág. 289

(8) *Reflexiones sobre la violencia*, George Sorel, Alianza Editorial, Madrid 1976, cap. II, apartado III.

(9) R. Paris, *op. cit.*, pág. 40-41.

(10) R. París. *op. cit.*, pág. 41-42

(11) CGL: Confederazione Generale del Laboro, sindicato italiano fundado en 1906 que llegó a agrupar a 250.000 trabajadores antes de la guerra con una orientación moderada. Tras autodisolverse durante el Ventennio fascista, se reconstruyó al acabar la guerra con el nombre de Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL).

(12) R. Paris, *op. cit.,* pág. 44.

(13) Junio de 1914. Ver Nota 13 de la primera parte de este estudio.

(14) Citado por Z. Sternhell, *op. cit.,* pág 211.

(15) R. Paris, *op. cit.*, pág. 42, quien añade: *"bajo su forma soreliana, el sindicalismo revolucionario no era entonces mucho más que un nacionalismo de izquierda, anunciando con ello el intervencionismo de izquierdas de 1914".* Z. Sternhell en *El nacimiento…, op. cit.*, pág. 209, plantea idénticas tesis.

(16) R. Paris, *op. cit.,* pág. 96-97.

(17) *Ibidem,* pág. 96

(18) A. Tasca, *op. cit.*, pág. 279.

(19) I. Bolinaga, *op. cit.,* pág. 49

Futurismo y Fascismo

Existe una total unanimidad en reconocer al futurismo un carácter "revolucionario" aunque no esté claro exactamente que se quiere afirmar con ello. Para unos, el futurismo sería "revolucionario" en la medida

en que rompería con los esquemas de expresión artísticas vigentes hasta ese momento y, en este sentido sería una de las vanguardias aparecidas en las primeras décadas del siglo XX. El futurismo fue, en efecto, una corriente artística pero, como posteriormente ocurrió con el surrealismo, sus miembros participaron políticamente y a diferencia de esta corriente mayoritariamente ganada por el marxismo, los futuristas –especialmente sus máximos exponentes– se identificaron con el fascismo.

El camino hacia el futurismo

Para otros, "lo revolucionario" en el futurismo serían todas aquellas connotaciones destructivas y provocativas que se incluyeron en sus manifiestos. Así pues, el futurismo sería "revolucionario" porque exaltaría la violencia, la máquina, el desenfreno tecnológico y la guerra. Hay en el futurismo un evidente "signo de los tiempos" que remite a tres influencias perfectamente identificadas: de un lado la filosofía de Nietzsche en interpretación libre, de otro una reacción neorromántica que en lugar de tender hacia el medievalismo como fue usual en esta corriente decimonónica se orientó hacia una especie de culto al progreso, el maquinismo y la velocidad; y, finalmente, un estilo de vida exaltado, libre y aventurero que conducía directamente a excesos.

El movimiento arranca oficialmente con la publicación del Manifiesto Futurista de 1909 y se transforma en partido político en las últimas semanas de la I Guerra Mundial. El propio fundador del movimiento, Filippo Tommaso Marinetti será uno de los "sansepolcristas" que participaron en la reunión de la plaza del San Sepolcro el 23 de marzo de 1919 en donde se fundaron los Fasci di Combattimento (1). Cuando eso ocurría, el movimiento futurista hacía seis meses que había cristalizado en la formación del efímero Partido Político Futurista (2). Sin embargo, cuando los Fasci resultan derrotados en las elecciones de 1919, Marinetti pareció desinteresarse de la vida partidaria y retornó a sus experiencias artísticas denotando cierto desencanto por la política. A pesar de la brevedad en el tiempo de la existencia del Partido Futurista, lo incuestionable es que lo esencial de sus representantes confluyó con el fascismo (3) constituyendo otra de sus componentes originarias.

El caldo de cultivo futurista

En el clima cultural italiano de principios de siglo apareció lo que se ha llamado una "reacción antipositivista" de la mano de Benedetto Croce (4) que fue asumida por los redactores del periódico de Giovanni Papini y Prezzolini, *La Voce* (5), de orientación nacionalista. A través de esta revista fueron conocidos en Italia algunos pensadores franceses de carácter revolucionario que lograron interesar a intelectuales italianos. Uno de ellos fue Alfredo Oriani.

Oriani, novelista de poco éxito fallecido en 1907, escribió algunos ensayos políticos en los que tocó temas propios de los nacionalistas hasta el punto de ser considerado como uno de sus precursores. Mussolini lo premió prorrogando su obra completa durante el Ventennio. Oriani consideraba que el *Risorgimento* había sido una "revolución inacabada" y lo consideraba como una excrecencia de la burguesía italiana de la que la mayoría de la población había estado completamente ausente. Apelaba a que "el pueblo" continuara la tarea iniciada por Mazzini y Garibaldi. Mussolini quien recogió el guante. Oriani concebía esta continuación del *Risorgimento* como una tarea heroica, violenta, liberadora y radical que prefigura algunos de los elementos que veinte años después serán habituales en la literatura futurista.

Otros poetas como Gabriele D'Annunzio y Giovanni Pascoli transitaron por la misma senda. Pascoli, aun sosteniendo un "socialismo nacional", se adhirió al nacionalismo italiano mientras que D'Annunzio asumió pronto en su poesía las ideas las ideas de quienes añoraban una "Italia Imperial". Fue él quien rescató el viejo lema de las ciudades hanseáticas que luego inspiraría un famoso artículo de Mussolini (6): *"Navigare necesse est, Vivere non est necesse"*.

D'Annunzio se había ubicado a finales del XIX en el nacionalismo y en el imperialismo que alternaba con poesías inflamadas

(especialmente durante la guerra de Libia en 1910-12), lances de amor más o menos escandalosos y gestas militares heroicas (7). La experiencia bélica radicalizó sus convicciones nacionalistas y la cesión de Fiume a Yugoslavia pactada en la Conferencia de París de 1919, fue mucho más de lo que estaba dispuesto a soportar pasando a la acción y ocupando la ciudad. D'Annunzio no fue futurista, pero su comportamiento si influyó decididamente en el movimiento fundado por Marinetti (8) y especialmente sus "gestos" fueron recogidos por los futuristas que los revalidaron e incorporaron a su poesía y a sus manifiestos.

Algunos autores han destacado que D'Annunzio prodigaba gestos escénicos, dramáticos y espectaculares de los que luego Mussolini usó y abusó: *"El culto a D'Annunzio fue el anunciador innegable del culto de que Mussolini intentaría rodearse"* (9).

Sobre estas bases, a las que debe unirse por supuesto la eclosión de las vanguardias de principios del siglo XX (10) nacería el futurismo que, en honor a la verdad sería la *"primera vanguardia italiana del novecento"*.

Filippo Tommaso Marinetti

La biografía literaria de Marinetti no fue en absoluto brillante, sino más bien discreta, hasta la aparición de los llamados manifiestos futuristas a partir de 1908. Tales documentos, siempre exaltados, paradójicos, sorprendentes y extremadamente radicales y violentos le valdrán el ser llamado *"la cafeína de Europa"* (11). El primer manifiesto futurista fue publicado en el diario francés *Le Figaro* el 20 de febrero de 1909 firmado por Giovanni Papini, Aldo Palazzeschi, Corrado Govoni, "Luciano Folgore" (Omero Vecchi) y el propio Marinetti. El manifiesto incluía algunas intuiciones geniales:

"(…) Un inmenso orgullo henchía nuestros pechos, pues nos sentíamos los únicos, en esa hora, que estaban despiertos y erguidos como faros soberbios y como centinelas avanzados, frente al ejército de las estrellas enemigas que nos observaban desde sus celestes campamentos. Solos con los fogoneros que se agitan ante los hornos infernales de los grandes barcos, solos con los negros fantasmas que hurgan en las panzas candentes de las locomotoras lanzadas en loca carrera, solos con los borrachos trastabilleantes con un inseguro batir de alas a lo largo de los muros.

De repente, nos sobresaltamos al oír el ruido formidable de los enormes tranvías de dos pisos, que pasaban brincando, resplandecientes de luces multicolores, como los pueblos en fiesta que el Po desbordado sacude y desarraiga de repente para arrastrarlos hasta el mar sobre las cascadas y a través de los remolinos de un diluvio. (…)

«¡Vamos! -dije yo-. ¡Vamos, amigos! Finalmente, la mitología y el ideal místico han sido superados. Estamos a punto de asistir al nacimiento del Centauro y pronto veremos volar a los primeros Ángeles!.. ¡Habrá que sacudir las puertas de la vida para probar sus goznes y sus cerrojos!... ¡Partamos! ¡He aquí, sobre la tierra, la primerísima aurora! ¡No hay nada que iguale el esplendor de la roja espada del sol que brilla por primera vez en nuestras tinieblas milenarias!».

Nos acercamos a las tres fieras resoplantes para palpar amorosamente sus tórridos pechos. Yo me recosté en mi automóvil como un cadáver en el ataúd, pero en seguida resucité bajo el volante, hoja de guillotina que amenazaba mi estómago.

La furibunda escoba de la locura nos arrancó de nosotros mismos y nos lanzó a través de las calles, escarpadas y profundas como lechos de torrentes. Aquí y allá, una lámpara enferma tras los cristales de una ventana nos enseñaba a despreciar la falaz matemática de nuestros ojos perecederos.

(…) Y nosotros, como jóvenes leones, seguíamos a la Muerte de pelaje negro y manchado de pálidas cruces que corría por el vasto cielo violáceo, vivo y palpitante.

Y, sin embargo, no teníamos una Amante ideal que irguiera hasta las nubes su sublime figura, ni una Reina cruel a la que ofrendar nuestros despojos, retorcidos a guisa de anillos bizantinos. Nada para querer morir, sino el deseo de liberarnos finalmente de nuestro valor demasiado pesado. (…)

Entonces, con el rostro cubierto del buen fango de los talleres empaste de escorias metálicas, de sudores inútiles, de hollines celestes-, nosotros, contusos y con los brazos vendados, dictamos nuestras primeras voluntades a todos los hombres hijos de la tierra:

1. Nosotros queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad.

2. El valor, la audacia, la rebelión serán elementos esenciales de nuestra poesía.

3. Hasta hoy, la literatura exaltó la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso ligero, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo.

4. Nosotros afirmamos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carreras con su capó adornado de gruesos tubos semejantes a serpientes de aliento explosivo..., un automóvil rugiente que parece correr sobre la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia.

5. Nosotros queremos cantar al hombre que sujeta el volante, cuya asta ideal atraviesa la Tierra, ella también lanzada a la carrera, en el circuito de su órbita.

6. Es necesario que el poeta se prodigue con ardor, con lujo y con magnificencia para aumentar el entusiástico ferv9r de los elementos primordiales.

7. Ya no hay belleza si no es en la lucha. Ninguna obra que no tenga un carácter agresivo puede ser una obra de arte. La poesía debe concebirse como un violento asalto contra las fuerzas desconocidas, para obligarlas a arrodillarse ante el hombre.

8. Nos hallamos sobre el último promontorio de los siglos!... ¿Por qué deberíamos mirar a nuestras espaldas, si queremos echar abajo las misteriosas puertas de lo Imposible? E1 Tiempo y el Espacio murieron ayer. Nosotros ya vivimos en lo absoluto, pues hemos creado ya la eterna velocidad omnipresente.

9. Nosotros queremos glorificar la guerra -única higiene del mundo-, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las hermosas ideas por las que se muere y el desprecio por la mujer.

10. Nosotros queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo, y combatir contra el moralismo, el feminismo y toda cobardía oportunista o utilitaria.

11. Nosotros cantaremos a las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, por el placer o la revuelta; cantaremos a -las marchas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; cantaremos el vibrante fervor nocturno de los arsenales y de los astilleros incendiados por violentas lunas eléctricas; las estaciones glotonas, devoradoras de serpientes humeantes; las fábricas colgadas de las nubes por los retorcidos hilos de sus humos; los puentes semejantes a gimnastas gigantes que saltan los ríos, relampagueantes al sol con un brillo de cuchillos; los vapores aventureros que olfatean el horizonte, las locomotoras de ancho pecho que piafan en los raíles como enormes caballos de acero embridados con tubos, y el vuelo deslizante de los aeroplanos, cuya hélice ondea al viento como una bandera y parece aplaudir como una muchedumbre entusiasta.

Pero nosotros no queremos saber nada del pasado. ¡Nosotros, los jóvenes fuertes y futuristas! ¡Vengan, pues, los alegres incendiarios de dedos carbonizados! ¡Aquí están! ¡Aquí están! ¡Vamos! ¡Prended fuego a los estantes de las bibliotecas! ¡Desviad el curso de los canales para inundar los museos!... ¡Oh, qué alegría ver flotar a la deriva, desgarradas y desteñidas en esas aguas, las viejas telas gloriosas!... ¡Empuñad los picos, las hachas, los martillos, y destruid destruid sin piedad las ciudades veneradas!

(…) Los más viejos de nosotros tienen treinta años; sin embargo, nosotros ya hemos despilfarrado tesoros, mil tesoros de fuerza, de amor, de audacia, de astucia y de ruda voluntad; los hemos desperdiciado con impaciencia, con furia, sin contar, sin vacilar jamás, sin jamás descansar, hasta el último aliento... ¡Mi rad nos! ¡Todavía no estamos exhaustos! ¡Nuestros corazones no sienten ninguna fatiga porque se alimentan de fuego, de odio y de velocidad!... ¿Os asombráis?... ¡Es lógico, porque vosotros ni siquiera os acordáis de haber vivido! ¡Erguidos en la cima del mundo, nosotros lanzamos, una vez más, nuestro reto a las estrellas!

(…) ¡Erguidos en la cima del mundo, nosotros lanzamos, una vez más, nuestro reto a las estrellas!” (12)

Esto es el futurismo: pasión desatada, desafío, esteticismo dramático, ansia de destrucción, zambullido en la piscina de la modernidad, arrebato de furia y deseo implícito de quemarse en cualquier aventura. La “personalidad fascista” debe mucho a estas líneas exaltadas. Drieu la Rochelle y también André Malraux estuvieron cerca de este estilo de vida y ambos afirmaron que el fascismo era una forma de “pesimismo activo” (13).

Cuando en 1912 Marinetti y sus amigos ya habían lanzado el *Manifiesto de la Pintura Futurista*, el *Manifiesto de la Mujer Futurista*, el *Manifiesto de la Escultura Futurista* y otros documentos similares, empezó a calibrar la posibilidad de dedicarse a la política. Sus primeros contactos fueron en dirección de los

sindicalistas revolucionarios (14) en un momento en el que este sector (como veremos en el próximo capítulo) y los nacionalistas de la ANI vivían en plena efervescencia. Marinetti en este período hace guiños a unos y a otros y alude frecuentemente a *"nuestros enemigos comunes"* (15). En ese momento ya está convencido de que *"el sindicalismo revolucionario y el nacionalismo son las dos únicas fuerzas realmente subversivas de la Europa Latina"* (16)

Es poco después, cuando tiene lugar la guerra de Libia a la que es enviado como corresponsal, Marinetti vive su mejor momento: publica su novela más famosa –*Mafarka*(17) de "inspiración africana"– y vive de cerca por primera vez la experiencia de la guerra que en él, como en Ernst Jünger unos años después, tendrá una virtud transfiguradora. A partir de ese momento, para Marinetti, la guerra pasa a ser *"la única higiene del mundo"*(18).

Futuristas y política

Poco antes del inicio de la Primer Guerra Mundial, los futuristas publicaron su primer*Manifiesto Político* que insistirá en los temas propios que habían dado vida al movimiento artístico: antisocial y anticlerical, imperialista (proponía una *"política exterior agresiva, astuta, cínica"*, exigía la *"Restauración de la Roma Imperial"*. Intervencionista como Mussolini, D'Annunzio o los nacionalistas, el propio Marinetti en septiembre de 1914 organizó en Milán las primeras manifestaciones contra Austria (19).

Sus dos escritos políticos más relevantes serán *Democracia Futurista* publicado en 1919 y*Más allá del comunismo* aparecido el año siguiente. Su lectura permite advertir con facilidad lo que le uniría y le separaría del fascismo: el "posibilismo" (20). Lo que para Mussolini era "estrategia" móvil, cambiante, según soplaran los vientos y le aproximara en las más diversas circunstancias al gobierno de la nación, no dejaba de repugnar a Marinetti, poco pragmático y de escasa visión política, refugiado en el "purismo" y, por tanto, en buena medida en la esterilidad política. El Marinetti republicano y anticatólico difícilmente podría entenderse durante mucho tiempo con el Mussolini convertido en aliado de la monarquía y firmante del Concordato con la Santa Sede. Ambos, apasionados de la italianeidad, terminaron siendo antisocialistas y anticomunistas y rechazaban cualquier forma de cosmopolitismo. Ambos soñaban con una revolución, pero la de Mussolini era de "masas" y la de Marinetti de "élites intelectuales". Esto explica que tanto antes como después de la Marcha sobre Roma, menudearan las rupturas y las reconciliaciones. Solamente cuando Mussolini rompió –forzosamente, hay que decirlo– con la monarquía en 1943 y fundó la República de Saló, Marinetti apreció el reverdecimiento del Mussolini revolucionario y se adhirió sin fisuras.

Durante la Primera Guerra Mundial, los futuristas se presentaron voluntarios a las unidades de élite, los llamados "Exploradores de la Muerte" que fue la médula de los famosos Arditi (21). Algunos mueren en combate como el arquitecto futurista Sant'Elia y el pinto Boccioni, otros muchos fueron condecorados por acciones de guerra demostrando que los principios futuristas no eran una simple pose o un mero gesto, sino que afectaba al núcleo de su personalidad. Marinetti, por supuesto, se alistó también y otro tanto hizo Mario Carli el futuro director de *L'Impero* y, especialmente, de *Roma Futurista*.

El 20 de septiembre de 1918 aparece el primer número de *Roma Futurista* subtitulada Periódico del Partido Futurista que llamaba a "todos los italianos" que terminaría constituyendo el núcleo del Partido Político Futurista. En esta publicación aparecen algunos de los temas que el fascismo incorporaría (la estructura corporativa del Estado) y otros que encontraron el rechazo del "posibilista" Mussolini (el anticlericalismo, la socialización de la tierra y otros temas propios de la izquierda como el sufragio femenino).

En la postguerra, los Arditi, una vez desmovilizados, se reagruparon en la Associazione Nazionale d'Arditi d'Italia fundada por Mario Carli. Este había sido inicialmente relegado a trabajos administrativos a causa de su miopía, pero

insistiendo logró enrolarse en la 18ª Compañía de Asalto de los Arditi alcanzando pronto el grado de capitán por méritos de guerra y varias condecoraciones al valor. Próximo a la paz, junto con Marinetti fundó la revista *Roma Futurista*, que sería la tribuna de los Arditi futuristas. Su símbolo era la llama negra propia de estas tropas de asalto. Carli había escrito: *"El Ardito y el futurista de guerra, la vanguardia despeinada y dispuesta a todo, la fuerza y la agilidad de los años veinte, el joven que lanza bombas silbando recuerdos de la variedad"* (22). El 10 de diciembre de 1918 se constituyó la ANAI cuando en varias ciudades italianas se constituían "fasci futuristi". Muchos Arditi seguían en activo en el ejército que veía con cierta hostilidad su creciente compromiso político y en especial la difusión en los cuarteles de la revista*L'Ardito*. A la prohibición y a las sanciones que se lanzaron para que los futuristas cesaran de hacer política en los cuarteles, Carli contestó con un famoso artículo titulado: *"Arditis, no gendarmes"*, indicando que no serían ellos quienes salvaran al régimen. Luego siguió la aventura de D'Annunzio en Fiume protagonizada mayoritariamente por Arditi.

Futurismo y fascismo

Ya, por entonces, los futuristas se habían aproximado al proyecto mussoliniano de convocar una Constituyente del intervencionismo que aproximó a Marinetti y a Mussolini y los unió en un acto convocado en la Scala de Milán donde boicotearon a los intervencionistas de izquierda.

Un año después, Marinetti participó en la reunión de los "sansepolcristas" reunidos en la plaza del mismo nombre. El primer programa de los Fasci di Combatimento incluye algunas de las propuestas futuristas: en lo relativo al Estado (*"El Estado es soberano, y esta soberanía no puede ni debe ser limitada o disminuida por la Iglesia"*), a las Corporaciones (*"Las corporaciones deben ser promovidas según dos direcciones fundamentales: como expresión de la solidaridad nacional y como medio de desarrollo de la producción"*), a los Principios de política exterior (*"Italia debe reafirmar su derecho a realizar su plena unidad histórica y geográfica, incluso allí donde aún no la ha realizado"*), etc. Esto ocurría el 23 de marzo de 1919. Pocos días después, Mussolini y Marinetti lanzan a los Arditi contra el diario socialista *Avante!* cuya redacción resulta completamente saqueada. A pesar de que Mussolini asumiera la responsabilidad del asalto, la mayoría de participantes eran Arditi y buena parte de estos eran futuristas (23).

A partir de ese momento, las relaciones entre el fascismo y los futuristas se van estrechando especialmente en Milán en donde Marinetti era miembro del Fasci de esa ciudad. Sin embargo, cuanto tuvo lugar el segundo congreso de los Fasci se produce la primera tensión notable: Marinetti percibe una atenuación de la tensión ideal del fascismo y una aproximación al Vaticano cuya "soberanía espiritual" se reconoce. A pesar de que Marinetti dimitiera del movimiento, en ese momento, el futurismo ya estaba roto como unidad política: Carli había pasado a publicar un semanario ultramonárquico (*Il Principe*) que no dudaba en proponer para horror de Marinetti que "la monarquía absoluta es el régimen más perfecto". Después de sucesivas transformaciones, la revista pasó a llamarse primero*L'Impero* y luego *L'Impero Fascista*.

En cuanto a la ANAI fue disuelta por Mussolini al considerarla "poco fiable para el fascismo". La mayoría de Arditi se adhirieron al fascismo y solamente un grupo de Arditi romanos –los llamados Arditi del Popolo, esencialmente romanos– rechazaron esta aproximación. Para sustituir a la ANAI se fundó la Federazione Nazionale Arditi D'Italia el 22 de octubre de 1922. Los Arditi del Popolo desde el principio se configuraron como una fuerza activista antifascista que contó entre sus militantes con anarquistas, socialistas y comunistas (que pronto fueron mayoritarios).

Las esperanzas de Marinetti de que después de la Primera Guerra Mundial estallara una "revolución" se vieron pronto decepcionadas y él mismo fue el primero en hablar de la "vitoria mutilada". La aventura de Fiume le dio solamente una breve esperanza. Pronto rompió con D'Annunzio y fue de los primeros en invitarle a abandonar la ciudad. La existencia del Partido Político Futurista fue breve (apenas dos años, desde la creación de

los primeros Fasci Futuristi en 1917 hasta la reunión de la plaza del San Sepolcro en 1919) y tenue. Con la fusión entre fascistas y futuristas los Arditi se convierten en un sector de los camisas negras mussolinianos de los que constituyen su tropa de asalto tal como demuestra el saqueo de la redacción del *Avanti!*. Con la publicación *Al di là del Comunismo*(1920), Marinetti da por concluida su aventura política y retorna a la literatura. Pero su hora ha pasado: ya no es considerado ni en Roma ni en París, "la cafeína de Europa". Han surgido otras vanguardias, el dadaísmo durante la guerra y el surrealismo cuando esta última periclitó.

Su decadencia artística le vuelve a aproximar al fascismo. Es entonces cuando recibe honores del régimen y cuando corresponde sumando su nombre al Manifiesto de los Intelectuales Fascistas publicado en 1925. Luego viajó como representante del régimen fascista a varios países, entre ellos España (24). En 1929, Marinetti entrará, por deseo expreso de Mussolini en la Academia de Italia recién fundada. En esos años vuelve a reverdecer en su espíritu la fascinación por la guerra: cantará la guerra de Etiopía y a los 66 años se enrolará en la Armata Italiana in Russia, el cuerpo expedicionario italiano que apoyó a la Werthmach en la Operación Barbarroja. Volvió con la salud quebrantada y murió el 2 de diciembre de 1944, después de adherirse incondicionalmente a la República Social Italiana en la que identificó la pureza del fascismo de los orígenes.

Conclusión

El futurismo fue, inequívocamente, otra de las tendencias que dieron vida al fascismo, pero a su vez, era un conjunto de tendencias cuyo comportamiento político no era siempre homogéneo. Las relaciones entre futurismo y fascismo fueron oscilantes, pero lo esencial es reconocer que el proyecto político de Marinetti terminó convergiendo mayoritariamente con el de Mussolini, tal como demuestra inequívocamente su presencia entre los "sansepolcristas". No todo el futurismo fue fascista, pero sí que lo esencial del futurismo y de los Arditis, se decantó hacia el futurismo.

Desde el punto de vista doctrinal la personalidad fascista, tanto en Italia como en otros países en los que se manifestó, debe mucho al futurismo y, en lo esencial, supone una modulación de las posiciones radicales de Marinetti en la década de 1909-1919. De ahí surge la transformación del pesimismo en acción, de ahí también la consideración de la guerra como "única higiene", el canto a la juventud (los futuristas sostenían que todo lo que no se hiciera antes de la edad de 40 años ya no tenía importancia), la vida aventurera, casi de lansquenete, los golpes de audacia, la violencia como arma política, el gusto por el enfrentamiento directo, que estuvieron presentes en el futurismo, reaparecieron incluso en modelos de fascismo en otros países que ni siquiera habían oído hablar del futurismo.

¿Dónde situar geométricamente a la componente futurista dentro del fascismo? ¿A la derecha, en el centro, a la izquierda? No era, desde luego, un movimiento conservador… si bien Carli y muchos más entre los Arditi futuristas se orientaron a la derecha, incluso mucho más a la derecha que Mussolini y asumieron la defensa de la monarquía. Su polémica anticlerical y sus contactos iniciales son los sindicalistas revolucionarios podía asimilarlos a la izquierda, sin olvidar que llamaron al enfrentamiento con anarquistas socialistas y comunistas. Y si bien es cierto que compartieron algunos de los puntos de vista de Mussolini (intervencionismo, necesidad del imperio, corporativismo) también es cierto que Marinetti denostó algunas de las orientaciones del futuro Duce (especialmente el "posibilismo" y su aproximación posterior al Vaticano).

De hecho, el futurismo tuvo también tres componentes, a modo de fotocopia reducida de lo que luego sería el fascismo y estas tres componentes luego se superpusieron a las que aparecieron en el Partido Nacional Fascista.

Notas:

(1) R. Paris, explica que Marinetti *"fue la única personalidad de cierta importancia que participó*

en la reunión de la plaza San Sepolcro del 23 de marzo de 1919. La elaboración del programa de los Fasci debía mucho, entre otros, a los futuristas. Marinetti fue elegido, pues, miembro del Comité Central y, a continuación, de la comisión de propaganda y prensa" (*op. cit.*, pág. 57).

(2) El partido también fue ocasionalmente conocido como "Partido Futurista Italiano", así se le cita, por ejemplo, en *Marinetti Futurista* (obra colectiva, Guida Editori, Nápoles 1977, pág. 98) probablemente la exposición más completa del pensamiento estético-político de Marinetti. En cuanto a la intervención política de los futuristas es tratada de manera exhaustiva en *La nostra sfida alle stelle: futuristi in política*, Emilio Gentile, Laterza 2009. En esta obra también se alude al "Partido Futurista Italiano" (pág. 53).

(3) *"Cuando el Estado fascista de Mussolini se alzó con el poder tras la "Marcha sobre Roma" de 1922, aunque pareció encarnar todas estas expresiones anteriores de renovación cultural y política, también heredó todas las incertidumbres y contradicciones propias de la esfera artística y cultural que, como siempre, quedaron sin resorber. El futurismo y el fascismo estuvieron indisolublemente unidos pero mantuvieron una relación sutilmente tensa, confusa e incluso cómica. Mussolini promovió ciertos aspectos del futurismo, mientras que actuó con extrema precaución e incluso hostilidad, frente a otros",*Richard Humpheys, *Futurismo, Movimientos en el Arte Moderno*, Serie Tate Gallery, Encuentro Ediciones, 2000, pág. 15.

(4) El positivismo afirma que el único conocimiento auténtico es el científico y solamente puede afirmarse a través del método científico. En sus interpretaciones más extremistas terminó desembocando en una especie de religiosidad laica. En cuanto a Benedetto Croce, reprochaba a Compté, máximo representante francés de esta corriente, el que *"dejaba insatisfecha la necesidad religiosa del hombre"* que era justamente lo mismo que le reprochaba Bergson.

(5) R. Paris, *op. cit.*, pág. 48.

(6) El artículo en cuestión llevaba este mismo título y fue publicado en *Il Popolo d'Italia*en 1º de enero de 1920: *"… contra los demás, contra nosotros mismos… Nosotros hemos destrozado todas las verdades reveladas, hemos escupido sobre todos los dogmas, hemos rechazado todos los paraísos, hemos ridiculizado a todos los charlatanes –blancos, negros y rojos- que ponen en venta las drogas milagrosas para proporcionar la "felicidad" al género humano. No creemos en los programas, en los esquemas, en los santos, en los apóstoles; sobre todo, no creemos en la felicidad, en la salvación, en la tierra prometida… Volvamos al individuo. Nosotros apoyamos todo lo que exalta y engrandece al individuo, todo lo que le da mayor bienestar, libertad y una mayor independencia; combatimos todo lo que deprime y mortifica al individuo. En las actualidad hay dos religiones que se disputan el dominio sobre el individuo y sobre el mundo: la negra y la roja; las encíclicas provienen, hoy, de dos Vaticanos, el de Roma y el de Moscú. Nosotros somos los herejes de estas dos religiones"* (Citado por A. Tasca, *op. cit.,* págs. 48-49), puede observarse la retórica danunziana que destila el artículo –se diría que es el propio poeta el que habla en algunas frases– y que define perfectamente la personalidad apasionada, vitalista y rebelde del Mussolini de 1920

(7) Al estallar la Primera guerra Mundial, D'Annunzio, que se encontraba en esos momentos en Francia, regresó a Italia, realiza una campaña a favor del intervencionismo italiano a favor de Francia e Inglaterra y fue piloto de guerra voluntario. El 9 de agosto de 1918 protagonizó una de sus habituales "acciones heroicas" sobrevolando Viena con el Escuadrón 87 "La Serenísima" del que era comandante, lanzando panfletos, un trayecto extremadamente difícil para la aviación de la época. Esta acción y la ocupación de Fiume le valieron el ser considerado como el mayor héroe italiano de la época.

(8) El entones secretario general del Partido Comunista Italiano, Antonio Gramsci escribió el 8 de septiembre de 1922 una *Carta sobre el futurismo* fechada en Moscú, en donde dice:*"D'Annunzio nunca ha tomado posición pública respecto al futurismo. Hay que señalar que el futurismo, en su nacimiento, surgió expresamente contra D'Annunzio. Uno de los primeros libros de Marinetti tenía por título Les Dieux s'en vont, d'Annunzio reste. Aunque durante la guerra los programas políticos de Marinetti y de D'Annunzio*

hayan coincidido en todos los puntos, los futuristas han permanecido antid'annunzianos. Prácticamente no han demostrado interés alguno por el movimiento de Fiume, aunque luego hayan participado en las manifestaciones." (el texto completo puede leerse enhttp://www.ddooss.org/articulos/textos/Gramsci.htm). A pesar de que Gramsci exagera algo, lo cierto es que D'Annunzio y Marinetti nunca se llevaron bien*: "D'Annunzio dirá a sus amigos que Marinetti es "una nulidad atronadora" o "un necio fosforescente" o también–parece– "un necio con algunos rayos de imbecilidad"; y Marinetti le contestará definiéndolo confidencialmente como un tradicionalista, un "Montecarlo de todas las literaturas", "aburrido y anacrónico". Pero en público, a regañadientes, se alabarán recíprocamente y en sus pocos encuentros se intercambiarán hasta flores, regalos y abrazos; sin menoscabo de la admiración que siente Marinetti por la "vida futurista" de d'Annunzio; o, durante los años siguientes, la aprobación sufrida y limitada de d'Annunzio por las novedades introducidas por el Futurismo en las letras, las artes figurativas, la música e incluso en las expresiones más corrientes del gusto, como el periodismo, la publicidad y la moda."*(http://www.internetculturale.it/genera.jsp?id=893&l=es).

(9) R. Paris, *op.cit.*, pág. 52.

(10) Sobre las relaciones entre futurismo y fascismo y sobre otros movimientos artísticos de vanguardia del novecento puede leerse la *Historia de las literaturas de vanguardia*, Guillermo de Torre, Ediciones Guadarrama, Madrid, especialmente el capítulo *La esquina peligrosa: futurismo y fascismo*, págs. 149-152.

(11) Nos ha sido imposible establecer el origen de este apelativo que suele acompañar a nombre de Marinetti. Mientras que para unos se trata de un mote puesto por algún crítico avisado, para otros el propio Marinetti se lo dio a sí mismo y se autoproclamó como tal (Cfr. http://desdemendoza.com.ar/index.php/revistasdmza/revista-artedmza/957-a-100-anos-de-qla-cafeina-del-mundoq.html).

(12) Para el texto completo del manifiesto cfr.: http://elcraneo.8m.com/manifiestosfuturistas.htm

(13) La frase se ha atribuido habitualmente a Drieu la Rochelle, el cual, a su vez se consideraba como tal y decía que un "pesimista activo" será siempre un fascista. Sea esta atribución cierta o no, André Malraux pudo decir, a su vez, que "el pesimismo activo era la antesala fatal del fascismo" (Citado en *La diversidad asediada, Escritos sobre culturas y mundialización*, Pedro Susz K., Plural Editores, La Paz 2005, pág. 385).

(14) *"En ese momento en el que empieza a esbozarse en el seno del sindicalismo revolucionario la tendencia "nacionalista revolucionaria"* [1910], *Marinetti decide dar una conferencia sobre "la belleza y la necesidad de la violencia", además de mover todos los hilos a su alcance para obtener un mandato parlamentario en la circunscripción del Piamonte. Ahora bien, en esta circunscripción ha surgido una corriente política en torno del periódico* Il Tricolore*, que preconiza una alianza del nacionalismo y del sindicalismo revolucionario. Marinetti pronuncia su conferencia en Nápoles, en Milán y en Parma, donde Alceste de Ambris publica la revista* L'Internazionale*, órgano del sindicalismo revolucionario. Al imprimir el texto casi íntegro de la conferencia de Marinetti, De Ambris rinde homenaje a este "magnífico y soberbio himno a la violencia", a esta hermosa incitación a la vida "en pleno cementerio de la vida italiana". En esencia esta conferencia hace apología de la guerra, entona un himno a la Patria, estigmatiza el utilitarismo estrecho y mezquino de la democracia reformista y magnifica, en suma, el "gesto destructor de los anarquistas", la huelga general y la revolución",* Z. Sternhell, *El nacimiento… op. cit.*, pág. 361. Tal es el origen del período en el que Marinetti estuvo próximo al sindicalismo revolucionario.

(15) Z. Sternhell, *op. cit.*, pág 360. Marinetti dedicó uno de sus famosos manifiestos a este tema y unas semanas después en mayo de 1910, junto con la revista *La demolizione* (revista anarquista de matriz sindicalista-revolucionaria dirigida por Ottavio Dinale) realiza una encuesta sobre *"la fundación de un partido revolucionario"*.

(16) Z. Sternhell, *op. cit.,* pág. 361.

(17) Existe una reciente edición española de esta obra: *Mafarka*, F. T. Marinetti, Editorial Renacimiento, Colección Pompadour, Madrid 2007.

(18) Tal es el título de una obra publicada por Marinetti en 1915 y editada por las Edizioni Futuriste de Poesia en Milán: *Guerra sola igiene del mondo*.

(19) R. Paris, *op. cit.*, pág. 55.

(20) Cfr. Vintila Horia, *Introducción a la Literatura del Siglo XX*, Universidad Gabriela Mistral, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1989, págs. 27 y sigs, dedicadas a Marinetti.

(21) Cfr. Z. Sternhell, *op. cit.*, pág. 362. La historia más accesible actualmente sobre este cuerpo de élite es *Italian Arditi, Elite Assault Troops 1917-20* de Angelo L. Pirocchi, Osprey Publishing, Oxford 2004. Un resumen puede encontrarse en Wikipedia edición inglesahttp://en.wikipedia.org/wiki/Arditi o bien en la edición italianahttp://it.wikipedia.org/wiki/Arditi

(22) Escrito en Roma Futurista, año 1, nº 1, 20 de septiembre de 1918. Reproducido en Wikipedia edición italiana http://it.wikipedia.org/wiki/Mario_Carli

(23) R. Paris, *op. cit.*, pág. 57.

(24) Cfr. *Vanguardias Artísticas en España*, Jaime Brihuega, Ediciones Itsmo, Madrid 1981, pág. 296-8 y *en Italia-España en la época contemporánea*, Assumpta Camps, Peeter Lang AG, Berna 2009, págs. 89-92, se mencionan ampliamente los desplazamientos de Marinetti por España.

Nacionalismo y Fascismo

Robert Paris (1) cita una frase extraída de las *Lecciones de Harvard* de Gaetano Salvemini (2*): "Si el fascismo presentaba una doctrina coherente, lo debe al hecho de que los fascistas han adoptado otra vez el conjunto de la doctrina nacionalista"*. La frase es ilustrativa de la importancia que se le da a la doctrina nacionalista que fue recogida por Mussolini y es, de hecho, una de las componentes de cualquier forma de fascismo y, en nuestro juicio, la componente, como veremos, más importante. A fin de cuentas, el fascismo es una forma de exaltación nacional con la novedad de que a esto le viene añadida un ansia de justicia social.

La frase de Salvemini es admisible especialmente a partir del 23 de febrero de 1923 cuando los "camisas azules" nacionalistas y los "camisas negras" fascistas se fusionaron formándose el Partido Nacional Fascista. Pero cuando se produce esta fusión, el nacionalismo italiano ya es muy diferente del que había nacido a mediados del siglo XIX, por lo que sería mucho más justo decir que los "nuevos nacionalistas" que aparecieron en el período del intervencionismo y durante el ascenso del fascismo fueron progresivamente convergiendo con Mussolini entre 1919 y 1923 que había adoptado la mayoría de sus tesis. La fusión final reconocía la identidad entre ambas formaciones.

La formación y tendencias del nacionalismo

El nacionalismo italiano (3) había nacido en el primer tercio del siglo XIX y reconocía que la "nación" era una comunidad homogénea y depositaria de valores tradicionales y propios que constituían el patrimonio cultural y religioso del pueblo. A pesar de que arraigó en la Italia del Risorgimento, la inspiración del nacionalismo venía de otros países y sus primeros representantes nacionalistas italianos se limitaron a adaptar las ideas que habían sido expuestas inicialmente por Adam Weishaupt, fundador de los Iluminados de Baviera y paradójicamente también por el que quizás fuera su principal detractor, el abate Augustin Barruel (4), si bien a modo de denuncia.

Con la aparición del nacionalismo durante la Revolución Francesa, el "patriotismo monárquico" se transforma en "nacionalismo republicano". A pesar de su relativamente corta vida, el nacionalismo (entendido como exaltación del Estado-Nación y, por tanto, que apenas cuenta con dos siglos de existencia) ha atravesado por varios ciclos. Entre finales del período napoleónico y las revoluciones de 1848, el nacionalismo fue la expresión de la burguesía progresista y liberal utilizada como ariete contra las monarquías y la aristocracia. Posteriormente (entre 1848 y 1871), la llamada "edad del librecambismo" acentuó el

liberalismo del nacionalismo, convirtiéndose en Italia en motor del Risorgimento; es entonces cuando se consolida la hegemonía burguesa y cuando aparece el binomio liberalismo-Estado Nacional. La etapa siguiente se desarrolla entre 1871 y 1914, período en el cual el nacionalismo se transforma en imperialismo en los distintos países europeos y propone un proteccionismo económico. Todo esto hace que aparezcan continuas rivalidades entre los Estados Nación europeos que reivindican unos a otros parcelas de sus territorios respectivos, claman contra las políticas arancelarias que dificultan las exportaciones entre los distintos países y compiten por conquistas territorios extraeuropeos para incorporarlos a sus imperios, procesos que, sumados, llevan al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

Así pues, los rasgos de los distintos nacionalismos históricos son, por una parte, lo que se ha llamado *"la nacionalización de las masas"* (5) (es decir el intento de transmitir a las masas una "cultura nacional") y, de otro lado, el impulso colonialista. Se ha calificado al siglo XIX como el "siglo de los nacionalismos" y, por tanto, no es raro que terminara siendo el siglo de los conflictos entre naciones europeas que se prolongaron hasta mediados del siglo XX.

Existen distintas formas de nacionalismo atendiendo a su origen: el "nacionalismo humanitario" de Rousseau y Herder de carácter setecentista, el "nacionalismo jacobino" nacido con la revolución francesa, habitualmente intolerante, misionero y fanáticamente unitario, el liberal de Burke y Cavour y el "nacionalismo económico" que dio nacimiento a distintas formas de proteccionismo. Otros como Louis Snyder (6) han identificado cuatro formas de nacionalismo ("integrador" que tiende a la unificación de Estados Nacionales, "desmembrador" que tiende a la ruptura de grandes imperios –como el otomano– y a la formación de Estados-Nación con sus fragmentos, "agresivo" o imperialista, vinculado a las dos guerras mundiales del siglo XX y "contemporáneo" que tendría dos aspectos contradictorios, el impulso descolonizador y la expansión imperialista). Por su parte, Hobsbawn (7) establece tres fases de desarrollo del nacionalismo: el redescubrimiento de las tradiciones culturales y antropológicas vernáculas, la agitación política militante y la nacionalización de las masas final.

La irrupción del nacionalismo en Italia

El nacionalismo italiano aparece en el Risorgimento y, a través de sucesivas transformaciones, cristalizará en el irredentismo del que ya hemos hablado. Hay que distinguir este nacionalismo irredentista aparecido en torno a 1880 del nacionalismo mazziniano que constituyó el motor del proceso de unificación italiano. Mientras que éste es liberal, masónico, republicano, laico y propone la paz entre las naciones, el irredentismo es agresivo, frecuentemente antiliberal, no necesariamente republicano y, en cualquier caso, imperialista (8).

En 1896, el imperialismo italiano sufrió la derrota en Adua (9) que, como veremos, tuvo como consecuencia directa la fundación de la Associazione Nazionalista Italiana por Enrico Corradini y Luigi Federzoni. Adua supuso el punto de inflexión entre el viejo nacionalismo mazziniano que había quedado reducido a pequeños círculos intelectuales y el nuevo nacionalismo imperialista que terminará realizando su aporte doctrinal al fascismo.

Corradini había fundado en 1903 la revista *Il Regno* (10) muy influida por el nacionalismo francés de la época, especialmente por el conde de Gobineau y por Charles Maurras. Corradini era uno de los más fervientes defensores del imperialismo italiano y en sus obras literarias así como en sus ensayos políticos no dejaba de clamar para que Italia tuviera *"un lugar bajo el sol"*. Partidario de la intervención de Italia en la Guerra Mundial, a través de distintos medios de prensa, Corradini calificará como bestia negra a los neutralistas.

Corradini sostenía la curiosa teoría de que el nacionalismo era la transposición internacional del socialismo y distingue entre "naciones proletarias" y "naciones

plutocráticas" (un tema en el que insistirá el Mussolini del Ventennio con cierta frecuencia) que están obligadas a mantener una especie de "lucha de clases" a dimensión internacional. Para él, Italia y Alemania serían esas "naciones proletarias" e Inglaterra la "nación plutocrática" rival. Las naciones "proletarias" para Corradini no pueden estar permanentemente subordinadas a las "plutocráticas", tienen derecho a su "lugar bajo el sol". El pacifismo tiende a mantener el*statu-quo*, por tanto no es admisible y trabaja en beneficio de las "naciones plutocráticas". La respuesta debe ser, pues, la "lucha de clases internacional" (11).

En Corradini se encuentran también otras ideas que serán incorporadas al fascismo: por ejemplo, aquella según la cual la nación está por encima de los individuos que la componen y, por ello, puede exigir a sus ciudadanos cualquier sacrificio en su nombre. Habla de*"doctrina espiritualmente aristocrática"* que desemboca en una aspiración de que Italia sea gobernaba *"por los mejores"* que, para él, nunca emergerán como producto de una votación popular. Se puede observar perfectamente el origen del elitismo fascista y su antidemocratismo. En sus escritos, Corradini atacará el igualitarismo democrático, otra idea que será heredada por el fascismo. Así mismo, negará que el ser humano esté predispuesto a hacer el bien, sino que, por el contrario, concibe la vida como lucha y enfrentamiento con otros hombres y naciones. Para él la idea de "fraternidad" es imposible de cristalizar salvo en el marco de una "comunidad nacional" coherente (12).

Corradini fue el primero en introducir en el discurso político los mitos históricos de la península itálica: la fundación de Roma y el imperio romano, los condottieri renacentistas, pero también sus artistas y demás glorias de Italia, algo que Mussolini recuperaría e integrará en su fascismo.

La andadura de *Il Regno* se prolongó hasta 1905 siendo sustituida por *La Voce* promovida por Giuseppe Prezzolini y Giovanni Papini, ambos antiguos colaboradores de *Il Regno*. Sin embargo, había algunos cambios de orientación notables entre ambas publicaciones. La nueva revista era el reflejo de todas las contradicciones de un nacionalismo que se buscaba a sí mismo pero que todavía no terminaba de encontrar una línea propia y definitiva. En las columnas de la nueva revista, en efecto, colaboraron personajes neo-hegelianos como Giovanni Gentile y Benedetto Croce, junto a nacionalistas ortodoxos, exsocialistas como Salvemini y nacionalistas discípulos de Corradini. La revista aspiraba a estar por encima de los partidos y a situar la causa de Italia más allá de las luchas entre partidos. En relación a la experiencia de *Il Regno*, la línea de *La Voce* fue mucho más oscilante y abierta inicialmente a corrientes liberales y mazzinianas. Concebían a la nación como "unidad y totalidad" y, por tanto, lo que aspiraba a ser el "todo" (el nacionalismo) no podía adquirir la forma de "parte" (esto es, de partido) por lo que se limitaron a constituirse como "asociación" el 3 de diciembre de 1910. Así nació la Associazione Nazionaliste Italiana.

Poco después de la fundación de la ANI se produjo el marasmo de la Primera Guerra Mundial y la aparición del intervencionismo italiano que encontró en la asociación a uno de sus más decididos impulsores. Sin embargo, el intervencionismo de la ANI estaba muy alejado del de otros sectores e incluso del sostenido por Mussolini desde las columnas de *Il Popolo d'Italia*. Mientras un sector del intervencionismo aludía a la necesidad de luchar contra regímenes "feudales" como los imperios alemán y austro-húngaro, los nacionalistas creían que era necesario entrar en guerra para generar una "reforma interior". Para Corradini la política exterior era una forma de sacudir y regenerar a la opinión pública italiana (13). Lo que Corradini pretendía era transformar las doctrinas sociales de la época –a las que aludía directamente cuando se refería a "naciones proletarias" y "naciones plutocráticas"– en nacionalismo. A esto le llamo "socialismo nacional". Y en esto también prefiguró al fascismo. En la pequeña publicación de apenas cuatro páginas *L'Idea Nazionale*, la ANI empezó a difundir estas tesis que, posteriormente aparecerían como marcas distintivas del fascismo a lo largo del Ventennio:

- Estado fuerte como objetivo a alcanzar

- Mitos de la antigüedad romana como referencia

- Imperialismo como "política de prestigio"

- Autarquía como "nacionalismo económico".

- Exaltación de la milicia como "estilo de vida"

- Corporativismo como forma de organización del Estado.

Sería difícil resumir en tan pocas líneas los rasgos distintivos del fascismo.

La evolución del nacionalismo versus el fascismo

Cuando tiene lugar el congreso de Florencia todavía hay zonas grises entre las distintas corrientes nacionalistas (liberales, mazzinianos, republicanos, monárquicos) que distan mucho de estar unificadas. Con el paso del tiempo, los editoriales de *L'Idea Nazionale* irían completando la definición del nacionalismo defendido por la ANI, creando un corpus doctrinal que prefigura la doctrina fascista.

No es raro que en la corta marcha hacia la concreción doctrinal la vida de la ANI estuviera jalonada de purgas: en el Segundo Congreso (Roma, 20-22 de diciembre de 1912) la ANI se deshace de su sector democrático y se establece la incompatibilidad entre nacionalismo y masonería. En el siguiente Congreso (16-18 de mayo de 914) son purgados los liberales. A partir de ese momento solamente quedaron los nacionalistas que, en rigor, pueden ser calificados como proto-fascistas.

En 1913, los nacionalistas obtuvieron el 0'6% de los votos y cinco escaños que demostraron ser los intervencionistas más radicales. En 1919, los miembros de la ANI vuelven a presentarse a las elecciones, esta vez apoyando los colores del Partito dei Combattenti obteniendo 20 diputados, pero en las siguientes en 1921 estarán incluidos en los Blocchi Nazionali que incluían a nacionalistas, futuristas y fascistas, logrando 105 diputados solamente superados por el Partito Popolare Italiano (108 diputados) y por los socialistas (123 diputados). Poco después se producía la Marcha sobre Roma (29 de octubre de 1922).

Por entonces el nacionalismo ya había confluido con los Fasci di Combatimento de Mussolini; la nueva formación se llamaría Partito Nazionale Fascista en 1921. Tras la Marcha sobre Roma, varios entre los principales dirigentes de la ANI ocuparon altos cargos en el nuevo régimen: Federzoni, uno de los fundadores de la ANI y redactor de *L'Idea Nazionale* y diputado nacionalista desde 1913 fue Ministro de Colonias y luego del Interior, siendo senador desde 1928 y presidente del Senado entre 1929 y 1939 tras haber sido uno de los nacionalistas que negociaron con Mussolini la fusión. Eso no fue óbice para que en 1943 apoyase la destitución de Mussolini siendo por ello condenado a muerte en contumacia por el tribunal de Verona. Otro nacionalista, Constanzo Ciano, fue Ministro de Correos y Comunicaciones y Presidente de la Cámara de los Diputados y de la Cámara de las Corporaciones hasta su fallecimiento en 1939. Fue padre de Galeazzo Ciano di Cortelazzo, yerno de Mussolini. Finalmente, Alfredo Rocco, el compilador del llamado Codice Rocco (código penal italiano), jurista de prestigio y representante del ala derecha del fascismo, procedía así mismo de la ANI. En cuanto a Enrico Corradini ingresó también en el Partido Fascista Republicano a pesar de que no participó inicialmente en la vida política del nuevo régimen. Fue senador y ministro a partir de 1928 falleciendo poco después.

Conclusión

El nacionalismo italiano de la ANI puede ser considerado como proto-fascista y como una componente "centrista" del fascismo. Su doctrina sobre "naciones proletarias" y "burguesas" evidencia una inspiración de izquierdas, pero el conservadurismo creciente del que hace gala la ANI (y especialmente algunos de sus exponentes como Rocco), lo sitúan en la derecha.

Así pues, ¿dónde ubicar al nacionalismo de la ANI dentro del fascismo "uno y trino" al que hemos aludido en el inicio de este estudio? Es simple, en la medida en que sus aportaciones doctrinales encarnan lo esencial del fascismo, hay que situar al nacionalismo de la ANI como uno de los elementos esenciales del "centro" fascista que logró equilibrar las corrientes "sociales" procedentes de la izquierda y las corrientes "conservadoras" procedentes de la derecha.

En este sentido, la ANI "es" el fascismo, antes incluso de que Mussolini hubiera pensado en fundar los Fasci di Combattimento. Es la ANI la que encarna el "centrismo" fascismo en la medida en que encarna también la ortodoxia mussoliniana en el período más prolongado del régimen: el Ventennio. En la ANI están como hemos visto presentes todos los elementos de la doctrina fascista (nacionalismo, corporativismo, imperialismo, referencias históricas al Imperio Romano, etc.). Mussolini, procedente de la "izquierda revolucionaria" terminará cohabitando con la monarquía de los Saboya por los azares de la política, pero entre su postura inicial de izquierdas (que tendrá también encarnaciones en el Ventennio, pero no en Mussolini) y la postura conservadora posterior, la doctrina fascista encarnada por el Duce será altamente tributaria y completamente identificada con la doctrina nacionalista difundida por la ANI.

Notas

(1) Robert Paris, *op. cit.*, pág. 29

(2) Gaetano Salvemini, historiador y político antifascista italiano. Antinacionalista había llegado a describir Italia de esta manera: *"Los moderados del Norte tienen necesidad de los camorristas del Sur para oprimir a los partidos democráticos del Norte, mientras que los camorristas del Sur tienen necesidad de los moderados del Norte para oprimir a la plebe del Sur"* (Prefacio a *Mussolini diplomático*, Laterza, Bari 1952). Militante del Partido Socialista desde 1897 como representante de su tendencia "meridionalista" (proponía una forma de federalismo para Italia). Abandonó el PSI en 1911 por discrepancias sobre la postura de la formación ante la guerra de Libia y fundó el periódico *L'Unità* que siguió publicando hasta 1920 como portavoz de la Lega Democrática, se consideraba liberal y socialista. Defendió la entrada de Italia en guerra al lado de Francia e Inglaterra en 1914 como máximo representante de lo que se llamó "intervencionismo democrático" (belicistas de izquierda). Diputado en 1919 se declaró antifascista desde el principio y en 1925 fundó la primera publicación clandestina que se opuso al régimen de Mussolini: *Non Mollare* (literalmente, No ceder). Pocos meses después fue detenido en Roma y tras ser procesado resultó amnistiado autoexiliándose en Francia desde donde fundó el movimiento Giustizia e Libertà. Establecido en Gran Bretaña siguió desde allí sus campañas antifascistas polemizando con George Bernard Shaw, socialista fabiano y gradualista, admirador de Mussolini. Después de ejercer como profesor en varias universidades anglosajonas fundó en 1939 la Mazzini Society formada por republicanos antifascistas. Tras la guerra volvió a Italia y dio clases en la Universidad de Florencia y siguió jugando a la contra oponiéndose tanto a la Democracia Cristiana como a los partidos de izquierda.

(3) Cfr. En la obra *Diccionario de política: L-Z* de Norberto Bobbio (Siglo XXI Editores, México 1981-82, págs. 1026-1035), puede encontrarse un ensayo de síntesis sobre los contenidos globales del nacionalismo y, en particular, del nacionalismo italiano.

(4) Abate Augustin Barruel, procedente de la nobleza francesa se ordenó jesuita en 1756, viajó por toda Europa y dominó distintas lenguas. A partir de 1781 publicó panfletos contra los Enciclopedistas y la Filosofía de las Luces, responsabilizándoles de la expulsión y prohibición de los jesuitas. Inicialmente era favorable a las ideas democráticas (su nombre auténtico era Augustin de Barruel, pero renunció a la partícula *"de"* que delataba su título de nobleza) terminó por enfrentarse a la Revolución Francesa exiliándose en Londres en 1972, siendo albergado por Edmund Burke, franc-masón, el cual, sin embargo, le felicitará por su famosa obra antimasónica *Memorias para servir a la historia de los jacobinos*aparecida en

1797 (de esta obra que puede encontrarse fácilmente en Internet en versión francesa, pero que jamás ha sido traducida al castellano existe, sin embargo, una versión en catalán: *Memorias per a servir á la historia del jacobinisme*, trad. de Fr. Raymundo Strauch y Vidal, Perpiñán, J. Alzine, 1827). Barruel sostiene que fueron los Iluminados de Baviera de Adam Weishaupt quienes se infiltraron en la masonería para derribar a la monarquía y que fueron ellos quienes difundieron por vez primera el nacionalismo. La Revolución no sería más que un complot contra la Iglesia y contra su defensora la monarquía francesa. El mismo Barruel había sido iniciado en Logia (*Encyclopédie de la franc-maçonnerie*, Le libre de Poche, artículo "Barruel", pág. 66).

(5) Cfr. George L. Mosse, *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons – Ediciones de Historia, Madrid 2005. Ramiro Ledesma Ramos también alude en el *Discurso a las Juventudes de España* a la "nacionalización de las masas" y para ello dirigió la estrategia de las JONS y de FE a captar a las masas obreras que militaban en la CNT. Véase a este respecto *La crisis del antifascismo*, Ferrán Gallego, Random House Mondadori, Barcelona 2008, pág. 32. Los hay que han visto en la II República ese mismo intento de "nacionalizar a las masas", Cfr. *Hispania, Revista Española de Historia*, pág. 162, Vol. 61, 2001, pág. 162. La idea de "nacionalización de las masas" que habitualmente se suele ligar a la interpretación del fascismo que da Mosse, como vemos, no le pertenece en propiedad.

(6) Louis Snyder, *The New Nationalism*, Transaction Publishers, New Brunswick, New Jersey 2003, especialmente el capítulo IV.

(7) E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780 – Programme, Myth, Reality*, The Press Sindicate of the University of Cambridge, 1990, especialmente el capitulo *The transformation of nationalism*.

(8) *"Dentro de veinte años toda Italia será imperialista"* había escrito uno de los fundadores del nuevo nacionalismo italiano, Enrico Corradini (citado por R. Paris, *op. cit.*, pág. 29. Y el propio Paris añade este comentario: *"El fascismo realizaría este sueño"*).

(9) Se conoce como "derrota de Adua" al momento decisivo de la primera guerra de Abisinia (1895-96) que tuvo lugar a causa de un conflicto de límites entre la Abisinia de Menelik II y la colonia italiana de Eritrea. El punto culminante del conflicto fue la batalla de Adua el 1º de marzo de 1896. Las tropas italianas del general Baratieri fueron derrotadas sufriendo 6.000 muertos, 1.500 heridos y 3.000 prisioneros, sobre un total de 16.000 hombres. Los supervivientes se replegaron a Eritrea, mientras que en Italia, el gobierno de Francesco Crispi dimitió y el general Baratieri debió afrontar un consejo de guerra del que resultó absuelto pero que destruyó su carrera militar.

(10) La andadura nacionalista de Corradini puede ser seguida con cierto detenimiento en Zeev Sternhell, *El nacimiento de la ideología fascista*, op. cit., págs. 13-14 y en R. Paris,*Los orígenes del fascismo*, op. cit.

(11) Los datos sobre Corradini han sido extraídos de Wikipedia-Italia. Para una ampliación puede leerse la obra escrita por el propio Corradini *Scritti e discorsi 1901-1914*, Ed. Lucia Strappini, Turín 1980. R. Paris, extrae una frase de Corradini: *"Del mismo modo que dentro de los límites de cada Estado se ha formado un conjunto de clases dominantes y un conjunto de clases dominadas, así mismo, en las relaciones internacionales, existen Estados más fuertes y Estados más débiles: Estados Burgueses y Estados Proletarios"*(*op. cit.,* pág. 33).

(12) Una interpretación típicamente marxista –incluso en lo plúmbeo y opaco de la exposición– de las ideas de la Asociación Nacionalista Italiana y del pensamiento de Enrico Corradini, puede leerse en *Fascismo y Dictadura*, Nikos Poulantzas, Editorial Siglo XXI, México, 1971, págs. 143-147.

(13) Corradini había escrito que *"La política exterior constituye para el nacionalismo un medio de reforma interior revolucionaria. Es un medio para renovar el personal del gobierno"* (citado por R. Paris*, op. cit.*, pág. 33).

Falange: Partido Fascista

José Luis Jerez- Riesco

Ernesto Gimenez Caballero y el Fascismo

Ernesto Giménez Caballero tiene un alma de poeta, conversación de poeta, excelente y refinada prosa poética, Más tarde, Jose Antonio diría que a los pueblos sólo les mueven los poetas y, en este sentido, Giménez Caballero fue un adelantado de las ideas de su tiempo en España, supo captar la esencia del Fascismo divulgarlo, buscar sus raíces ir a su fondo, calar en sus venas y en su alma de poeta las síntesis históricas del fenómeno fascista. Fue un adelantado de la causa y causa primigenia y motriz del ulterior desarrollo de todo un cuerpo de doctrina, basamento y frontispicio de una inveterada tradición y de una reciente y nueva revolución, de los pioneros de nuestro siglo, que el escritor norteamericano Foard ha sintetizado con la telegráfica frase de la "revolución del poeta".

El propio Giménez Caballero escribiría en su libro "Arte y Estado" que no ha habido ningún Cristo sin su San Juan Bautista, para después el mundo y la historia olvidar al Bautista y quedar solo y con absoluta paternidad el Redentor. "Y en un principio fue el Verbo. El anunciador. El Bautista. La palabra. El Bautista es el agua de la vida. Es el fuego de la vida, Lo elemental. Unido a estos dos elementos primordiales del mundo —agua y fuego— va unido el símbolo del Bautista que fue uno de esos solitarios alucinados, visionarios, que ceñidos sus magros flancos de asceta cuyo manjar eran cigarras y su vestir pieles de pastor errabundo iba predicando un mundo nuevo, una edad de oro, una era mesiánica: un Salvador".

En esta esquemática precisa, primaria, básica descripción del Bautista, Giménez Caballero quizá sin proponérselo hace un perfil de su personalidad política, filosófica y estructural. Él fue el anunciador, el agua, el fuego, el solitario, el robinson, el visionario el poeta del fascismo, como acuñación nueva, como revelación humana, como idea-fuerza, como espiritualidad y como secreto.

Realiza un tríptico del mundo, tres son las disyuntivas tres los caminos, tres los mundos, tres las perspectivas con su tesis, su antítesis y síntesis; tres las andaduras cuando decía que el Genio de Oriente significaba Dios sobre el Hombre y el de Occidente el hombre sobre Dios, y el Genio Romano, carismático, la armonía de Dios y el hombre: el espíritu de conciliación sentaba con nuevas denominaciones el dogma trinitario. Y al referir ese espíritu de conciliación de Espíritu Santo, al Fascismo —sobre el Bolchevismo (Oriente)— y Liberalismo (Occidente), asignaba al Fascismo, certeramente, la misión continuadora de una nueva catolicidad".

Con anterioridad a la publicación de su libro de "Arte y Estado" de la que fue tomada la anterior cita, ya en su primordial libro del alba, del amanecer, de la luz, del fuego y del manantial. "Genio de España", apuntaba las premisas de dos mundos en contraposición y un mundo en superación, nacimiento, alumbramiento y conclusión. "Frente al Comunismo (oriente) y Liberalismo (occidente); frente a la anulación del individuo (Oriente) y la supervaloración del individuo (Occidente), Roma acaba de sintetizar, una vez mas en la historia su tradición eterna —Ciudad Eterna—; su genio de incorporación, de corporativismo, de jerarquía y libertad, Civilización: entre Oriente y Occidente: cristiana, europea, esto es universal. Esa era la misión suprema del Fascismo. Ese era el genio a quien tenía que servir. Y Mussolini, tras enderezar hierros de batalla, se puso a plegar almas de toda una humanidad histórica: la nacida Roma".

En páginas sucesivas de "Genio de España" reflejará lo que suponía el Fascismo en lo económico, en lo político y en lo social: "En lo económico, un sistema corporativo, integrador. Nada de capitalismo puro —Occidente— ni de obrerismo puro —Oriente—, Nada de izquierdas por un lado, ni derechas por el otro. Capital y trabajo, unidos

en unidad superior: el Estado. Eterna síntesis de Roma!

"Europa y el mundo no podrían vivir a base de explotadores, ni a base de explotados. Ni de derechas ni de izquierdas. Ni de Oriente ni de Occidente: Roma. Suma e integración de Occidente y Oriente, del Capitalismo y Marxismo: Roma.

"En lo político, el Fascismo representaba la libertad frente al Bolchevismo. Y la jerarquía frente al Capitalismo. Defendía al mundo de los dos monstruos: el Yo del capital ensorbecido e implacable —genio de occidente— y la masa del proletariado ensorbecida e implacable - genio de oriente—.

“En lo social: el fascismo era la liquidación de todas las bastardas , modernas:

a) El César ya no seria banquero judaico, ni un fumador de puros: el César ya no sería un burgués, ni un káiser más o menos de opereta, ni un presidente republicano vestido con faldones de frac, ni un rey de película de Chevalier, El César sería un Héroe - un primate humano hecho en combate— conductor de tropas y milicias, de masas encuadradas en falanges entusiastas.

b) El Dios ya no sería un cheque de banco. El dinero es inmundo y vil y no merece más reverencialidad que la penosa e inevitable. El Dios motor del mundo volvería a salir de esa casa de reloj en que le colocaron los modernos Aristóteles. Y se alzaría en el cielo con majestad solar, sobre la tierra, con luces de heroicidad: en Espíritu Puro, de armonía, moviendo a las otras estrellas con el amor dantesco y franciscano inmortal.

c) El hombre ya no sería un monigote engreído de cultura y suficiencia. Sería un Hombre con sentido de sus límites y dependencias. Nada de socialismo, ni de liberalismo. Nada de bastardear el santo sentido del trabajo y de la técnica. Vuelta al Sindicalismo gremial, al sentido religioso de la técnica y del trabajo, Cada cual en su puesto: Jerarquía, Y un puesto para cada cual: Armonía, Sistema (esto es Corporación Gremial, funcional). Se restauraría, no el concepto de Derechos del hombre, sino el sublime concepto cristiano y heroico del Servicio, del Deber, del obligarse a algo".

Giménez Caballero es escueto, sinóptico, profundo. Sus términos son exactos, rotundos contundentes. No engalana sus frases con oropeles literarios, ni con barroquismos trasnochados (estilo directo ardiente, combativo). De él, enjuiciando la persona y la obra de Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos escribiría: "Giménez Caballero es un hombre heroico. Es una providencial figura en este momento de la Historia de España.... Giménez Caballero es una rara flor cultural”.

Giménez Caballero rompe una lanza en pro de la universalidad del Fascismo. No es algo local, pintoresco, idiosincrásico, folclórico, impermeable. El Fascismo no es un sol sin rayos de luminosidad, como algunos pensadores han pretendido encasillarlo. No es algo episódico y casual, ni es circunstancial, ni tiene contornos, ni murallas, ni cotos. El Fascismo es total, abierto, universal, Es doctrina y método, sistema y carácter, estilo y razón. Giménez Caballero sobre este particular escribe "El secreto del Fascismo era el secreto eterno de Roma. El genio universo de Roma. Unico universo del mundo. Era una nueva universalidad. Una ecumenidad, una nueva catolicidad... El Genio de España tenía que resucitar y mirar de nuevo a la nueva Roma, que se alzaba en pie sobre el mundo solicitando —nuevamente— un brazo diestro para salvar a este mundo. Porque la Historia vuelve, y vuelve porque es siempre la misma. Porque son los mismos Genios y Divinidades, que vuelven a su eterna lucha. Como las nubes por el cielo, así los Genios del mundo, desde que el mundo es mundo: en rangos de batallas y tormentas".

El Fascismo es tierra, campo, surco, labranza y campesinidad, La tierra es continente de la simiente y la semilla, fruto y recolección. Giménez Caballero refleja y recoge en sus escritos esa naturaleza rural, esos engarces y nexos de unión del Fascismo con la tierra y reflexiona “yo recuerdo lo primero que me impresionó del Fascismo y de su Duce, cuando llegué a Italia, atiborrado de ideas líberaloides urbanas y democratizadas: eso de

la campesinidad el olor a campo y tierra de su nueva política.

"El pan y el hierro. Chi ha del ferro ha del pane. Esta era una de las divisas mussolinianas que incorporó a la fe de la nueva Italia. Divisa de labrador y de herrero: de guerrero".

Ese primer recuerdo, esa primera impresión, esa sensación nueva con sabor a agricultura y cultivo, lo completa y matiza más ampliamente en su libro "Roma Madre" al trasmitirlos "Si el Fascismo es aristocratico por su estructura de partido, y monócrata por su representación del poder ejecutivo, es en el fondo archidemocrático: el pueblo mismo, ¿Archidemocrático? No. Popular. La palabra democracia huele a burguesa, a ciudad, a cosa mediocre. Mientras popular es lo del campo, lo de la taberna y el mercado y la plaza y la fiesta. Popular no es el hombre como obrero, ni como ciudadano, ni como funcionario, sino simplemente como hombre elemental. Como campesino, como hombre eterno- De ahí el fervor del Fascismo por la política agrícola, del agro. Y toda su propaganda que huele a trigo, a pan. A pan, a vino, a garrote.

"Todo el mundo que habla con Mussolini observa al instante la campesinidad de este hombre. Y esta es su grandeza: en un país de agro y de emigración haberlo comprendido y haber cortado un traje a su medida. Una camisa con que cubrir las vergüenzas y una estaca para ganarse violentamente el pan".

En un primer estadio, Giménez Caballero, analiza al Fascismo como una "revolución rural" y sobre el mismo tema que comentamos sobre Fascio y tierra comenta "Fue a poco de la Marcha sobre Roma cuando Mussolini, en una cálida oración ante millares de camisas negras, esculpió en el aire romano esta definición genial de lo que significaba el Fascismo para Italia, y lo que significaría más adelante para el mundo: revolución esencialmente rural.

"En efecto: una de las claves profundas del Fascismo, secreto de Roma eterna, era la vuelta a la tierra, il richiamo al principio —como dijo Maquiavelo—.

"Desde tiempos de los Gracos, Roma tiene la obsesión de la ordenación del agro. Es imposible imaginar la Roma primigenia de los orígenes sin pensar en mitos terrureños. Y después en Senadores, cónsules, ex-combatientes y hasta césares campesinos".

Pero Giménez Caballero no se limita a vislumbrar el Fascismo italiano, a escudriñar el horizonte que marcaba Roma, a horadar los campos itálicos. También detiene su mirada en la Alemania Nacionalsocialista, en su Führer, en su revolución. Y al igual que Jose Antonio en 1934, durante su estancia en Alemania, cuando visita a Hitler y al ideólogo del partido Alfred Rosemberg para solicitarle los derechos de autor, a fin de que su filosofía sea conocida y traducida a la lengua vernácula de la 'Madre Patria' de las américas, también Giménez Caballero coincide con Rosemberg y entabla diálogo con él en el Convegno de Volta celebrado del 14 al 22 de noviembre de 1932 al que asiste representando a España en unión con García Morente y Salvador de Madariaga, Al hablar del despertar de la nueva Alemania escribe: "Quiero empezar por el más reciente de los resucitamientos: ese que por inopinado y actual parece a las gentes un milagro, una ilusión, Y les parecía una fantasía, si no estuviesen ahí esos millones de votos que arrastra Hitler, esos cortejos y legiones que arrastra Hitler tras sí, con paso cadencioso y misterioso, progresor y decidido de marcha".

"En esa faz sanguínea, vital y arrolladora de impulso que es Hitler en esa torrencialidad casi cósmica de la nueva Alemania que despierta: ved las faces sacras de todos los muertos en la guerra, en la gran guerra, y en todas las guerras germánicas, desde Ariovisto y Atila! Desde la caballería germánica que derrota a Vercingetorix hasta las tropas luteranas del Taciturno!

Resurrección de la carne: del genio Del alma de un país!

Lo que no podía morir, no había muerto! Y por eso resucita y quiere seguir viviendo.

¿Quién iba a decir que en la Alemania democrática de Stressemann, en la Alemania bolchevizada de Espartacus, en la Alemania desesperada, trágica y muda de estos años, que por debajo de tanta grisura y catástrofe corría

puro, encendido y genuino, el voto de catorce millones de almas?

Ese ha sido el hallazgo de Hitler, su destino artesánico de pinchar en la vena escondida del manantial, su genialidad de encontrar el genio de su tierra, de su raza. El milagro de Hitler es el milagro del genio perdurable de lo germánico. Genio que no había muerto en el cementerio de Versalles. Genio que despierta a sus muertos, para que sigan viviendo. Poniendo en pie la vida mágica de una raza y de un pueblo!".

Es curioso el parangón que realiza Giménez Caballero, en un folleto publicado durante la Cruzada de Liberación titulado "España y Franco", entre Falange, Fascismo y Nacional Socialismo. Manifiesta: "Es posible que haya algún antiguo falangista que crea cosas raras sobre el destino de la Falange, sin saber que la esencia de la Falange, el eje no está en la doctrina sino en la figura del Caudillo, del Jefe, del Mando Unico, base de un Estado Nacionalsindicalista, como es la del Duce para el Fascismo y la del Führer para el nazismo.

"Porque Fascismo, nazismo, falangismo son regímenes totalitarios en cuanto que todos - las masas jerarquizadas - se subsumen en UNO. Que eso significa etimológicamente CAUDILLO (Cabeza), DUCE (Ductor), FUHRER (Guiador), Y que todos los puntos de toda doctrina totalitaria no son más que corolarios de esa primordial: el del Mando único".

En el mismo opúsculo citado hace una semblanza de las personalidades de Hitler y Mussolini. En unas pinceladas de rasgos que perfila perfectamente en sus trazos más acusados, Dice: "Mussolini tiene su secreto en la mirada y en la forma de emproar la mandíbula. Es el Duce de un pueblo como el italiano que sabe congregarse en magníficas paradas al sol y al aire libre y necesita del Condotiero con mirada solar y gestos de tribuno asomado a un balcón o a un balaustre— para ser comprendido y guiado.

"Hitler es plásticamente — sus recortados bigotes y tupé oblicuo, los cuales, bajo la gorra militar, le dan un aire entre marcial y popular, entre doctoral y solemne —que va muy bien para un pueblo como el alemán tan disciplinario y en orden—. No se podría hacer un retrato más gráfico con un empleo de menor de vocablos.

Con respecto al Programa ideológico del Nacional-Socialismo afirma "que en su literalidad puede decirse que es un programa fascista. De ahí que por tales apariencias y por las otras apariencias de la camisa parda y las legiones en marcha, se les haya denominado a los hitlerianos los "fascistas alemanes", y lo son, en cuanto que Fascismo no es ya como se cree, símbolo de nacionalismo, de particularismo, sino de todo lo contrario: de una "universalidad", de una novísima "ecumenidad".

En cuanto a la denominación genérica de la Falange, el nazismo o el Nacional Socialismo de estar incluidos dentro de los movimientos totalitarios, Giménez Caballero da la respuesta a este interrogante sobre lo que se debe entender por totalitarios: "todos para uno y uno para todos". No es esta frase un juego de palabras, ni un malabarismo floral. Es el espíritu de la unidad en la totalidad que revierte corporativamente hacia ese mismo sentido de dirección y mandato.

Giménez Caballero es el primero en elegir como símbolo del Fascismo español el emblema de las flechas yugadas de Isabel y Fernando. En 1932 escribía sobre el símbolo que serviría de representación y distintivo al Fascismo español genuino: "Para España, la bandera del Fascismo no es el fascio, sino Roma. Para España, el fascio existe antes de que lo clavara en su sombrero un Italo Baldo. Lo pusieron en su escudo nuestros Reyes Católicos. Su haz de flechas".

Existe una constante en todos los regímenes fascistas que consideran la vida como milicia, disciplinada y creadora. No pasa por alto este concepto para Giménez. Caballero que comenta "este secreto de que la vida es milicia. y que sólo se salvan los Estados y los hombres que afrontan militarmente la vida, ha sido el secreto del Fascismo para organizar su Estado" haciendo una semejanza entre las teorías de Séneca y las concepciones ideológicas del Fascismo que

como el Senequismo, nuovo stile di vita" es, en el fondo, el stile di Roma. La concepción que luego de Séneca se llamaría cristiana y hoy fascista, O sea, de que la vida es milicia. Frente al oriente, donde la vida es despojamiento absoluto, y al occidente, donde la vida, según Fausto, es acción, Roma la concibe a través de sus más geniales hijos Séneca, Loyola, Mussolini, como combate, como virtud, como fe, como fatiga, por eso se da uno la pena de considerar el Fascismo doctrina nueva para España, como una vieja sabiduría donde España dio sus mejores frutos. Como el viejo secreto, hoy cada vez más nuevo, que a Roma musitará el gran cordobés Lucio Anneo Séneca, por los años primeros de la era de Cristo".

Si la concepción militar, de milicia, es una realidad, el concepto de héroe, como superación, extraordinario, estímulo y acicate del ser humano, es un gran ideal de las ideas fascistas. Apunta a este respecto Giménez Caballero: "Benito Mussolini ("hombre providencial", "enviado de Dios") como le ha llamado la Iglesia Romana, conmovida, ha traído a Europa, es decir al mundo, la renovación de un viejo ideal: el del héroe. La renovación de una categoría sublimemente humana que yacía envilecida desde tiempo: la heroicidad. Por tanto, un nuevo tipo de vida histórica, un nuevo tipo de norma para el hombre".

En unas recientes declaraciones concedidas al periódico "El Alcázar", órgano de la Federación Nacional de Combatientes, Giménez Caballero vuelve a manifestar su primogenitura en la introducción en España de las ideas fascistas, descubiertas y analizadas a través de un profundo estudio que le Ilevan a conclusiones sintéticas y sucintas del Fascismo como revolución Contesta sobre el particular ce 22-9-76: "Yo descubrí a Mussolini en el Parlamento y escribí a Ortega una carta y le dije que eso del Fascismo era lo que él soñaba y que había que ponerlo en acción, que era una realidad, un auténtico socialismo nacional. No se trataba ya del mundo ruso o del alemán el cual yo había elogiado con mi obsesión europeizante. Después, conozco en 'Pombo' a Ramiro Ledesma Ramos. Me lo presentó Cesar Muñoz Arconada. Arconada y Alberti fueron los dos primeros fascistas españoles. Rafael Alberti entró en la "Gaceta Literaria" cuando yo corregía sus poemas, saludándome brazo en alto".

Descubrió a Mussolini y del Duce escribió raudales de tinta. De su recia figura, de su potente personalidad, de su arrolladora palabra, de su gesto imperial, de su fuerza espiritual, de su potencialidad humana, ha escrito, entre sus múltiples obras, párrafos de una extraordinaria sinceridad sobre su figura: "Mussolini - nuevo genio de la catolicidad— se levantó con todas sus fuerzas a gritar desde la nueva Roma Fascista: El Estado Corporativo supera - por fin! - esa hipocresía del Estado liberal y burgués" o cuando comprende que las juventudes italianas "tengan a su Duce una reverencia mística, religiosa. Porque comprenden su vida. Y han contemplado su mirar, que les dice de un golpe más secretos aún que su vida misma. Mussolini es a tierra de Italia, lo genuino de Italia. Desde que nace. Desde que se lanza a vivir. Hasta el día que muera. Y hasta después que muera". Como diría W. Foard, en cierto modo se diría que Giménez Caballero sitúa al Duce junto a San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, Carlos V, San Ignacio, como un salvador de Roma.

Giménez Caballero es un emprendedor incansable. Funda. Agrupa. Crea, Se aisla. Medita y de nuevo se lanza a la aventura de la recreación. En 1927 dirige y cimenta una revista quincenal, con temática variopinta de letras, artes y ciencias, con el nombre de la "Gaceta Literaria". En ella se dan cita, no los personajes consagrados y vetustos como los robles, sino una joven generación de intelectuales con inquietudes y con ingenio. La "Gaceta Literaria" es un hito del Fascismo español que en sus orígenes aparece entremezclado con las nebulosas e incipientes ideas surrealistas. Más tarde, en 1938, eI fundador de la revista comentaría: "De la Gaceta Literaria surgieron las dos juventudes espirituales que cuajarían el porvenir de España. Los comunistas y los fascistas". Southworth, estudioso del tema falangista,

ratifica la idea de que "Giménez Caballero fue el primer promotor del Fascismo en España. Sabía lo que era el Fascismo y en sus obras consiguió una de las más claras exposiciones de esta doctrina".

Lee infatigablemente, Se forma, pero no se conforma. Escribe. Traduce. Se siente "nieto del 98". Se encuentra identificado con Ortega. Ensalza a Nietzsche al que considera "resurrección de otra fe" que le hace sentir "orgullo" y que gracias a él pudieron algunos mozos inmunizarse frente a la omnimoda epidemia que saturaba el aire nacional.

Cuando en 1928 escribe su obra "Circuito imperial", ya leemos en su contexto párrafos como los que transcribimos: "Cuando el fenómeno fascista irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable con Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo acriticamente. Como un mandato familiar, como una imperiosa necesidad de obediencia. Siendo para mí el Fascismo, ya no el ente abstracto de una modalidad política momentánea, fuera de tiempo y de espacio, sino un sucedáneo de normales cosas de la vida romana, Su camisa negra, el negro del águila imperial y el negro del clérigo en la Edad Media y el negro del jubón del Renacimiento. Era un negro ecuménico, católico, expansivo, interventor de culturas incipientes, pobres, poco originales"... llegando a la conclusión de que el pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de Fascismo, es un pueblo influido, sin carácter y sin médula".

Frecuenta los círculos europeos de las elites del pensamiento. Conversa con Curzio Malaparte, habla con Marinetti, dialoga con Carlo Roselli, visita a Mussolini, Gentile, Zuani, Puccini. Nuestro Antonio Tovar le enjuicia comentando que "todo esto lo tiene el panegírico romano de Giménez Caballero" panegírico arrebatado de la gloria de Roma, de la eternidad de Roma, y de la genial actualización romana en el Duce, Benito Mussolini, por quien bien puede considerarse a Roma "resorta nel mondo" remachando Manuel Halcón que antes de su consagración en la cuna del Fascio como primer escritor fascista, anduvo la juventud española rodeándolo".

Suscribe y firma el Manifiesto de "La Conquista del Estado" un 14 de marzo del 31. Junto a su rúbrica están los grafismos de Ramiro Ledesma Ramos, Antonio Bermúdez Cañete el dibujante que ensambló las flechas de Fernando en el Yugo Isabelino y les dio su forma erecta y vertical, Roberto Escribano Ortega, Juan Aparicio, Manuel Souto Vilas y el resto de los "gallos de marzo" de los 'gallos de un amanecer" sin eclipses ni ensamblajes opacos.

En su libro "La Nueva Catolicidad" establece un plan para una resurrección nacional de España que las incluye, conclusivamente, siendo estos los quicios de sus principales resultados:

Una gran nación: La primera y última finalidad de un movimiento nacional es hacer o rehacer en la historia un gran pueblo, una gran nación. Si España ha de ser impulsada de nuevo a grandes empresas nacionales, deberá combatir por dos excitantes: el de su unidad interior, liquidada tras tres siglos de lenta descomposición, y el de su expansión en el mundo al servicio de una alta empresa humana, social, universal y necesaria. El individuo que se disponga a servir a este movimiento nacional deberá aceptar esta consigna ineludible y estoica: "que la vida es combate". Deberá desterrar de su ánimo todo veneno pacifista y sentimental. La paz es sólo el resultado de la lucha.

2.— Un nuevo Estado.— La primera tarea de un movimiento nacional en España no habrá de ir encaminada a resolver una cuestión formal de régimen, sino el contenido de su régimen. Ir a la creación de un nuevo Estado. El nuevo Estado deberá ser corporativo, integrando la autoridad con la libertad. Aceptará el Parlamento, pero no el del sufragio inorgánico, sino el Parlamento sindical, gremial, en vista de la producción y del trabajo.

Toda la libertad será permisible al individuo dentro del Estado, siempre que esa libertad no se oponga a los fines del Estado.

3. Unidad,— Esta unidad habrá de ser política, religiosa, militar, social y cultural.

4. Táctica e instituciones,— Todo movimiento tiene que tener un Caudillo. Pero nosotros debemos ahora iniciar el movimiento. Sin masas, sin gentes sin secuaces no puede haber caudillo que los encarne y represente.

5. Organización posible,— Como nuestro lema es el estoico y loyolesco de que la vida es milicia es la "milicia” el organismo en que deberá cuajarse nuestro movimiento.

6. Imperio.-- En el mundo hay tres internacionales: 1) la "comunista", que desea la destrucción de Europa en una avalancha oriental, bárbara y de masas absolutas, 2) la "socialdemócrata” que desea el predominio de las potencias puramente capitalistas (Ginebra). 3) la corporativa, que desea el triunfo de La justicia en el mundo integrando capital y trabajo en una paz armónica y creadora (Roma).

Como recoge Jackson, en los períodos electorales de noviembre del 33, el propio Unamuno decía "que sólo el Fascismo podría salvar a España a lo que Giménez Caballero exclama que "ante el asombro de Europa, España levanta la mano saludando a Roma...”

Jose Antonio y el Fascismo

Trataré, en una Iinea clara de rigor histórico, de evitar al máximo cualquier juicio de valor que de alguna manera pueda mediatizar el criterio de mis interlocutores, al tratar de condensar, en este breve trabajo, las analogías y los matices vinculantes que pudieran haber existido entre el Jefe de la Falange y el fenómeno fascista como principios universales de teoría política. La relación de documentos y testimonios que se aportan y que han sido consultados para la elaboración de este trabajo no pueden ser tomados en una consideración exhaustiva, sino como un mero índice que va a reflejarnos un fiel de argumentaciones cuyas consecuencias sacará, por las premisas expuestas, cada lector en particular. El cúmulo de concomitancias existentes entre José Antonio y el Fascismo será objeto de un estudio más profundo, sirviendo esta aportación de introducción a manera de prefacio, sintético por los condicionantes del espacio, de un trabajo más elaborado y posterior.

Para situar esta concatenación de citas que ya son Historia reciente de nuestro devenir político, comenzaremos por la aparición en España de un periódico cuyo título es una rúbrica común, un denominador colectivo de los movimientos nacional-revolucionarios imperantes en la Europa del inicio de la década de los años treinta: "El Fascio" que vio su luz en la capital de España el 16 de marzo de 1933, puntual cita con la calle, que será reprimida con saña, en una gala de auténtica libertad democrática republicana al secuestrar al neófito rotativo en su primer embrión. El equipo de redacción estaba compuesto por jóvenes políticos, periodistas e intelectuales que marcaron un hito en los derroteros consiguientes de una España que empezaba a desprenderse las legañas de su letargo y sopor profundo de una decadencia estéril. "El Fascio” fue un clarinazo a la conciencia nacional y su equipo de colaboradores lo formaban junto con José Antonio, Giménez Caballero, Juan Aparicio, Delgado Barreto, Sánchez Mazas y Ramiro Ledesma Ramos. En su primer y único ejemplar que vio la luz, José Antonio puntualizaba: "Los que refiriéndose a Italia creen que el Fascismo está ligado a la vida de Mussolini no saben lo que es el Fascismo, ni se han molestado en averiguar lo que supone la organización corporativa. El Estado Fascista, que debe tanto a la firme voluntad del Duce, sobrevivirá a su inspirador porque constituye una organización inconmovible y robusta".

La aparición del periódico "El Fascio" dio origen a una elevada polémica entre José Antonio y Luca de Tena que se publicó en ABC el día 22 de marzo del mismo año, de la que transcribimos los párrafos más significativos en que argumentaba Primo de Rivera: "El Fascismo no es una táctica —la violencia--. Es una idea - la unidad—. Frente al Marxismo que afirma como dogma la lucha de clases, y frente al Liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el Fascismo sostiene que hay algo sobre los

partidos y las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente y suprema: la unidad histórica llamada Patria".

"En un Estado Fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso —que no por ser más numeroso ha de tener siempre razón aunque otra cosa diga un sufragismo estúpido— sino que triunfa el principio ordenado común a todos, el pensamiento nacional constante del que el Estado es órgano... Para encender una fe, no de derechas (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto), ni de izquierdas (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta la bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el Fascismo. En su fe reside su fecundidad, contra la que no podrán nada las persecuciones. Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores, es el Estado Fascista, Por eso en el Estado Fascista —y ya lo llegarán a saber los obreros pese a quien pese— los sindicatos de trabajadores se elevan a la directa dignidad de órganos del Estado".

Con anterioridad a la fundación de Falange Española, concretamente veinte días antes del acto fundacional del Teatro de la Comedia de Madrid, el día 9 de octubre de 1933, entre las seis y media y las siete de la tarde, José Antonio mantuvo una entrevista personal con el conductor del Fascismo italiano Benito Mussolini. La audiencia se prolongó algo más de treinta minutos y se desarrolló en un clima de gran cordialidad y camaradería. Ambos estuvieron de acuerdo en que la obra del Duce titulada "El Fascismo" se publicara en España, para la cual José Antonio prologaría esta primera edición que apareció el día 15 de abril de 1934, como ya se había hablado en la entre visita romana en el Palacio de Venecia, con el prólogo del Jefe de Falange Española y con el epílogo escrito por Julio Ruiz de Alda. Mussolini, en aquel encuentro, regalaría una gran fotografía personal con una dedicatoria a José Antonio, foto que se conservaría siempre en el Despacho del Fundador de Falange.

En el prólogo de la obra de Mussolini, José Antonio escribía: "El hombre es el sistema, y esta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el Fascismo... Yo he visto de cerca a Mussolini, una tarde de octubre de 1933, en el Palacio de Venecia, en Roma. Aquella entrevista me hizo entender mejor el Fascismo de Italia que la lectura de muchos libros". No era ésta la primera visita que José Antonio había concertado con Mussolini desde sus años juveniles de la Universidad.

En 1934 en los albores del año que se iniciaba, iba a producirse un acontecimiento que pasaría a los anales de nuestra reciente singladura. El movimiento Falange Española, que acaudillaba José Antonio, y las JONS iban a unir sus fuerzas, a identificar sus programas, a consagrar en la lucha cotidiana a sus caídos comunes. En el mes de enero se cursó la convocatoria para la reunión al más alto nivel de los miembros jonsistas los días 12 y 13 de febrero. La revista doctrinal "JONS" publicaba con treinta días de antelación el anuncio de la convocatoria y el orden del día de los asuntos que se tratarían y debatirían, que en síntesis eran tres, el primero de los cuales "La actitud de las JONS ante el grupo fascista FE.".

Otra anécdota cabe resaltar durante el mes de marzo de 1934, más por lo pintoresca que por su trascendencia real. En lo más alto de los aledaños de la Casa del Pueblo de Madrid, de hondo cariz izquierdista, apareció una amanecida una gigantesca pancarta que era portadora de un mensaje breve, escueto, casi telegráfico. La bandera izada y ondeada en tan significativo lugar rezaba:

"FE. Viva el Fascio!". Días más tarde, el día 16 del mismo mes, en el primer aniversario de la aparición del periódico "El Fascio", se efectuó un asalto a los almacenes SEPU de la capital de Estaña, situados en pleno corazón de la urbe. Las motivaciones del atentado eran la enérgica protesta contra el neo-capitalismo incipiente representado y simbolizado en los almacenes SEPU, propiedad de una familia judía.

Descifrando las siglas.

Ramiro Lesdema Ramos, aludiendo a las siglas F.E., les atribuye un significado del más amplio espectro. En su obra titulada ¿Fascismo en España?, pág. 135, podemos leer

“... fácilmente se advierte en esta denominación (F.E. Falange Española) el deseo de no abandonar las iniciales F.E. que desde meses antes, como iniciales de Fascismo Español, venía utilizando en sus hojas de propaganda". En el mismo libro, unas páginas más adelante, concretamente en la 178, leemos: "A José Antonio véasele organizando el Fascismo".

Es significativo que antes de hablar José Antonio en el Teatro de la Comedia de Madrid, había surgido a la lucha un movimiento acaudillado por el propio José Antonio con la nomenclatura de "Movimiento Español Sindicalista" subtitulado “Fascismo Español", cuyo primer manifiesto, atribuido su texto a José Antonio, se dirigía a los españoles con las siguientes palabras: "El Fascismo español quiere la fuerza, la unidad, la popularidad, la autoridad de España para realizar en el mundo entero nuestro destino de gran pueblo". La cita está recogida en el documento reseñado en el libro de Gumersindo Montes Aguso titulado “Vieja Guardia".

En el memorable discurso pronunciado por el fundador de la Falange en Valladolid el día 4 de marzo de 1934, con motivo de la proclamación de Falange Española de las JONS, destacamos en los pormenores que nos concierne sobre el Fascismo y el fundador, la siguiente frase pronunciada aquella mañana en el teatro Calderón ante un auditorio juvenil, denso y bizarro: "Dejemos que nos digan que imitamos a los fascistas. Después de todo, en el Fascismo, como en los movimientos de todas las épocas, hay por debajo de las características locales unas constantes que son patrimonio de todo espíritu humano y que en todas partes son las mismas".

José Antonio pregona y defiende el nuevo vocablo, la nueva acuñación, el nuevo orden y el nuevo estilo en todos los ámbitos de su vida política y profesional, en el Parlamento, a través de la prensa falangista en entrevistas concedidas para otros órganos de difusión, en los mítines y hasta en las conversaciones particulares. En el parlamento pronunciaba el día 1 de febrero de 1934 la siguiente intervención sobre el tema: El Fascismo es una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El Fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado en algunos como en Alemania, por la vía democrática más irreprochable".

En febrero del 34 revelaba en entrevista en exclusiva para el diario "ABC" los siguientes conceptos sobre un fascismo de antología:

Está bastante extendida la convicción de que el Fascismo no podrá arraigar en España. ¿Qué tiene Vd. que oponer a esta convicción?

José Antonio: — Yo creo que si arraigará... El Fascismo es una actitud universal de vuelta hacia uno mismo. Nos dicen que imitamos a Italia. Sí, lo hacemos en lo de buscar nuestra íntima razón de ser en las enseñanzas propias. Pero esa actitud, copiada si se quiere, aunque sea eterna, da los resultados más auténticos. Italia se ha encontrado a Italia. Nosotros, volviéndonos hacia nosotros, encontraremos a España.

— El Fascismo es esencialmente nacionalista. ¿En qué radica el nacionalismo que Vdes. quieren estimular?

— José Antonio: La Patria es una misión... No hay continentes ya por conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales, España puede ser una de esas tres o cuatro.

— Al hombre sencillo del pueblo ¿Qué puede llevarle al Fascismo?

— José Antonio: Para el que no sea asequible el gran ideal nacional, queda el motor del ideal social. Indudablemente, el contenido próximo del movimiento esta en la Justicia Social, en una elevación del tipo de vida. El Fascismo aspira a la grandeza nacional; pero uno de los escalones de esta grandeza es el mejoramiento material del

pueblo. Lo social es una aspiración interesante aún para mentalidades elementales; pero además, lo nacional es asequible a mucha más gente de lo que se cree. Todo socialista español lleva dentro un nacionalista".

(nacional-socialista? —sic—)

Ya en los puntos iniciales de Falange Española, publicados en diciembre del 33, se recogen los postulados básicos que habrían de estructurar las nuevas disyuntivas políticas. En ellos se expone un cuerpo elemental y superior de doctrina que guarda una cierta adecuación con los esquemas fascistas de la época. Para no agotar al lector con citas amplias recogemos un simple párrafo de los mencionados puntos: "El nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia como unidad social, la autonomía del municipio como unidad territorial y el sindicato, el gremio y la corporación como bases auténticas de la organización total del Estado... Estos fundamentos son: la autoridad, la jerarquía y el orden... Todo lo que es HAZ o Falange es unión, cooperación amistosa y fraterna, amor". Obsérvese la homologación de los términos Haz y Falange, que en el original vienen con letras mayúsculas de imprenta tal como recogemos. El vocablo haz es sinónimo de Fascio que a su vez, José Antonio, en los Puntos iniciales de Falange española, lo equipara con la Falange misma.

Un año más tarde, José Antonio matizaba en los 27 puntos de la Norma Programática de la Falange el cuadro completo del ideario nacional-sindicalista. El punto sexto es una afirmación categórica y rotunda que nos ahorra cualquier comentario: "Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria.

EI periodista Cesar González Ruano realizó una entrevista con José Antonio que publicó el diario ABC de Madrid el día 11-4-34 en el propio domicilio de Primo de Rivera. Comienza describiendo un poco el ambiente, el domicilio y la personalidad de José Antonio del cual escribe (José Antonio) está, por otra parte, en esa situación que sólo un jefe fascista íbero puede y debe comprender como difícil..." En esta línea de pensamiento, en un artículo escrito por José Antonio en mayo del mismo año para el semanario de Zaragoza España Sindicalista se comentaba "por eso se ha encendido en Europa, y arde ya en España, la llama de una fe nueva. Esta fe nueva ha deparado a Italia, por ejemplo, la posibilidad de que vivan más de cuarenta millones de habitantes en un suelo reducido y pobre. Y lo que vale más, le ha devuelto la fe en sí misma., el ímpetu creador y el entusiasmo".

La Revista JONS, en esa identificación o equivalencia entre Falange y fascismo se escribía en su número 6 que no estaba claro e inequívoco si F.E. eran solamente las iniciales de Falange española en un primer momento, pues se refiere a que "con el grupo Falange Española, Frente Español, Fascismo Español, que los tres nombres al parecer, utilizan esos casi amigos. Esta disgresión no es fortuita pues en F.E. se escribía por aquel entonces: "El Fascismo es fe y espíritu, es compenetración, es progreso, es bienestar. El fascismo sirve de puente salvador de la civilización y la cultura... El Fascismo es orden, es unidad, y es autoridad en beneficio de todas las clases sociales". (F.E. 11-1-34, pág. 5).

Mencionemos, por último, las palabras de José Antonio que se recogen en el libro "José Antonio testimonio" de editorial Doncel "Lo que tiene de universal el Fascismo es esa revitalización de los pueblos todos: esa excavación enérgica en sus propias entrañas.

"Con espíritu fascista los italianos han encontrado a Italia: los españoles, con el mismo espíritu, encontraremos a España.

"El Fascismo es como una inyección que tuviera la virtud de resucitar, la inyección podría ser la misma para todos, pero cada uno resucitará como fue". ('Textos inéditos y Epistolario' de José Antonio. Ed. Mov. 1956).

También deben citarse las palabras que José Antonio pronunció en un documental cinematográfico francés: "Le Mouvement que nous avons commencé n´est país aucune copie d un mouvement étranger. II prend du Fascisme tout ce que le Fascisme a d´autorité, d unité et de substitution de la lutte de classes par l´ sprit de cooperation"(El movimiento que nosotros hemos iniciado no es ninguna

copia de un movimiento extranjero. Toma del Fascismo todo lo que el Fascismo tiene de autoridad, de unidad y de substitución de la lucha de clases por el espíritu de cooperación).

Apoyo Económico

Un punto controvertido, negado, refrendado, puesto en tela de juicio es el financiamiento de Falange Española. Hoy parece que, transcurridos los años difíciles de la vivencia, cuando los caídos de FE regaban con su sangre fecundante los campos y las calles de España, se pueden aportar documentos que nos permitan aseverar que, desde junio de 1935 hasta enero del 36, José Antonio tenía una asignación de 50.000 liras italianas que recibía a través del Agregado de Prensa de la Embajada de Italia en Madrid y que al parecer se destinaban a sufragar económicamente una parte de la actividad del Movimiento Falangista. Una carta del 3-6-35, firmada por Ciano, previene a Landini de la remesa de fondos para tres destinatarios —servicios de prensa de la Embajada Marcel Bucard y Primo de Rivera—, indicándole que las personas interesadas tomarán contacto con él para proceder a retirar los fondos de la remesa enviada. Landini, en el verano del 35, encargaba a José Antonio la redacción de un dossier que explicara de forma sucinta y profunda la problemática política de aquel entonces en España. El documento se encuentra microfilmado en la serie T 586 al rollo 417, y ocupa una extensión de cinco páginas, numeradas correlativamente por los servicios aliados de microfilmación con los números de fotogramas 008361 al 008365 ambos inclusive de los archivos nacionales norteamericanos en Washington, y la procedencia de los mismos, donde se guardaba el documento, era el Ministerio Italiano de Prensa y Propaganda de Mussolini. En el referido documento, entre el análisis de las fuerzas políticas actuantes, José Antonio, al referirse a la Falange textualmente informa: ‘La Falange Española de las JONS ha logrado convertirse en el único Movimiento Fascista en España, lo cual era difícil habida cuenta del carácter individualista del pueblo... En los lugares más revolucionarios de España, como Sevilla y Asturias, es donde los sindicatos fascistas tienen grupos más fuertes. En Sevilla, el mismo día en que fue muerto un obrero fascista, sus camaradas le vengaron matando a dos comunistas e hiriendo a otros dos.

Recientemente, un gran velo histórico se ha descorrido para dejar paso a la luz de un documento celosamente guardado en los archivos del silencio y durante años la ignorancia del mismo ha sido fuente de elucubraciones y cábalas para desmitificar el Fascismo de la Falange. Nos referimos a la reunión fascista de Montreaux celebrada el día 2 de septiembre de 1935, con respecto a la cual se difundió en la prensa el siguiente comunicado: "La noticia de que José Antonio, jefe de F.E., de las JONS se disponía a acudir a cierto Congreso Internacional Fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El Jefe de la Falange fue requerido para asistir, pero rehusó terminantemente la invitación por entender que al genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional. Por otra parte, F.E. de las JONS no es un Movimiento Fascista. Tiene con el Fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal’. Hasta aquí, la nota oficial publicada en la prensa, en la que implícitamente se reconoce que Falange tiene con el Fascismo coincidencias en puntos esenciales de valor universal. La realidad de los hechos es que Jose Antonio asistió personalmente al congreso de Montreux, reunión convocada para el estudio del incremento del Fascismo universal y estuvo presente concretamente el día 2 de septiembre de 1935. Cuando hizo su entrada en el salón de sesiones, el Presidente del Congreso dirigió a José Antonio las siguientes palabras: "Falange Española tiene una aureola de martirio y de gloria porque casi todos los días en las calles se combate en España y la juventud de ese país derrama su sangre para defender el ideal que nos reúne a todos”. José Antonio respondió a las palabras de salutación del Presidente en los siguientes términos: Creo que frente a los peligros comunistas e internacionalistas hay que reconocer que los pueblos civilizados tienen el derecho y el deber de transmitir esta civilización a los más retrasados. Yo creo que todos estamos

obligados a preparar a la opinión pública en nuestros diferentes países antes de iniciar una acción, colectiva. Yo prometo a todos vosotros hacer lo que pueda en este sentido y despertar una conciencia nacional... Espero poder participar próximamente en vuestras reuniones'. El documento no puede ser más elocuente.

Incluso en las épocas de persecución y clandestinidad, en la publicación "No importa", podía leerse en mayo de 1936: 'El Fascismo es un movimiento de generosidad".

En relación con los signos externos y emblemas, no insistiremos en el saludo adoptado por la Falange brazo en alto, común a todos los movimientos fascistas, pero es de destacar que como emblema del periódico "El Fascio" se eligió el yugo y las flechas de Isabel y Fernando en su portada como emblema o distintivo para remachar la fuerza expresiva del título de la publicación -

Las citas, referencias y documentos que se podrán aportar en este trabajo conformarían un grueso volumen ajeno a nuestro propósito sucinto y sinóptico de reseñar las concomitancias entre el Jefe de Falange Española y su consideración sobre el Fascismo, fenómeno universal y malogrado por los poderes ocultos de la subversión, al que el talento y la personalidad de José Antonio enjuició en sus valores positivos con criterio desprovisto de intenciones inconfesables, como por doquier se nos presenta, mostrando una carta no sólo parcial sino tendenciosa por los vengadores impecables en la segunda conflagración mundial.

Los enemigos de nuestra civilización no olvidan que el Fascismo es la alternativa al Sistema Comunista o Capitalista que hipotéticamente escinde el globo terráqueo. Y frente a esa alternativa, el odio no prevalecerá.

Onesimo Redondo y el Fascismo

Onésimo es la profundidad de la meseta, el surco infinito, la dimensión de la planicie alta, el dorado granar de la espiga y el racimo de la vid. Onésimo es Castilla, la voz de Castilla, el sentimiento de Castilla, el latir de Castilla, el espíritu castellano, seco como la resquebrajada y sedienta tierra de campos, preciso, con la exactitud conceptual de las salidas y puestas del sol profundo como el cielo alto y brillante como el fogonazo de luz que desprenden las espadas toledanas al contacto con el sol. Así es Onésimo, granito y lucha, emprendedor e infatigable. Camina, marcha por las veredas, habla de tú a tú al campesino de tez tostada, vuelve a emprender la marcha, sin fatigas, sin desalientos, con renovadora ilusión.

De sus escritos, de sus discursos, de sus conferencias, múltiples, diversas, variopintas, hemos extractado una serie de temas que guardan una fraternal correlación con el Fascismo, o, para ser más exactos, con el Nacional Socialismo o Fascismo Germano. Le preocupa y medita sobre la cuestión judía, su trascendencia, su importancia la problemática que plantea en todos los órdenes del pensamiento y de la acción. Le da sentido preferente y comenta: "Nos parece bien el ardor combativo y el anhelo hispánico de 'La Conquista del Estado'. Pero echamos de menos la actividad antisemita que ese movimiento precisa para ser eficaz y certero. No nos cansaremos de repetírselo".

Observa que por doquier, en todos los ámbitos de trascendental importancia, se deja sentir la impronta judía, en los asuntos crematísticos y financieros, en el control de los medios de comunicación social, en los resortes políticos de los partidos y de las tendencias, se llamen comunistas o sus antípodas los capitalistas, unidos en su vértice por un mismo e idéntico denominador común, el judaísmo, enclavado en la encrucijada de la Historia.

En el número inicial de su recién fundada publicación "Libertad", comenta al respecto sobre los orígenes y procedencias del dinero: 'Bien están las medidas restrictivas y persecutorias que se han tomado. No pueden ellas impedir totalmente las sutiles infiltraciones del dinero, porque éste, judío indudablemente por su ascendencia y por sus cualidades y en manos principalmente de judíos, los eternos detentadores de la riqueza, será batido, castigado y acorralado, pero no vencido, pues preferirá huir profiriendo silenciosas quejas y buscará ambiente tranquilo

donde multiplicarse absorbiendo la eficacia creadora del trabajo. Pero no huirá en masa, sino fraccionada y lentamente" (‘Libertad, núm. 1, 13-6-1931).

Pasa a enjuiciar en el número 2 de su incipiente publicación la importancia del control de la prensa, acaparada por las sutiles manos de los mismos que poseen las riquezas y escribe: "Con arreglo a la carcomida mentalidad democrataliberal que el judaísmo internacional suministra mediante su prensa a las naciones decadentes, ese grito revolucionario es la oración matutina y vespertina del público contagiado por el engaño: ¡Libradnos, oh revolución, de la tiranía de los que mandan!

"Cuánta es la distancia entre esta senil febrilidad que agitan las falsas demócratas como la nuestra y las ideas jóvenes vigentes en el mundo para regenerar las naciones y rehabilitar a algunas razas en el cumplimiento de su destino histórico.

"Debe suprimirse sin más contemplaciones, toda la prensa comunista. EI que sirve a Rusia no sirve a España. Todo comunista debe ser considerado como un traidor a la Patria".

Es curioso constatar en este apartado que se debe precisamente a Onésimo la primera traducción a la lengua castellana del importantísimo libro documento “Los Protocolos de los Sabios de Sión". Lo traduce del alemán e inserta sucesivamente en las páginas de Libertad" los capítulos de esta obra. Así lo escribe en el prólogo del libro que en 1934 edita y comenta: "La primera publicación en español fue comentada por el semanario "Libertad" en febrero de 1932. Estudia el texto de los Protocolos, lo traduce a su lengua vernácula, lo divulga por capítulos y finalmente lo edita integro, con un amplio análisis de los mismos y con apostillas y comentarios incisivos y punzantes. Llega a pronunciar el día 12 de marzo de 1932, en el local de actos de las JONS en Valladolid, una conferencia con el epígrafe de “Los Protocolos", cuya reseña de prensa aparecida en el Semanario de su dirección recogemos:

"Onésimo Redondo hizo una somera exposición del significado de los PROTOCOLOS y de la influencia judía en el mundo. Recuerda el simbolismo de la serpiente, tal como lo explica el judaísmo, al afirmar que la serpiente de Israel ha de dar una vuelta completa por los Estados europeos hasta dominar el mundo.

“Habla de la influencia judía en la decadencia española. Recuerda que Mendizabal, el desamortizador, el gran destructor de España, era judío. Dice que los instrumentos de dominación judaica son el dinero y la prensa. Lee un pasaje de “los Protocolos" donde los judíos afirman que el sufragio universal es un instrumento de dominación.

"Alude a la revolución rusa y hace un parangón con la española pata descubrir en múltiples detalles de la política actual una mano oculta que dirige la prensa y los partidos políticos a un fin unánime anticristiano.

"Sigue exponiendo la importancia histórica de esos documentos y la reacción que han provocado en el mundo, y dice que en sucesivas conferencias volvería a tratarse de "Los Protocolos" tan escasamente conocidos en España".

Establece una relación entre judíos y comunistas españoles al manifestar: "Por eso ahora nos invaden los judíos expulsados de otras naciones. Por eso el poder marxista lanza miradas de ternura y protección a los hebreos del Norte de Africa. Elija la juventud española el bando en que cree legítimo y glorioso batallar en una lucha por la Cultura y por la Raza" (FE-JONS, mayo 1933)

Como se apreciará por la transcripción anterior, toca un tema considerado tabú en nuestra geografía: el tema racial. Onésimo ensalza los valores de alma, su potencia creadora, su salud, su fecundidad. Su importancia. Son innumerables los testimonios que nos ha legado en este sentido, de los que trataremos de extractar los más significativos desmitificando o debatiendo lo que era casi secreto, casi clandestino, aunque solo fuera su mención, en nuestras latitudes.

"Nosotros hacemos un llamamiento a la parte sana del pueblo joven: les invitarnos a recoger nuestro grito de guerra contra los enemigos de la figura espiritual de España y de las glorias reservadas para el porvenir a una Raza que aun está robusta “

Como se apreciará, habla de la estirpe sin sonrojarse. altivo, con legitimo orgullo. En el numero 9 de "Libertad" vuelve a incidir sobre el terna diciendo: "Salga de Castilla la voz de la sensatez racial que se imponga sobre el magno desconcierto del momento: use de su fuerza unificadora para establecer la justicia y el orden en la Nueva España” E insiste en el número 1 del semanario: En la Universidad tiene aprenderse, en primer termino, una fe inviolable ante la misión colectiva de la Raza, una adhesión crítica pero invencible a las glorias propias y una percepción del ideal nacional, sin el cual un Estado sólo puede arrastrar un vida precaria”.

El tema racial es candente en él. Lo reitera en sus escritos de una manera reticente. Incluso llega a concluir algunos de sus artículos con el grito de "Viva la Raza“ escrito con mayúsculas y entre admiraciones para dar más realce al mensaje sensitivo que encierran sus acertadas palabras. En el numero 12 de “Libertad" subraya la importancia del imperio y la trascendencia de la raza que lo conforma redactando: "La importancia —y hasta la utilidad - del Imperio es positiva múltiple: significa, desde luego, una grata hegemonía, una gloriosa sensación de poder que beneficia y encumbra ante los demás a la Raza que lo ejerce. Es también —y aquí está, sin duda, su mayor y verdadera utilidad política un vivero de generosas apetencias nacionales, y el supremo motor de las grandes energías latentes en cada Raza: es el ideal máximo para un pueblo, y por lo mismo, el más grande estimulante para las individualidades destacadas, acicate y plataforma al mismo tiempo, para que los grandes hombres surjan y ejerzan su influjo benéfico".

En las ordenanzas de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, al definir lo que entiende por Nación, proclaman en su manifiesto que es la Afirmación de España como Nación una e imperial, obligada por su historia y la capacidad de su cultura a ser fuerte entre los demás pueblos, dando al Estado una estructura y una pureza hispana. Proclama la Junta su veneración por las grandiosas tradiciones patrias y la comunidad de Raza y Destino con las naciones ibéricas de ultramar". El último artículo que sale de su pluma en el año 1931 recoge esta síntesis densa de que "tenemos que restaurar la fe en el destino grandioso histórico de la Raza, las concepciones autóctonas de la Cultura española, las costumbres cristiano-españolas para regir la administración y cumplir los deberes sociales, así como el afán de crear y la aptitud para el heroísmo, sustituidos en los últimos tiempos por la cobardía europeizante y el derrotismo individualista".

En "Igualdad", y dos años más tarde del texto que acabamos de tomar, el 5 de junio escribe: "Unidad en algunas ideas sustanciales de alcance nacional, como son la fidelidad a la Historia Patria y el cumplimiento del destino imperial de la Raza en el mundo".

Onésimo está atento a las fluctuaciones políticas del viejo continente. Es un observador incisivo y un agudo comentarista de la política internacional. Descubre al pueblo español las esencias ideológicas de las nuevas tendencias, de las recientes filosofías, de las corrientes que se inician con fuerza arrolladora en Italia y Alemania y las muestra y divulga en España a flor de cuño.

Vamos a reseñar en un apretado resumen sus páginas más ilustrativas, en las que comenta la aparición y la importancia para el devenir de Europa del despertar alemán bajo la égida del Nacional Socialismo, dique y bastión contra el Marxismo en todas sus derivaciones y contra el Capitalismo sin escrúpulos y sin conciencia.

El día 31 de agosto de 1931, en su órgano de difusión, "Libertad", escribe: “En esta hora de histórica elocuencia para toda Europa, cuando Alemania se constituye en Dictadura para corregir las orgías ruidosas del Marxismo”. Dos meses más tarde, a mediados de octubre, llama la atención de los obreros con este clarinazo y silábico: "TRABAJADOR! ¿Ignoras que en Alemania el sesenta por ciento de los obreros son

enemigos valerosos del Socialismo y del Comunismo? Es que allí ya han tenido tiempo de desengañarse".

Sobre la rápida ascensión y captación de voluntades para la causa nacional en Alemania escribe que "en Alemania es igualmente arrolladora la corriente nacional de defensa contra los internacionales, es un hecho que ni los más ciegos pueden negarse a ver, y que tendrá su máxima revelación quizá en el corto plazo de algunos meses. Bastaría un nuevo llamamiento al ritmo actual de la opinión, y la victoria racista se manifestaría tan imponente, que señalaría una nueva época en la Historia política de Alemania, como se abrió para Italia en el año 22 con la eliminación radical del Social-Comunismo, para salvar a la nación. No es necesario ponderar las repercusiones de este vecino y ya inevitable suceso en el panorama político y social del resto del mundo.

"El resultado de las elecciones camerales en el Estado de Hesse ha revelado, como otras muchas, esa evolución a grandes marchas de la opinión alemana y, sobre todo, de la juventud. De 1927 hasta la fecha, el cambio ha sido tan favorable al Antimarxismo, que un setenta por ciento de los electores nuevos de Hesse han dado su voto a los representantes de Hitler.

"La situación se dibuja en Alemania en dirección —con distancia apresuradamente abreviada— hacia un choque definitivo entre el internacionalismo de los socialcomunistas y el nacionalismo combativo de los que siguen a Hitler. Es la lucha entre el fanatismo materialista, de los creyentes de Marx, destructor de naciones, y otro fanatismo novísimamente enarbolado y mantenido en la calle y en las urnas, que reafirma el valor espiritual de la propia raza y su voluntad tradicional de proseguir con grandeza las rutas nacionales de civilización.

“En la organización del Estado, la antagonía significa la exclusión viril por el Nacional Socialismo de las utopías demagógicas del Marxismo...

"Contra el Judaísmo y contra el Comunismo, emparentados como padre e hijo en esos designios criminales, nace la reacción de las naciones, más profundamente acusada que en ninguna otra, en la filosófica Alemania".

Ve que Alemania está atenazada por fuerzas internacionalistas que tratan de cercenar su economía y su sistema político y por ello confía que “el Canciller católico y el Caudillo racista son las dos colosales figuras de la Alemania que lucha, entre cívicas convulsiones interiores, por la liberación económica y política".

Onésimo tiene que enfrentar, casi en solitario, contracorriente, su discrepancia "de la opinión común en los periódicos llamados de orden, que orientan sus deseos contra la victoria completa del extremismo hitleriano, por entender que su triunfo equivale a una guerra civil de pavorosas consecuencias para Alemania. Creemos, por el contrario, que en los términos de violencia y, sobre todo, de honda incompatibilidad doctrinal a que ha llegado la lucha política --la lucha nacional— en el Imperio germano, solo la imposición, el triunfo neto, dictatorial, fascista, del Nacional-Socialismo puede traer la paz, además de la solución".

Su meditación aún profundiza más y escribe: "Nunca puede olvidarse, al pensar en la significación revolucionaria del movimiento de Hitler (ante el cual palidece y desaparecerá el partido nacionalista burgués), que aquel formidable Caudillo tiene hecho lema doctrinal de sus campañas, éste: la Alemania cristiana contra el Marxismo; el Cristianismo frente al Bolchevismo.

Onésimo pone al movimiento de Hitler como ejemplo y como porvenir y así lo pone de manifiesto en un artículo de antología que publicó el día 6 de febrero de 1933 a los escasos días de la ascensión de Hitler a la primera magistratura de la nación germana, aparecido en "Igualdad", y que conviene recordarlo para calar en el pensamiento de Onésimo sobre su total simpatía por el triunfo logrado por el nuevo Canciller del Reich:

"Hagamos un alto en la continuada tarea de reseñar, ordenada y brevemente, los fundamentos de nuestra política. La atención mundial está enfocada preferentemente hacia el hecho trascendental de la subida de Hitler a

la Cancillería del Reich Nuestra juventud contempla este triunfo con una ardiente curiosidad, mezclada de simpatía y contagiada de emulación.

"Si no fuese por los apremios naturales de espacio de un semanario (nutrido de sobra con la dolorosa crítica del desbarajuste republicano marxista reinante en España), habríamos dedicado el debido lugar a un fenómeno estupendo observado en los últimos meses en relación con el movimiento de Hitler.

"Corren contra el movimiento de Hitler desde su fundación todos los tópicos adversos, todas las medias verdades o francas calumnias, concebidas en la poderosa y compleja prensa judía de Alemania, en las agencias de la misma filiación y en el maligno ambiente parisiense, naturalmente nervioso y enojado ante los triunfos del racismo alemán.

"Hitler, el exigente y ciego Caudillo (a decir de los periodistas de tantos países), flota vencedor una vez más sobre la desairada confusión de unos y el despecho amargo de otros. Y es que Hitler tenía razón y no sus críticos, como la viene teniendo desde el día en que se creó su partido. Mil veces la fe el tesón y - ¿por qué se ha de negar?— el talento genial del Führer ha desmentido las universales presiones adversas de los enterados, de los sesudos, de los prudentes que, pareciendo opinar por cuenta propia, lo hacían casi siempre al dictado del periodismo francés y del judío, no tan ingenuo en sus invenciones como la opinión coral, que sin meditarlas las acepta..."

"El Nacional-Socialismo, como escribe últimamente uno de sus principales jefes, "no es simplemente el partido más fuerte del Imperio, sino la realización de la Alemania Nacional, la corporeidad de una fe resuelta en el porvenir y la única fuerza existente para la superación de la lucha de clases y la derrota del explotador Capitalismo Financiero".

No se escandalicen los lectores, no son textos rebuscados, ni frases sueltas escritas por Onésimo, ni citas extravagantes, ni mucho menos episódicas, ni ocasionales. No había transcurrido ni siquiera mes y medio desde la redacción del artículo anterior cuando Onésimo, en el número 19 de "Igualdad" que lleva fecha del 20 de marzo de 1933, vuelve a reincidir sobre el tema de una manera más profunda y que, por lo denso y significativo de sus palabras, transcribimos al pie de la letra en un escrito que titulaba: "EL DESPERTAR DE ALEMANIA: EXALTACION CONTRA LA BARBARIE" Allí se exponía:

"Hitler es el juramento de exterminio contra el Marxismo. "Dentro de diez años —dice— no habrá marxismo", Y también: "La joven Alemania viene a salvar la civilización del Bolchevismo'. La primera promesa está en el camino de cumplirse: no cuesta gran trabajo vislumbrar el éxito tras el triunfo impresionante del 5 de marzo.

"¿Y la otra? ¿Habrá brotado en Europa Central el nuevo Carlomagno? Porque no otra gesta histórica se trata que de salvar, como en el oscuro siglo XVIII, el orden y la ética de las apetencias ciegas de grupos que renuncian a la vida civilizada; la jerarquía y el espíritu, de entre el barro de la disolución moral y la exaltación de los peores; la responsabilidad personal y las ideas universales, de la servidumbre a un despotismo colectivo, a la degradación política del Estado-horda...

"Cristianismo frente a comunismo, civilización contra barbarie.

"¿Habrá sonado la hora de la batalla definitiva? ¿Por qué no podemos espetar que el estampido de Berlín haga temblar hoy y derribe mañana las torres de Moscú?

"Por de pronto, la resolución germana, que ha encontrado un Jefe, un Caudillo, un Rey, servirá para rasgar con hierro — hierro militar de reciente temple de imperio y de fe— las nuevas marcas de Oriente. EI Tercer Imperio de Centro Europa detendrá en la raya bárbara del Oriente la ola de regresión que, entre espumas de hipocresía social y bramidos de amenazas despiadadas e impías, avanzaba segura sobre una Europa minada por fermentos de ruina. Si; Hitler, el otro Carlomagno, restaura la barrera secular que separa las dos partes de Eurasia. Quédese Moscú con sus tinieblas y su dolor. Renuncie a ganar Occidente, donde ya las armas cataláunicas relucen en la ribera de la Alemania

y sobre las mesetas meridionales de la latinidad (Italia ayer: ¡ESPAÑA MAÑANA!)

"Hitler es la cruz svástica contra la hoz, como Carlos V el sucesor de Carlomagno, era la Cruz de Cristo contra la Media Luna.

"¿Y España? ¿Nada tiene que hacer España en esta Cruzada? Sepan nuestros jóvenes cuánto significa que quien ha sabido despertar una raza con la palabra, la organización y el combate, llegue a la cumbre invocando a Dios. "Venimos —dijo--- a devolver al pueblo la fe en Dios que había perdido". Y en su prensa, en el periódico que desde el principio habla por Hitler, veía yo hace pocos días un dibujo con esta leyenda: "Enséñale tu a amar a Dios. Yo le he enseñado a amar a su Patria". Quien lo dice es un guerrero civil, la personificación de las milicias hitlerianas, que representa un adolescente - la joven Alemania— y se lo muestra a un sacerdote. Y el sacerdote, hostil y receloso, se deja suplicar: parece representar al Centro Católico; mejor, a la Iglesia Católica (no la Luterana) constante y clamorosamente requerida por Hitler en los últimos meses para que se incorpore a la lucha nacional contra la barbarie ateista".

Pero no se piense que estos comentarios los escribía sólo con ocasión de victorias electorales o grandes acontecimientos acaecidos en Alemania, o a título de exaltación al arrollador triunfo de Hitler, Vamos a reproducir, para concluir la temática sobre el III Reich, en Onésimo Redondo, un articulo que escribe en diciembre de 1935, apenas seis meses antes de su asesinato por las hordas rojas en los campos de Castilla. Decía: "Avanza en el mundo la redención de los grandes pueblos oprimidos: En el plebiscito del Saar, Alemania se afirma como una raza resuelta a no perecer.

"La Revolución Nacional abrió a Alemania el camino de su liberación. La liberación de España vendrá también por la Revolución Nacional.

"Una Alemania Unida es el comienzo de una fuerte alianza entre todos los países germanos. Y una España unida será el bastión de la Hispanidad resucitada.

"Así como la Alemania de Hitler ha recuperado el Sarre, tarde o temprano conquistará la voluntad de Austria, la España Nacional-Sindicalista restaurará el Imperio unido de todas naciones que hablan español.

"Habrá llegado la hora entonces de la mentirosa y tiránica civilización Judeo-Masónica, que es el reino de la hipocresía y el interés, con la opresión perpetua de los continentes africano y asiático.

"España reanudará su afán histórico de redimir a los pueblos bárbaros y la alianza hispanogermana nos colocará a la cabeza del mundo".

Los testimonios que hemos reproducido son inapelables. Mucha será la confusión que se pretenda sembrar en los espíritus pusilánimes y poco formados. Pero la evidencia y la claridad arrollan cualquier manipulación. Nada de tapujos, ni de comas cambiadas de lugar. La ocultación de lo patente no hace sino oscurecer y desfigurar y las cosas son como son y el pensamiento fue como fue y se escribe.

El Caudillo de Castilla tiene una esperanza ciega y total en la juventud disciplinada y trabajadora, encuadrada en milicias nacionales, con afán de servicio y capacidad de sacrificio y renuncia, con ilusión, con gallardía, con tesón y si fuera preciso con las armas en la mano para defender los eternos y metafísicos principios de la Patria.

"En esta hora — escribe— la actuación corresponde a los jóvenes por derecho propio, ya que la política de hoy es, ante todo, una milicia cívica... "Libertad" es de jóvenes y a los jóvenes se consagra preferentemente. No nos importa contar o no con una mayoría borreguil junto a las urnas. y repudiamos el concurso de las multitudes embriagadas de desorden por las calles. Disciplina y audacia es nuestro lema. Las nociones pertenecen siempre a las minorías con fe y organización. Dándolo todo al ideal antes de comenzar, a nadie tememos".

En un trabajo expositivo sobre la reforma agraria y el ideario que se defendía en el semanario se lee que "trabajamos por suscitar un movimiento de genuino contenido

hispánico y atemperado a las corrientes juveniles que poseen en Europa la clave del porvenir. Nuestras campañas se inspiran en estas directrices:

1) Afirmación de pura nacionalidad hispana y de las posibilidades imperiales de la Raza.

2) Revolución social para sustituir el caduco edificio liberal burgués por las nuevas formas de un corporativismo de amplitud nacional,

3) Eliminación, de las mentiras parlamentarias democráticas y del materialismo judío marxista como fundamento de civilización".

En los albores de 1932 pronostica: "Nos referimos a la constitución en este año de milicias regulares anticomunistas. Todo nuestro fervor por la salud de España y la emoción con que celebramos la inauguración del año nuevo pensando en ella queremos resumirlo con esta reflexión: que no salvaremos la nación de la barbarie soviética sin organizar una falange extensa de españoles de todas clases, dispuestos a defender con sus personas la vida civilizada de España", completando la cita anterior un año más tarde al manifestar que "se crearon en los jóvenes un espíritu nuevo: espíritu de grandeza, temple de conquista, sed de glorias" y para ello se practicaría el ejercicio de la actividad física, la educación deportiva y la afición valerosa a las inclemencias del campo y a la fatiga de las marchas" concluyendo con la exigencia del "ejercicio voluntario pero serio y riguroso de la disciplina, de la obediencia a los jefes, eliminando en los jóvenes el tóxico individualista y libertario".

Ataca la existencia de milicias marxistas o puramente confesionales para afirmar que son únicamente admisibles las milicias nacionales, "sólo milicias de patriotas. Sólo el nombre y el sentimiento y la independencia de la nación, autorizan a la actuación armada. Sólo la defensa de la Patria invadida por enemigos —marxistas, separatistas y masones - hacen justo y legítimo el ejercicio de una violencia sistemática. Ni el espíritu de partido, ni de clase, pueden justificar la guerra entre españoles".

Precisa de forma diáfana y certera los enemigos endémicos de España —Judaísmo, Comunismo, Capitalismo Internacional, Masonería. Sobre la influencia masónica y sus técnicas de infiltración y disgregación de las sociedades donde opera, de su corrosión de las costumbres y de la inversión de los valores tradicionales hace un exhaustivo examen y un minucioso comentario a través de su amplia creación literaria, periodística y oratoria. Escribía el día 3 de agosto de 1931: "La Masonería ha jurado desarraigar la moral en el pueblo español: no haciendo mártires, sino corrompiendo las costumbres: "es preciso —ha dicho— que se respire inmoralidad por los cinco sentidos".

Seleccionaremos algunos párrafos que Onésimo dedica a enjuiciar el peligro comunista: "Rusia quiere extender a España su dictadura. Los ultracapitalistas judíos, que hacen del Comunismo una gran industria para explotar al proletariado de países enteros, clavan sus garras en nuestra Patria". A partir de esta reflexión, de esa percepción de verse atenazada España por el cerco marxista, comienza a estudiar detenidamente el fenómeno comunista y a situarlo en sus verdaderos términos y planteamientos. "El Comunismo —escribe— es un instrumento del Capitalismo Internacional judío para descomponer a los Estados y después dominarlos. Proletarios! unios contra la burguesía comunista. Abofetead a los indecentes monaguillos de Stalin.

Apunta el peligro de la intoxicación marxista en la prensa y exclama "Obrero! Tus periódicos te desorientan y sus directores marxistas llenan la barriga a costa de tu incredulidad. Mientras ellos suben, tu situación empeora rápidamente. Quieren calmar tu hambre con mentiras contra los curas y frailes. Todas las cifras que de ten para irritarte son invenciones fabricadas en sus reuniones secretas. Están al servicio del Capitalismo judío, el más feroz y explotador de la tierra".

Es categórico cuando afirma: "La desgracia, el enemigo nacional, es el Marxismo. Y de éste no se libra el país sino

por extirpación voluntariosa, desalojando del país, por traidores y disolventes, sus propagandas: la solución está, pues, en una dictadura antimarxista".

Le preocupan esencialmente dos temas que convierte en sendos programas de su ideario: la justicia social y el problema económico. Sobre economía se siente atraído por las experiencias del Corporativismo de Italia y Alemania y sobre el tema económico nos orienta: 'Nuestra fecunda historia, empalmada con las jóvenes experiencias de la economía corporativa nos dará la solución de un régimen de sinceridad, eficacia e imperio" o "El Estado nacional ha de ser un estado corporativo... Viva el Estado Corporativo!" Ilevando a las normas programáticas de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica el punto que dice: "Se declara la preferencia de la Organización Sindical Corporativa, protegida y regulada por el Estado, como sistema obligado de relación entre el trabajo y el capital y de uno y otro con los intereses nacionales de la producción".

En enero de 1934, con una larga y dilatada proyección política, comenta: "Nos encontramos en uno de esos momentos de previsión ineludibles. Lo que se presenta en perspectiva próxima, aunque no sea inmediata, es el Estado Corporativo Nacional. Mussolini asegura que dentro de diez años el mundo será fascista. Adopta él un término que desde el punto de vista italiano, suena alagadoramente, pero es más justo y exacto decir, como nosotros, que se avecina, inevitablemente, el Estado Corporativo Nacional.

"Hablemos de España. Aquí todos los hechos principales de la política se concitan para desembocar en lo que decimos, Aunque la política española, al presente, parezca una pugna trasnochada y ciega de derechas e izquierdas, encierra una preparación completa como desenlace fatal: el de un Estado nuevo que reúna estas tres notas: CORPORATIVISMO, NACIONALISMO. FAMILIARISMO.

"Sin Estado Nacional no hay Estado Corporativo.

Que el Estado Corporativo no puede ser un Estado Liberal, demostrado está con afirmarlo. Y si no es liberal, claro está que ha de ser totalitario. O sea, un Estado que impone algunos principios a todos y que considera como atribuciones propias TODO lo que concurre al fin nacional que se propone.

Aborda también la entraña del Fascismo como teoría y como acción, como ideario y como realidad. "El Fascismo... - dice en enero de 1932- se asienta en un propósito nacional de construcción y sirve una idea espiritual y ética: el engrandecimiento nacional y el respeto a las libertades y derechos fundamentales de la vida privada —propiedad, familia, religión.

"El Fascismo es un recurso de fuerza para salvar a la civilización. El Parlamentarismo Marxista, erigido en dictadura, es un artificio despótico inventado para precipitarla en la anarquía o en la dictadura roja.

"El Fascismo, además, se presenta, desde el primer momento como una idea que venera la fuerza, que erige la dictadura nacional en régimen de salud la opinión que se agrega sabe lo que aplaude y lo que vota. Sube éste al poder con un titulo de veracidad que le hace legitimo y respetable".

En un artículo que publicó en la revista teórica y doctrinaria JONS en septiembre de 1933, bajo el epígrafe Fascismo y Jonsismo. concluye: "Las JONS saben estimar al Fascismo en lo que vale, están atentas a sus experiencias y admiran su postura de vanguardia en la regeneración del mundo". El artículo de referencia es una apología al bien hacer del Duce, Benito Mussolini, a su férrea personalidad y a su carisma emprendedor y de artífice de la salvación del pueblo romano.

Onésimo ha sido el gran olvidado en el desarrollo político posterior. Casi me atrevería a decir que deliberadamente olvidado, Su claridad, su nobleza su pulcritud y su sinceridad le hacían aguijón de una sociedad que renunciaba en todo o en parte a aquello por lo que él luchó y murió, camino de las trincheras, a la sombra de las montañas centrales que quiebran la planicie seca, de los

secos y fecundos terrones de tierra castellanos. Para los que olvidaron sus escritos, para los que silenciaron su nombre, para los que ocultaron la historia, para los que se burlaron su pensamiento, para ellos se reproducen los testimonios citados de un hombre que, por su amor a España, hizo de su vida un sacrificio inmortal.

Ramiro Ledesma y el Fascismo

Ramiro es filosofía en acción, pensamiento, reflexión, madurez intelectual, profundidad y estilo. Sus años jóvenes los consume atravesando las simas del intelecto. Lee a Ortega y se siente atraído por la filosofía de Nietzsche la cual desmenuza, asimila, intuye y le apasiona. Es un espíritu moderno de nuestro siglo, que siente un profundo amor por España, por esa España que se hundía en los fangos de la Historia y que culmina intelectualmente en el proceso del noventa y ocho y política y socialmente con los avatares rojo-republicanos.

Antes de iniciar su derrotero político, escribe ensayos y artículos de filosofía fundamental, donde deja traslucir sus teorías de fuerte individualismo superador, integral, defendiendo con tesón y con garra --garra hispánica rampante - "la energía del luchador puro frente a la adversidad con que le bate la vida". El profesor Montero Díaz comenta: "La influencia temprana de Nietzsche. unida a un fuerte temperamento juvenil, presta a estas primeras producciones de Ramiro Ledesma un tono duro y arisco".

Se conecta con la Revista de Occidente y así puede entablar relación directa con su maestro Ortega y Gasset y posteriormente se vincula el equipo de "La Gaceta Literaria" donde conoce a Giménez Caballero y en la que escribe artículos de gran trascendencia ideológica y temperamental.

Concibe el valor universal del Fascismo no como idea exclusiva y excluyente de Italia, cuna de su acuñación, sino como un hecho o fenómeno mundial y comenta: "Es evidente que una pesquisa del fascismo, un examen de éste, no ya como régimen concreto de un país determinado, sino como precepto mundial operante, es una empresa lícita y posible. Podemos, en efecto, poner en fila una serie de características, de perfiles, de propósitos y de sueños, que nos entrega con claridad perfecta la figura exacta del Fascismo, como fenómeno mundial. En el sentido de ese concepto, y solo en él, cabe hablar del Fascismo, o fuera de Italia, es decir, adquiere esa palabra capacidad universalista".

A continuación explica y desarrolla su tesis diciendo: "Podrá ser objeto de investigación el porque ha adquirido esa palabra, ese concepto político, amplitud mundial. Es decir, podrá preguntarse cada uno cuál es el secreto de su tránsito, desde la proyección episódica y concreta sobre Italia, hasta la significación mundial que hoy tiene. No nos interesa a nosotros hacer aquí esa investigación. Sólo nos fijamos en dos factores, que sin ser desde luego los únicos, ni quizá los de más profundidad, han influido consideradamente en la universalización del Fascismo.

"Helos aquí:

1) Su tendencia al descubrimiento jurídico político de un Estado nuevo, con la pretensión histórica de que ese Estado signifique, para el espíritu y las necesidades de la época, lo que el Estado Liberal-Parlamentario significó en todo el siglo XIX, hasta la Gran Guerra.

2) Su estrategia de lucha contra una fuerza social —el Marxismo, el partido clasista de los proletarios— venciéndola revolucionariamente, y sustituyéndola en la ilusión y en el entusiasmo de las masas".

Acomete Ramiro la empresa gigantesca de componer y lanzar un semanario que constituyera acervo cultural y político de las ideologías dominantes en Europa. En España saldría contracorriente, pues su primer numero lleva la fecha del 14 de marzo de 1931, es decir, exactamente un mes de diferencia y avance a la proclamación de la Segunda República. La vida del semanario fue difícil y breve, apenas seis meses. Dura por las correcciones implacables de la censura liberal republicana, por sus secuestros, por las constantes persecuciones, por las dificultades de índole económica. "La Conquista del Estado" fue una publicación combativa y doctrinal, radical e intransigente, una llamarada

de esperanza y un toque de atención. Ramiro escribe al respecto: El día 14 de marzo de 1931, justamente un mes antes de la proclamación de la República, comenzó a publicarse en Madrid un semanario político, "La Conquista del Estado", en cuyos números se encuentran todos los gérmenes, las ideas y las consignas que luego, más tarde, dieron vida y nombre a las organizaciones y a los partidos de tendencia fascista que hoy conocemos.

"El examen de las colecciones de ese periódico, que duró seis meses, es, por tanto, imprescindible para conocer los orígenes de los movimientos fascistas españoles, ya que viene a constituir, en el orden histórico, su primer antecedente, su primera manifestación, su primera semblanza".

En las líneas precedentes, Ramiro se siente el introductor del Fascismo en nuestra Patria, su afán, su ardor combativo, su estilo y sus disquisiciones intelectuales. Se considera el portador de la bandera de las nuevas tendencias fascistas en España, el que marcha a la cabeza, el avanzado, el innovador, Allí, en sus escritos, en sus columnas, encontramos las frases que se hicieron consignas, los argumentos que fueron razonamiento y justificación los símbolos que han hecho historia, las formas que dieron continente al contenido.

Hay una nota de interés que resaltar en los densos ejemplares de "La Conquista del Estado". En el número 6 correspondiente al I8 de abril de 1931, en la página tercera y a tres columnas, aparece un artículo cuyo autor es Adolfo Hitler sobre "Propaganda y Organización Política" y en cuyo encabezamiento figura con letra negrilla destacada "Especial para "La Conquista del Estado". No sería ésta la única vez que el Caudillo del Nacionalsocialismo alemán escribiría como colaborador extranjero del semanario que dirigía Ramiro Ledesma, pues en el número 16, que lleva data del 30 de mayo, volvería la pluma de Hitler a ilustrar con su colaboración la revista sobre "La Mecánica de los viejos Partidos Parlamentarios", esta vez a cinco columnas. También aparecería entre los colaboradores del periódico el Duce de Italia, Benito Mussolini, en el número 15, hablándonos de "Emigraciones y Política Colonial".

Existe otro dato significativo en cuanto al núcleo redactor y propulsor del semanario. A las pocas semanas de iniciada su andadura, no se contentan con hacer una reseña de libros de actualidad, comentándolos en una crítica de elevado intelecto. En el número nueve aparece un reclamo o aviso "A nuestros lectores" participándoles que "Muy pronto editaremos libros políticos del mayor interés, Están en prensa "MI BATALLA" (El Movimiento Nacional Socialista), Por el genial Caudillo Adolfo Hitler". El libro, por obvias razones de falta material de tiempo durante el periodo en el que apareció la publicación, no llegó a ver la luz) pero es sintomático que el primer libro a editar por el grupo de "La Conquista del Estado" fuera precisamente la obra fundamental de Hitler y además ser los introductores en España, por ser la primera traducción que se vertiría a nuestra lengua, de esa magistral obra de Hitler que aparecería posteriormente en 1935, editada en Barcelona, bajo el título de "Mi Lucha".

Al hojear con mirada retrospectiva la colección de "La Conquista del Estado", entresacamos, de su completo contenido, algunas citas sobresalientes sobre el tema que nos ocupa: En la portada, a toda plana, del número 2, apareció la siguiente proclama de Ramiro: 'Españoles jóvenes: En pie de guerra!. Para salvar los destinos y los intereses hispanos, "La Conquista del Estado" va a movilizar juventudes- Buscamos equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha'. Y en el mismo número apareció un amplio comentario debido a R.L.R., director y mentor ideológico del Semanario, sobre el Nacional Socialismo alemán en el que se transcribían íntegros los veinticinco puntos de la norma programática del Partido de Hitler y en el que se podían leer frases como: "Las fuerzas de Hitler si tienen pocos periódicos, realizan, en cambio, una propaganda directa, de mitin, no igualada por nadie. Desde Hitler

—que es un magnífico y genial orador— hasta el último nacionalsocialista, muestran gran preferencia por los mítines populares", afirmando que "La actuación de los nacionalsocialistas es revolucionaria" y concluyendo en la última parte del trabajo con unas breves pinceladas sobre los hombres del Nacional Socialismo: "En primer lugar, Hitler. Es su artífice innegable. Su energía y sus propagandas han dado al Partido eficacia y cohesión. Nació en 1889 y tiene por tanto, cuarenta y un años. esta, pues en su plenitud física y tiene la adhesión ciega de sus partidarios... Intervino en la guerra europea en los ejércitos alemanes y posee amplia capacidad de organizador. Es un orador sobresaliente y preciso que triunfa ante el pueblo de modo rotundo".

Leemos en sus páginas el comentario a la obra del escritor Curzio Malaparte, filósofo fascista, cuando Ramiro comenta: "Curzio Malaparte es uno de los temperamentos más interesantes que ha destacado el Fascismo. Sólo en una lucha así para la que eran requeridas toda clase de armas, pudo aparecer el vivo ademán de este hombre, enarbolando la pluma y la pistola. Sus libros fascistas son certeros y magníficos, y fijan la experiencia italiana en su perfil más exacto y bello. El lector español conoce ya uno de sus libros, traducido por Giménez Caballero. Al frente de esa traducción, este querido camarada nuestro puso un prólogo famoso, que quedé ahí como primer grito de la España naciente",

Sistemáticamente, número tras número, publicaban un texto de exigencias políticas bajo el epígrafe "Pedimos y queremos" entre cuyas querencias estaba la de que "Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política", petición que ya era realidad en los regímenes y partidos fascistas que cabalgaban por el viejo continente, como escribiría Lamour desde las mismas trincheras en las páginas del Semanario "Giovinezza, canta toda la juventud italiana... en el hombre que les conduce está la juventud que ellos aclaman, y este orden voluntariamente consentido, en medio del cual se sienten eficaces. Y la grandeza que les rodea, sin la cual la vida no tiene valor... Los hitlerianos constituyen la Alemania joven y ardiente que se reagrupa, espera y canta".

Aparecen consignas contundentes. Escritos cortos que suenan como rayos, trallazos que tratan de despertar las conciencias dormidas o aletargadas de nuestros jóvenes imperiales. En uno de esos sueltos Ramiro, con letras de molde de gran relieve, escribe: "Se tambalea la democracia burguesa y parlamentaria en Alemania. Hurra por Hitler!".

Ramiro, en su libro "¿Fascismo en España?" nos habla del núcleo que se apiñó junto a él en la difícil tarea de "La Conquista del Estado" haciendo un bosquejo de sus personas, sus ilusiones y su anhelo político. Cuando concluye su mención afirma: “Tales fueron quienes redactaron "La Conquista del Estado", A ellos se debe la primera piedra que puede identificarse en España como Fascista".

Sobre la aparición de las JONS escribe: "En uno de los últimos números de "La Conquista del Estado", el correspondiente al 10 de octubre de 1931, se anunciaba la próxima organización de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), y en un articulo de su director se indicaban las orientaciones y tácticas de las JUNTAS. Es así como, incluso sin solución de continuidad, se enlaza con el periódico el nacimiento de la primera organización conocida en España como influida por el Fascismo: las JONS", ésto lo escribía Ramiro, con el seudónimo de Roberto Lanzas, en 1935.

Las JONS adoptaron como emblema las flechas yugadas y Ramiro en su libro citado comenta cual fue el origen del símbolo: "Por cierto, que la elección de ese emblema contiene una anécdota curiosa. Se proponían varios. Unos, un león rampante. Otros, un sol con una garra de león dentro. Etc. etc. Entonces, Juan Aparicio, que habla estudiado Derecho en la Universidad de Granada, recordó ante el grupo que don Fernando de los Ríos, el líder socialista, explicando un día en su cátedra de Derecho Político una lección sobre el Estado Fascista, después de hacer alusión al emblema líctorio del hacha y de las vergas, dibujó en la pizarra el haz de flechas y

el yugo, diciendo que éste seria el emblema del Fascismo, de haber nacido o surgido en España. Unánimemente fue reconocido por todos como el símbolo profundo y exacto que se necesitaba. Y no deja de tener interés esa especie de intervención que corresponde al profesor marxista, en el hallazgo de un emblema magnífico para los fascistas españoles".

A Ramiro le encontramos escribiendo colaboraciones entre el equipo de redacción del periódico “El Fascio" que haría su aparición súbita y fulminante el 16 de marzo de 1933, justamente dos años y dos días después de que apareciera el Semanario patrocinado por Ledesma Ramos en 1931.

Al hacer un análisis sobre la tarea y los resultados de la Revista "JONS", en septiembre de 1935, escribía Ramiro haciendo historia reciente próxima pasada: ‘La revista mensual JONS cumplía su misión orientadora de un modo magnifico. Su colección es hoy la única referencia teórica y la única fuente donde aparecen explicadas las consignas del jonsismo. Puede decirse que el movimiento jonsista salió integro de la revista. En ella surgieron tanto el vocabulario como las ideas, los gritos y la bandera que han sobrevivido a todas las peripecias internas del Partido y que hoy constituyen la única sustancia sugestiva, fresca y nueva, incorporada por los grupos fascistas".

Comentando la iniciativa y vitalidad de los Sindicatos Nacional-Sindicalistas, organizaciones de reivindicación laboral, encuadramiento profesional y centros de lucha por implantar la justicia social en el mundo del Trabajo, Ramiro precisa la posición de dichas centrales sindicales, organizadas al amparo de F.E. de las JONS que, "Los sindicatos de carácter fascista no tienen por qué basarse en un riguroso sentido profesional, apolítico. Todo lo contrario. Pues les informa en el fondo un sentido de pelea y de rivalidad contra el marxismo, precisamente en lo que éste tiene de tendencia política bien marcada y clara. Sólo un Partido Fascista vigoroso puede dar vida a unos Sindicatos Fascistas que estén, asimismo, dotados de vigor. Si el Partido vacila y no desarrolla una línea política eficaz y briosa, sus Sindicatos siguen igual suerte”...

En los sectores políticos europeos se produce una transformación política y social, se da la circunstancia que los dirigentes revolucionarios y las masas abandonan las banderías marxistas y parlamentario-burguesas y sus cuadros entran en bloque a formar parte de las nuevas tendencias de carácter nacional. Este trasvase colectivo lo comenta Ramiro con las siguientes palabras; “Es bien conocido el hecho. Tanto en Italia como en Alemania, la expansión fascista arrebata con frecuencia al marxismo buen numero de combatientes revolucionarios. Estos descubrían el sentido social verdadero y la emoción nacionalista, profundamente popular, del Fascismo".

El libro escrito por Ramiro, que tituló "Discurso a las Juventudes de España", constituye su obra primordial política, donde hace un llamamiento a la juventud con sus postulados nuevos y revolucionarios. Dedica una gran parte del volumen a desmenuzar y enjuiciar las revoluciones políticas de Italia con su Fascismo en el poder y de Alemania con el Nacionalsocialismo incipiente. Su disgresión sobre estos temas ocupan gran parte del contenido del libro, páginas y páginas de desmenuzamiento de toda la carga ideológica y sustantiva de esas corrientes fecundas y fecundantes que se extendían como una mancha de aceite sin contención dialéctica ni de raciocinio adverso. Sus argumentos y la fuerte personalidad de sus líderes eran irrefutables y titanes,

Vamos a dar, en apretado resumen, los párrafos más incisivos en su "Discurso a las Juventudes de España” sobre el Fascismo Italiano:

"El triunfo del Fascismo en 1922, y sobre todo su victoria definitiva contra todas las oposiciones en 1925, que es realmente el hecho que lo aposenta y consolida, equivale a la primera réplica que dice NO a la Revolución boIchevique mundial. El fenómeno tiene un interés culminante para percibir el cauce exacto por donde discuten las nuevas formas europeas. Pues ya hoy, a los trece años de Régimen Fascista, es ingenuo, y desde luego falso, pensar que Mussolini congregó en torno

a los haces lictorios a las fuerzas pasadistas y regresivas de Italia, para contrarrestar y detener la ofensiva bolchevique con la instauración de un poder reaccionario. Esa interpretación del Fascismo es absolutamente errónea, y si a los efectos de batalla política, de la agitación y de la estrategia revolucionaria, la hacen suya los partidos y las organizaciones marxistas, es seguro que ni el más fanático de sus dirigentes lo estima y juzga de ese modo.

"Mussolini organizó y dirigió el Fascismo con arreglo a una mística revolucionaria. Y lo que de verdad hace de él un creador y un inventor, es decir, un caudillo moderno, es precisamente haber intuido o descubierto, antes que nadie, la presencia en esta época de una nueva fuerza motriz con posibilidades revolucionarias, o lo que es lo mismo, la presencia de una nueva palanca, de signo y estímulos diferentes a los tradicionalmente aceptados como tales, pero capaz también de conducir a la conquista revolucionaria del Estado...

"Que el fenómeno fascista pertenece al orden de los acontecimientos revolucionarios nutridos con un estricto espíritu de la época, es para nosotros un hecho incontestable. ¿Qué hemos de pedirle en estos tiempos a un hecho político destacado para poderlo situar en la órbita revolucionaria, en la línea subversiva de servicio a la misión creadora y liberadora que corresponde a nuestra época?. Sencillamente lo que sigue:

1) Que contribuya a descomponer las instituciones políticas y económicas que constituyen el basamento del régimen liberal burgués, y ello, claro, sin facilitar la más mínima victoria a las fuerzas propiamente feudales.

2) Que al arrebatar a la burguesía el papel de monopolizadora de todo el timón dirigente edifique un nuevo Estado nacional, en el que los trabajadores, la clase obrera, colabore en la misión histórica de la Patria, en el destino asignado a "todo el pueblo".

3) Que tienda a subvertir el actual estancamiento de las clases, postulando un régimen social que base el equilibrio económico, no en el sistema de los provechos privados, sino en el interés colectivo, común y general de todo el pueblo.

4) Que su triunfo se deba realmente al esfuerzo de las generaciones recién surgidas, manteniendo un orden de coacción armada como garantía de la revolución.

Es evidente que el Fascismo italiano admite ese cuadrilátero y que los fascistas creen de veras que ese es el sentido histórico de la marcha sobre Roma...

Mussolini rectificó, con el Fascismo, la línea que los bolcheviques se afanaban en presentar como la única con derecho a monopolizar la subversión moderna. Para ello, lo primero fue considerarla como desorbitada y monstruosa en su doble signo primordial y característico: la dictadura proletaria y la destrucción de "lo nacional"; es decir, el aniquilamiento político absoluto de todo lo que no fuese ‘proletario‘ y el aniquilamiento histórico, igualmente absoluto, de la Patria.

El Fascismo estaba conforme, sin duda, en reconocer la razón histórica del proletariado, la justicia de su ascensión a ser de un modo directo una de las fuerzas sostenedoras del Estado nuevo. No aceptaba su carácter único, su dictadura de clase contra la nación entera, y menos aun que eso aceptaba el signo internacional, antiitaliano, de la revolución bolchevique...

El Fascismo reveló la existencia de unas juventudes, de una masa activa, extraída en general de las clases medias, que se montaba sobre la pugna de las clases, contra el egoísmo y el pasadismo de la burguesía y contra el relajamiento antinacional y exclusivista de los proletarios

Mussolini desmoronó con gran sentido revolucionario las instituciones políticas de la burguesía. Deshizo el parlamento, destruyó las oligarquías partidistas y acabó con el mito de la libertad política, cosas todas ellas que no vacilamos un solo minuto en señalar como un servicio a la subversión moderna. No hay, en efecto, nada más insólito y deprimente que ver hoy a las masas concediendo el más mínimo crédito a esos reductos políticos de la Democracia Parlamentaria, cuya vigencia, además de desmoralizar y corromper a los

partidos obreros, asegurará siempre la victoria a la burguesía, dueña del dinero, y, por tanto, monopolizadora de la gran propaganda, de la prensa y de todos los resortes del triunfo electoral

En los párrafos que a continuación transcribimos, sacados de la obra fundamental de Ramiro 'Discurso a las Juventudes de España' presta su atención de un modo edificante al Nacional Socialismo alemán y a la figura de su gran artífice Adolf Hitler,

He aquí otro gran fenómeno de la subversión moderna que ha crecido y ha triunfado, no sólo fuera de la órbita bolchevique, sino en oposición a ella... ¿Qué es lo nacional?,.. El nacionalsocialista alemán vive ese concepto como una angustia metafísica, operando en él un resorte biológico y profundo: la sangre. Es, por ello, racista. Alemania es, pues, para él, un organismo viviente, que marcha por la historia en plena zozobra, entre acongojada y fuerte, sostenida en todo momento por el espíritu de sacrificio y la vitalidad misma de todos los alemanes.

La síntesis de "lo nacional" y de "lo social" que es para los observadores y comentaristas extranjeros la suprema dificultad vencida por Adolfo Hitler, aparece a la luz del racismo socialista como una empresa de pasmosa sencillez, La agitación en torno a los problemas de índole social económica, la tarea de abordar sus crisis y delimitar ante las masas los propios trastornos y perjuicios que le sobrevienen, resulta en los demás pueblos una cosa en extremo árida, cuya única emoción posible es, si acaso, de índole negativa, a base de ofertas demagógicas que satisfagan las apetencias concretas de los grandes auditorios. Pero en Alemania se produce una variante fundamental, de clarisimo signo racista, y cuyo manejo ha proporcionado realmente a Hitler la victoria. Pues la desgracia de cada alemán no es sólo suya, coincide y se identifica con la desgracia de Alemania, de la Patria entera.

El pueblo alemán comprendió y entendió "la voz" de Hitler, que le hablaba de veras a lo más profundo y real de su naturaleza. Que sublimaba sus angustias diarias, dándole relieve heroico y suprema categoría de catástrofe nacional alemana. Iba así comprendiendo el obrero en paro forzoso, el industrial en ruina, el soldado sin bandera, el estudiante sin calor, el antiguo propietario sin fortuna, toda la gran masa, en fin, de gentes como desahuciadas y preferidas por el sistema vigente, que todas sus miserias y toda su desazón eran producto de un gran crimen cometido contra Alemania, crimen ocultado al pueblo por la cobardía y la traición de los "criminales de noviembre", edificadores del régimen de Weimar y verdaderos cómplices de todos los actos realizados contra Alemania. Pues constituían partidos y sectas cuyo espíritu era completamente ajeno al espíritu de Alemania, manejados por el judío y elaborados por gentes de otras razas, invasoras y aniquiladoras de la gran raza alemana.

"... Bien sencillo es, pues, el complejo emocional a que obedece el racismo socialista. Pues estamos en presencia de una idea social, de un socialismo, cuyo móvil reside, no en la necesidad de conseguir justicia para los alemanes, como hombres a quienes priva de bienestar un régimen económico injusto, sino más bien en la idea de conseguir para Alemania, como pueblo, como raza, como unidad viviente, el régimen social mejor y más justo.

"... El movimiento hitleriano polarizó desde luego en torno a su cruz gamada la capacidad subversiva de las juventudes. Es ese hecho, ese detalle, lo que hace de él un fenómeno moderno, situado en la línea transmutadora y lo que lo reafirma como valor revolucionario en el proceso mundial en desarrollo y Hitler, al frente de los destinos de Alemania, al frente de setenta millones de alemanes, escoltado por los dos mitos de la raza y de la sangre, es y constituye, sea cual fuere su ulterior futuro, uno de los fenómenos más patéticos, extraordinarios y sorprendentes de la Historia Universal.

Sacando una conclusión sintética de las constantes del pensamiento de Ramiro Ledesma, observamos que las características más punzantes e innovadoras de su ideario, las vertebran, por una parte, el panestatismo, "el único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado. Y dentro de este logran aquéllas plenitud.

Corresponde al Estado la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo hay. Defendernos por tanto un panestatismo ...", también el férreo y radical nacionalismo proyectado hacia el interior," frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos la bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales", por otro lado, el antimarxismo, "nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo asimismo, el sindicalismo nacional," el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía" y por último, la organización de jerarquía y disciplina de los militantes," buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresía frente al fusil ni a la disciplina de guerra.

En estos cinco conceptos se estructuran y condensan los basamentos de mayor consistencia de un ideario que fue un símbolo, de una ilusión que pudo ser realidad, de un empeño que ofrendó la vida de los capitanes, de una ideología, de raíces fascistas, que todavía permanece incólume e inédito en su esencia, por no haber forjado en la conciencia social práctica su realización revolucionaria.

Ramiro, sin patetismos ni lirismos desusados, sino con rigor y método, con teoría y matemática, apuntó y fue iniciador de la última gran revolución del pensamiento humano, superadora de los liberalismos atávicos y del marxismo decimonónico, apuntó, y con visión certera, la revolución del siglo XX, de los hombres y las mujeres de nuestros días, apuntó, y con trazo de honor en nuestra historia, la solución única posible: el Fascismo.

Para acabar con el Fascismo: Europa después del Fascismo

Rodrigo Agulló

El fin de Europa: una idea que en nuestros días se asocia a toda una corriente de literatura lastimera que incide no tanto sobre la idea de *decadencia* –palabra *démodée* donde las haya–, sino más bien sobre la de *desaparición* pura y simple. Europa se diluye en un letargo, preludio de una "muerte dulce", sin drama y sin grandeza; Europa purga sus culpas poniéndose al servicio de un proyecto mundialista, ocultándose detrás de la humanidad. No sólo ideas como patria, pueblo, destino colectivo o *raza* han quedado definitivamente malditas: también todas aquellas que, simplemente, remiten a una dimensión hereditaria, a una determinación colectiva, a una *específica* identidadeuropea. Consecuencia: Europa es hoy poco más que una experiencia piloto de la globalización, o un subconjunto del mercado mundial.

El pensamiento crítico que en nuestros días trata de analizar las razones de esta deriva normalmente busca explicaciones entre determinados fenómenos ideológicos, tales como el relativismo posmoderno, el individualismo narcisista, el consumismo, los complejos de culpa o el etnomasoquismo. Pero este tipo de análisis –por lo demás plenamente válidos– siempre estarán incompletos si no señalan con claridad dónde se encuentran buena parte de los orígenes directos de aquello que se denuncia.

¿Existir después de Auschwitz? Esta frase tantas veces repetida, repetida hasta la saciedad, es la inscripción que figura en la losa que amenaza con sepultar definitivamente a Europa bajo el peso de la culpa. Levantar esa losa, hacerla trizas, sólo podrá lograrse cuando definitivamente se haya logrado pasar página y confinar sin ninguna reserva el más negro capítulo de la historia europea en el lugar que

por derecho le corresponde en la historia universal de la infamia.

Entendámonos. Hoy todo el mundo –entiéndase: todo el mundo *normal*, y no aquellos que, prisioneros de sus odios, obsesiones y mitomanías, serían más bien objeto de estudio psicopatológico– asume el carácter intrínsecamente inhumano, destructivo y criminal del nazismo. Lo que ocurre es que, todavía hoy, algunos sectores de lo que en nuestros días se llama "movimiento identitario" (así como en ciertos ambientes "de derechas", por no hablar de la extrema derecha) no se resisten a la tentación de, en cierto modo, "contextualizar" la experiencia nazi. Así, ésta se deplora como el producto de unas circunstancias en las que las culpas estaban muy repartidas, o se recuerda que frente a los nazis también se encontraban otros actores que cometían atrocidades igualmente execrables. Se trata de un discurso en el que –quizá por reacción extrema frente a nuestra época– subyace también una cierta ambigüedad, o una inconfesada sugestión por la forma teatral y aparatosa en la que el nazismo exaltaba aquello de lo que hoy más carecemos: un sentido de orgullo colectivo, las ideas de identidad y de comunidad de destino. Y la nostalgia por un cierto ideal europeísta que fue tardíamente explotado por los nazis para conseguir aliados. Veamos.

¿Puede hablarse de un "europeísmo nazi"? ¿Supuso 1945 la "derrota de Europa"? Que la victoria final del nazismo hubiera supuesto el fin de Europa tal y como la conocemos es algo que cae de su peso si simplemente examinamos el proyecto que Hitler y sus secuaces tenían reservado para el continente: convertir toda su mitad central y oriental en su *Lebensraum*, y lo que entonces eran Polonia y la Unión Soviética en una gran colonia alemana. Y para ello había que erradicar una de las grandes culturas europeas: la cultura eslava –San Petersburgo debía desaparecer en las marismas de las que surgió–, y reducir a sus habitantes a un estado de pieles rojas semisalvajes al servicio de rubicundos granjeros teutónicos. Claro que fue el pueblo ruso –el *pueblo ruso*, y no el comunismo– el que hizo añicos este designio, y de paso liberó al mundo de semejante engendro.

Que esa perspectiva de patanes, tan materialista como vulgarmente pedestre –a pesar de todos sus aditamentos propagandísticos de "cruzada" contra el bolchevismo– fuera el objetivo supremo del esfuerzo de guerra nazi sólo puede explicarse por el carácter desoladoramente mediocre de su ideología. Porque el núcleo de la ideología nazi –más allá de su estética, de todos sus guiños al romanticismo germánico y de un misticismo telúrico que todavía fascina a algunos necios– no era más que un *chauvinismo germánico* típicamente decimonónico, fundido con un militarismo cuartelero y un vulgar *darwinismo social* que se pretendía "científico" y que sustituía el axioma marxista de la historia como "lucha de clases" por el de la historia como "lucha de razas": dos simplificaciones aptas para que los tontos vean la luz.

Que ése era el núcleo íntimo de la ideología nazi –tan pseudocientífico como absolutamente materialista– lo sabemos hoy bien por las confesiones de su líder ante los más íntimos acólitos, en las que cínicamente se burlaba de los delirios místico-germánicos de algunos de sus devotos allegados. El nazismo no era, pues, más que *una cuestión de poder*. De poder material, de *dominio* en su sentido más brutal. Sobre Alemania primero, luego sobre Europa, luego sobre el mundo. En este sentido, el nazismo era poco más que un nihilismo. Algo que entendió muy bien el que posiblemente fuera el más listo de entre los jerarcas nazis: el "tecnócrata del poder" y arquitecto del Holocausto, Reinhard Heydrich.

Y eso es algo que nunca entendieron los auténticos creyentes, tales como Alfred Rosenberg (posiblemente el más tonto de todos los nazis de primera línea). Y entre todos esos creyentes fabricarían un *kitsch* ideológico apto para las ensoñaciones bobaliconas de los pequeños burgueses, para el alivio de las frustraciones y alimento de los delirios resultantes del trauma de la primera guerra mundial. Porque el nazismo está lleno de *kitsch*. Una irreprimible cursilería que se manifiesta en sus productos culturales, en las idealizaciones sensibleras de su "arte popular",

en el *pompiérisme* amazacotado de su pintura y escultura, en la fastuosidad de nuevo rico de su arquitectura, y no digamos en esa lamentable parafernalia geométrica que hoy sólo movería a risa si no estuviera asociada a tantos crímenes.

Nada ha quedado de válido entre los productos culturales generados por y en torno al nazismo. Nada que de lejos que pueda compararse a los artistas, escritores o intelectuales que sí dieron su apoyo al fascismo en otros países europeos, tales como Italia o Francia. Tras el esplendor cultural de la república de Weimar, el nazismo instaló un erial que silenció o lanzó al exilio interior o exterior a todos aquellos que tenían un mínimo de dignidad intelectual o moral, incluidos aquellos representantes de la llamada "Revolución conservadora" que, si bien en un principio pensaron que la cosa podía reconducirse, muy pronto vieron la que se les caía encima: un dirigismo cultural implacable, dirigido a troquelar los cerebros de los alemanes en una masa de autómatas de pelo corto e ideas al pelo, de carne de cañón lista para que su *Führer* pudiese imponer –primero a Alemania y después al mundo– su cosmovisión de cabo chusquero.

El nazismo como empresa de dominio. Al servicio de Alemania, *no de Europa*. O de una Europa germanizada, estratificada en vagones de primera, segunda y tercera clase según su grado de servilismo a un Berlín instituido en capital del mundo, o de su proximidad genética a la sedicente "raza aria": entelequia producto de las elucubraciones de una retahíla de *freaks* intelectuales que hoy harían las delicias de cualquier plató de circo televisivo.

El nazismo como empresa de dominio. Una empresa que, para asegurarse un apoyo popular amplio, utilizó el instrumento más rastrero posible: identificar un chivo expiatorio indefenso y señalarlo como víctima propiciatoria. Que los judíos alemanes eran patriotas alemanes –de entre todos los judíos de Europa, los mejores patriotas de su nación adoptiva– es algo indiscutible. Que los judíos alemanes ayudaron como nadie a Alemania durante los siglos XIX y XX a arrebatar la primacía intelectual y cultural a Francia y Gran Bretaña, es también indiscutible. Y que todo eso no les valió de nada, hoy lo sabemos demasiado bien. En el nazismo confluyen todas las alucinaciones conspiracionistas, todos los prejuicios y todos los odios atávicos que, bajo la forma del antisemitismo, constituyen uno de los peores detritos de la historia intelectual europea.

Hoy conocemos demasiado bien el resultado. Yerran miserablemente todos aquellos pseudohistoriadores e ideólogos que, ya sea desde posturas revisionistas o "negacionistas", se afanan en una contabilidad macabra para intentar demostrar lo indemostrable: que los varios millones de judíos que entonces existían en Europa desaparecieron poco menos que por ensalmo. Porque lo esencial aquí –a los efectos de la categorización moral del nazismo– no es que la cifra total de judíos asesinados sea o no de 6 millones (o de cuatro y medio, o de siete u ocho), o que tantos o tantos cientos de miles hubieran perecido en las cámaras de gas o por un balazo en la cabeza. Lo esencial es el hecho de que *el genocidio tuvo lugar*, un genocidio premeditado, consciente e intencionalmente organizado por los nazis. Allí por donde pasaron, los ejércitos alemanes fueron liberando todo lo más abyecto: los odios, las envidias y los prejuicios acumulados –también las codicias y miserias– de entre las poblaciones ocupadas, para dirigirlas en una espiral de violencia contra una población indefensa. El resultado final fue la destrucción de los judíos de Europa.

Es aquí donde el nazismo alcanza su grado específico de abyección: en la industrialización de un designio de exterminio, en la racionalización burocrática de la barbarie. Algo que es aplicable también a la forma nazi de *hacer la guerra*. La guerra en Rusia se plantea ante todo como una *guerra racial* o biológica, como una empresa de exterminio de la que explícitamente se excluyeron todas las viejas reglas de caballerosidad y de respeto al vencido. ¡Cuanta más *civilización* –aún dentro de la barbarie de toda guerra– tuvieron un siglo y medio antes los conflictos napoleónicos! Con los nazis, el viejo *ius belli* europeo se vio sustituido por una contabilidad

de carniceros. No podían obrar de otro modo quienes no dudaron en pisotear la más elemental norma de humanidad: la defensa del débil, el respeto al indefenso. Y aún así, como un trágico sarcasmo, los nazis pretendían encarnar la idea de Europa.

Porque hay muy poco de europeo en el nazismo. Y sí mucho de *específicamente antieuropeo*. Porque lo que desde los albores de Grecia hizo la especificidad de la civilización europea fue la idea de ciudadanía, del gobernante como *primus inter pares*, de la libertad individual, de la democracia. Todo lo contrario de esa supresión de las libertades y de esa anulación de los individuos en una masa de comulgantes, en la instauración de un culto al líder presentado como poco menos que un semidiós. Lo cual tiene muy poco de europeo y sí mucho de *oriental*.

Y si –a pesar de todo– la experiencia histórica de la Alemania de entonces sigue concitando entre algunos un cierto morbo teñido de admiración, no puede serlo en base a lo específicamente nazi de la experiencia, sino más bien a algunas de las cualidades propiamente alemanas que, una vez más, salieron a la luz durante aquellos años: el coraje, la capacidad de resistencia, el sacrificio y la determinación de batirse hasta el fin. Y también porque esas cualidades se pusieron al servicio de valores no necesariamente negativos (las ideas de patria, de comunidad, y una cierta concepción heroica de la vida), aunque luego fueran demagógicamente deformados. En realidad se trata de una nostalgia estúpida, porque todo ello redundó en una locura criminal. Y porque además conviene no olvidar que el nazismo no fue sino una deformación malsana del carácter de una nación: fueron los aspectos negativos esas mismas cualidades (el conformismo, la disciplina acrítica, la rigidez ordenancista, el *miedo a la libertad* en suma) los que hicieron posible el ascenso del nazismo y su mantenimiento hasta el trágico fin. Cuando se quiso reaccionar, ya era demasiado tarde.

El nazismo como *fascismo alemán* –es decir, como la *variante alemana del fascismo*– absorbió en el campo gravitatorio del Mal a las otras formas de fascismo europeo que, como en el caso italiano en los años veinte, al menos en sus primeros orígenes no hacían presagiar el cariz odioso que la empresa fascista adoptaría para el mundo. Pero empeñarse en hipótesis sobre los rumbos que pudo tomar la historia no tiene ningún sentido: la historia es la que es, y no se puede cambiar. El nazismo arrastró irremisiblemente a su tumba a todo el fascismo europeo, que quedó para siempre manchado por su asociación, directa o indirecta, con la empresa criminal del Tercer Reich.

Con un agravante - que nos remite directamente a la época actual: el nacionalsocialismo alemán no se limitó a arrastrar por el fango las cualidades de un gran pueblo. También lo hizo con muchos de los valores que, desde siempre, habían formado parte del acervo de Europa. Es a partir de entonces cuando toda una serie de tradiciones culturales europeas quedaron teñidas de sospecha, el debate de ideas perdió su inocencia y conceptos como patria, pueblo, raza o destino colectivo quedaron definitivamente malditos. En realidad el nazismo marcó el fin de la *vieja Europa*, y en esas consecuencias estamos. Aplicando la vieja máxima latina: si buscas su monumento (el del fascismo), mira a tu alrededor.

En nuestros días, cuando la crisis que vivimos a todos los niveles –crisis de valores, de perspectivas y del modelo socioeconómico de la posmodernidad– lleva a muchos a preguntarse por su identidad y a reivindicar *una cierta idea de Europa* (es el caso de los llamados partidos populistas, de los partidos identitarios o incluso de muchos votantes de los partidos tradicionales), todo intento de reconstitución del vínculo social y de búsqueda de un nuevo *sentido colectivo*, para ser creíble,deberá partir de una asunción clara de por qué nos encontramos donde nos encontramos. Sin ninguna ambigüedad y sin ninguna reserva. Para pasar página de una vez por todas será antes preciso que *todos* echen un definitivo cerrojo: el de la letrina intelectual y moral del fascismo.

© http://www.elmanifiesto.com, períodico política y socialmente incorrecto, 18 de mayo de 2011.

Julius Evola y la crítica al Fascismo

José Luis Ontiveros

Tópicos de la "inteligencia estúpida"

*L*a crítica al fascismo es uno de los hábitos más imbéciles y rutinarios de nuestros contemporáneos, al punto que una izquierda declinante, reciclada en visiones ginecocráticas -feminismo de las ménades posmodernas-, o restringida a un credo humanitario, -todos somos iguales, unos más que otros-, o derivada al colapsado progreso, -no hay mejor credencial que decirse progresista, aunque no se entienda bien qué se espera de un progreso exterminacionista y ecocida-, o atrincherada en el sentido de la historia, -cuando ésta ha demostrado a la saciedad que carece de finalidad y que su tensión es la aventura y el conflicto-, o arrellanada en la lucha puramente reactiva contra el neoliberalismo, -paradoja insostenible, puesto que para Marx el capitalismo y su consolidación son una condición indispensable para la "liberación" de la masa de los esclavos proletarios, de los parias de la tierra, de los desheredados del mundo, concepción cuyo origen radica más en la tradición rabínica del profetismo judío, que en el presunto cientificismo marxista, derivación del positivismo burgués-, estima esta desventurada izquierda de calzador que el mayor enemigo sigue siendo el fascismo, y peor aún, un indefinido neofascismo que acecharía, pese a que no exista o sea virtual, al siglo XXI, para cobrarse la derrota sufrida en el vigesémico.

De ahí que no haya mejor práctica para la moribunda izquierda, derretida por la mantequilla del consumo, que luchar contra el fantasma que recorre el mundo, y éste es el fascismo, al contrario de lo que afirmara el Manifiesto comunista, lo que demuestra que el paso romano es con todos los anatemas que soporta, el mejor paso, el de los vencedores por el Espíritu y el de los señores de la virtus romana y de la Alemania Nibelunga.

Esta crítica se ha convertido en un lugar común y en una forma de dicterio, si alguien en el futbol orina a sus cofrades que ven saltar la bolita es "fascista", si los antimotines "democráticos" emplean sus toletes de manera indiscriminada son "fascistas", si se expulsa a alguien por motivos de conciencia, se incurre en el "fascismo", si una señora gorda pisa a un mongoloide distraido, la salvaje rubicunda es "fascista", y el colmo, si el subnormal Bush, máximo exponente del Sanedrín ,de la Kahal y de la Cábala consuma su genocidio contra el Islam es "fascista". De alguna forma, como señalara con ironía el escritor rumano Vintila Horia ser fascista es algo así como una tautología: lo peor de lo pésimo. Lo que no deja de ser, pese a sus censores moralistas, el irresistible atractivo del derecho a lo abominable.

Esta forma de descalificación ontológica es patrimonio de la civilización democrática-burguesa, por ello el fascismo es una palabra bumerang, que regresa a quien la lanza, y forma parte del repertorio de vituperios de la academia intelectual de los eunucos. Por ello es importante revisar en verdad y con un genuino sentido crítico lo que el fascismo tiene de rescatable, que lo es más en sus intenciones y propósitos, que en sus plasmaciones históricas diversas y discutibles.

La crítica de Julius Evola

Al respecto la mejor crítica hecha al fascismo, en su representación política, bajo la Italia de Mussolini, es la del pensador de la Tradición, el barón Julius Evola, del que se cumple el trigésimo aniversario de su desaparición física, dado que nació en Roma en 1898 y murió el 11 de junio de 1974. Evola es un Maestro de la herencia de la Tradición Primordial, junto con René Guénon, Titus Burckhardt, Frithjof Schuon. La referencia a la Tradición podría definirse como una revelación suprahumana de un orden normal que rigió la existencia de las sociedades ligadas a principios solares y ascendentes, y que Mircea Eliade describe como arcaicas o premodernas.

Julius Evola nunca fue fascista, mas tuvo abiertas simpatías por los movimientos que en el siglo pasado con diferentes formas y matices, pretendieron afirmarse soberanamente en la historia en contra tanto del credo del Tercer Estado y los "inmortales" principios de la Revolución Francesa de 1789 como del Cuarto Estado de la "masa sin rostro" del comunismo, el bolchevismo bovino de 1917 aplicado a los mujiks con el "método filantrópico" del Gulag. Todo ello sin demeritar el respeto que me debe el comunismo nacional y la corriente nacional-bolchevique. Yo soy un nostálgico del comunismo, de su férrea voluntad de victoria, de sus gestas y de su epos heroico, independientemente de mi adhesión a la figura del Comandante Fidel Castro, representante del honor de nuestro Rey Don Felipe II.

Fascismo: forma, fuerza, espíritu y corazón

Así, Corneliu Zelea Codreanu, Jefe de la Legión de San Miguel Arcángel, quien se entrevistara con Evola en Bucarest por 1938, reunión en que estuvo Mircea Eliade, quien luego abjuró de sus principios legionarios por labrarse una carrera en el exilio como prestigiado académico estudioso de las religiones e incansable y brillante escritor, precisó de manera plástica las diferencias fundamentales entre el fascismo, el nacionalsocialismo y la Guardia de Hierro rumana o Movimiento Legionario, empleando para ello una analogía con las funciones orgánicas: el fascismo es la forma, la estética, el orden de la doctrina romana del Estado; el nacionalsocialismo es la fuerza vital, el poder del instinto, la voluntad de poder, de ahí su referencia a la raza y al Volk como la expresión de la plenitud de la vida, y el Movimiento Legionario es el espíritu, por ello Codreanu y la tradición dacia se expresaron a través de la mística y del canto. Su heredero en la conducción del Movimiento Legionario, Horia Sima, luego de que Codreanu fuera asesinado, estrangulándolo, con 13 jefes legionarios, la noche de San Andrés, el 30 de noviembre de1938, crimen que según el príncipe Michel Sturdza, se comprende en los crímenes rituales talmúdicos, escribió en el exilio en España, un libro muy interesante, que acaba de rescatar Ediciones Nueva República, -en su valiosa e ingente labor, la cual se ha impuesto, a contracorriente, a la dictadura del pensamiento único y de la nueva inquisición democrática, con un coraje admirable, que lleva por título Dos movimientos nacionales, mismo que conociera desde 1975, -publicado por Ediciones Europa, Madrid, 1960-, en que hace referencia a la unión eucarística entre la Guardia de Hierro y la Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas en lo que sería, -haciendo una paráfrasis del pensamiento de Codreanu-, el corazón, el que se ilumina por la fe, se angustia por la decadencia "queremos a España porque no nos gusta", y que se enciende por torrentes, y arroja la sangre salvífica por la pasión amorosa del sacrificio y de la muerte: "se alzará como una espiga de la pólvora y la sangre mi bandera"

He aquí una tetralogía wagneriana del fascismo: la forma, la fuerza, el espíritu y el corazón. En el campo opuesto a esta simbología, las heces son las marcas hediondas de la democracia burguesa y el regurgitamiento la expresión más clara del odio proletario. Y hay quien sólo se ventosea y respira su descomposición: es el suspiro culoide del diletante, de quien no toma partido, si no es por él mismo, el letrado descastado, el histrión de los signos. ¿Usted conoce a alguien así…?

El maestro Julius Evola en su obra El fascismo visto desde la derecha (Edizioni Europa,1970) cuyo título fuera IL fascismo con note sul Terzo Reich, que comprende la época posterior a la segunda guerra, en la línea de varios de sus libros que tratan aspectos del debate contemporáneo y que dan una respuesta a la crisis existencial del último hombre de las tinieblas democráticas como Orientaciones (1950), Los hombres y las ruinas (1953), Cabalgar el Tigre (1961)), El arco y la clava (1968), -que en su gran mayoría han sido publicados en castellano por el Círculo de Estudios Evolianos en Argentina que conduce Marcos Ghio, con el sello editorial Heracles-, fija varias posturas en una implacable y lúcida crítica al fascismo desde la

visión de un Ksatriya –casta aria guerrera- a la que perteneciera Evola y que siempre consideró superior a la Brahmánica o sacerdotal, y que es el punto central que nos ocupa.
En este sentido, la crítica de Julius Evola al fascismo, tiene una advertencia, la de que ésta en el periodo de la guerra, no se manifestó con un valor contestatario, en la medida, en que se consideró que las fuerzas que enlazaban con la Tradición, por parte del propio fascismo, podrían rectificar una serie profunda de desviaciones de la civilización moderna, que lo desvirtuaban, y lo despojaban de ser una andadura Iniciática, al término victorioso de la guerra, lo que no pasó de ser un anhelo, toda vez, que el fascismo, en cuanto tal, -de acuerdo a Evola- vale no por sí, no per se, sino por ser una expresión de la herencia de la concepción romana de la soberanía política y su afinidad con un Estado auténtico, que entroncaba con el Imperium –romano y medieval- y con los remanentes de una verdadera autoridad, que en la historia de Italia no tenía ya referentes y puntos de sustento.

¿Una alternativa para Iberoamérica?

Ello es particularmente importante por lo que se refiere a la tradición política, propiamente española, que mantuvo nexos estructurales con el Sacro Imperio Romano Germánico a través de la Sacra, Cesárea y Católica Majestad de Carlos I de España y V de Alemania, e igualmente por la fidelidad a principios superiores de los Habsburgo, y en especial del Rey Católico Felipe II, opuesto decididamente a la expansión mercantilista y protestante que ha erigido el mundo actual de la usurocracia y el capitalismo (Max Weber), sin que por ello Evola reivindique, por su adhesión al gibelinismo, el propósito de mayor hondura del combate de España contra la subversión, mismo que sucumbió ante poderes nefastos coaligados tanto en el episodio de la Armada Invencible, que no fue derrotada militarmente, -según aclara el historiador William Thomas Walsh, en su magna obra Felipe II (Espasa Calpe, Madrid, 1958)-, como por la concentración de un bloque metafísico que representó la Contrarreforma, en una misma línea que es lo opuesto a la depredación borbónica y a la monarquía constitucional domesticada, como a un conservacionismo puramente reactivo y superficial, que nada tiene que ver con una doctrina trascendente del Estado. Mas en el caso de Iberoamérica, el ejemplo italiano –al que se refiere Evola- es muy aplicable: "En cuanto al pasado italiano mismo, hemos dicho que desgraciadamente no hay gran cosa que extraer para la definición del punto de vista de una verdadera Derecha. En efecto como cada uno sabe, Italia se unificó en tanto que nación principalmente bajo la influencia de las ideologías procedentes del Tercer Estado y de los "inmortales principios"de1789, ideologías que no han jugado un papel puramente instrumental y provisional en los movimientos del Risorgimento" (El fascismo visto desde la derecha).

Este es precisamente el escenario desolador prevaleciente en Iberoamérica con los movimientos de insurgencia, que tuvieron genéricamente como modelos las revoluciones francesa y norteamericana, así como la influencia deletérea de la fracmasonería, que se distinguió como un instrumento jacobino al servicio del expansionismo del pueblo elegido por el destino manifiesto, en la transposición que los yanquis toman de la herencia bíblica protestante y de su referencia a Israel, como el nuevo pueblo predilecto de Jehová.

Por ello es que la crítica de Evola es del todo aplicable a la experiencia política Iberoamericana, y ello explicaría la impostergable necesidad de restablecer como nuestros referentes al Imperio español, y en un sentido tradicional, a las estructuras políticas solares no occidentales de los símbolos originales de Aztlán y a la determinación guerrera azteca, como al sentido de la guerra sagrada -Xochicayotl-, que contienen en sí, un valor regenerativo fundado en la barbarie como centro de los nuevos valores (Nietzsche), opuestos –en nuestros días- a la subversión democrática y colectivista, y al propio marco oocidentafílico del neocolonialismo, ver al respecto mi libro Apología de la barbarie (UAM,1987,

Barbarroja, España, 1992, Huguin, Portugal, 1997).

Superación de la izquierda y de la derecha

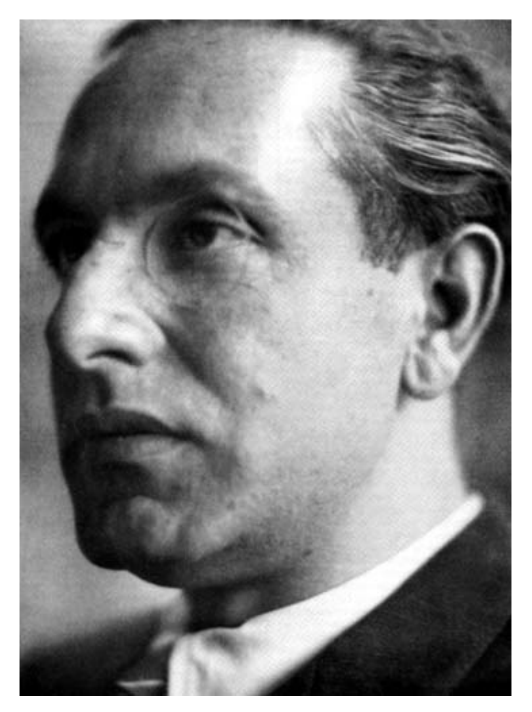
Evola aclara que su referencia a la derecha, no es en función de la dualidad del régimen demoparlamentario de los partidos, en oposición a una izquierda que se guía por la misma lógica, lo que sería tomar como punto de partida la degeneración partidocrática, involutiva y destructora, o las falsas restauraciones de un artificial orden conservatista, cuando en rigor nada existió en esas manifestaciones reaccionarias que fuera digno de ser conservado: "En principio representa, o debería representar, una exigencia más elevada, debería ser depositaria y afirmadora de valores directamente ligados a la idea del Estado verdadero: valores en cierta forma Centrales, es decir, superiores a toda oposición de partidos, según la superioridad comprendida en el concepto mismo de la autoridad o soberanía tomado en su sentido más completo" (las citas que se hacen a continuación corresponden al libro mencionado).

Esta referencia de Evola se hace en función de valores permanentes y no de las condiciones externas cambiantes, sujetas al agotamiento o a la deformación, que se sitúan: "naturalmente en un momento dado en el pasado, no tiene y no debe tener incidencia angular en toda hojeada que quiera recoger lo esencial y no sucumbir al embrutecimiento Historicista".

Mitologización y denigramiento

De ahí que se refiera a dos graves peligros en la comprensión cabal de las ideas-fuerza de la Tradición, retomadas por el fascismo, que se expresan por la "mitologización y el denigramiento": "El fascismo ha sufrido un proceso que puede calificarse de Mitologización y la actitud adoptada respecto a él por la mayor parte de las gentes reviste un carácter pasional e irracional, antes que crítico e intelectual.". Ello da lugar a una idealización nostálgica e insostenible del fascismo, que niega sus aspectos negativos como en contrapartida, denuncia, la aplastante "pasión partisana" con su enorme maquinaria de propaganda orwelliana, dedicada a la denigración sistemática de este movimiento, lo que da lugar a: "la construcción de un mito del fascismo en el cual se evidencia, de manera tendenciosa, sólo los aspectos más problemáticos del fascismo, a fin de desacreditarlo y hacerlo odioso en su conjunto".

Esta corriente de denigración que nunca acude a las fuentes del pensamiento fascista, sino a imprecisas interpretaciones sectarias es la hegemónica, y la que norma el romo "criterio" de los mandarines de la nomenklatura intelectual para rechazar al fascismo sin conocerlo, como un prejuicio consagrado por la estulticia compartida por la ignorancia y el temor pánico a que alguien pudiese identificarse como "fascista", lo que no deja de mostrar la hipocresía y fragilidad de los pontífices de bolsillo que graznan como los gansos capitolinos o cacarean gallináceamente contra lo que los refleja, y que califican, sin el mínimo rigor intelectual como fascismo. ¡Qué pena ajena produce tal espectáculo de moralina galilea y burguesa, en la –inextinguible- hora de los enanos¡



Julius Evola

Este problema de apreciación se acrecienta, si se piensa, además, que el meollo

de la cuestión si bien reside en el análisis de la estructura del sistema fascista, en su organización estatal e institucional, considerando la existencia del fascismo del Ventenio, y otro muy distinto en el plano ideológico, que surge con la República Social Italiana. El Ventenio se presenta como una depuración de elementos revolucionarios, como la tradición anarquista de los Camisas Negras, el sindicalismo de Sorel y la proyección socialista del propio Mussolini, que hizo decir a Lenin: "Mussolini es el único hombre que garantiza el triunfo del socialismo en Italia", que si bien, son estimados por Julius Evola como un decantamiento de la doctrina o purificación de la idea romana del Estado, trajo consigo una serie de adulteraciones perniciosas como la coexistencia con una monarquía espuria, la carencia de facistización en el ejército, la obligada adhesión y militarización de la sociedad, la teatralidad operística kistch y la vigencia del Concordato, de los Tratados de Letrán, suscritos el 11 de febrero de1929, que otorgaron a la Iglesia Católica privilegios inadmisibles en el terreno del culto y de la educación, contradicciones que condujeron a la traición de Badoglio y a la deposición de Mussolini por el Gran Consejo Fascista en 1943.

La República Social Italiana, en cambio, retornó a los principios revolucionarios que Evola considera desviaciones, pero que dieron, a esta etapa postrimera del fascismo, su carácter socialista, cuando el Ultimo Mussolini se alza con los verdaderos fascistas en una defensa épica de principios insobornables que lo conducen a la tragedia, en que su sacrificio lo eleva sobre su postración, en la lucha interna por la Victoria espiritual.

Joseph de Maistre y Donoso Cortés

Por lo que concierne a los juicios de Evola, como podrá observar el lector, se discrepa de algunos de ellos, puesto, que en ese momento, pasada ya su época iconoclasta, dadaísta, neopagana y del superhombre nietzscheano, -se aproxima mucho más a Joseph de Maistre y a Donoso Cortés-, en la línea del pensamienrto contrarrevolucionario, exaltando como el mayor escritor alemán del siglo XX, Ernst Jünger, la figura del pensador español Donoso Cortés: "Un gran espíritu del siglo pasado -(s.XIX)-, Donoso Cortés, habló de los tiempos que preparaban Europa para las convulsiones revolucionarias y socialistas, como los de las negaciones absolutas y las afirmaciones soberanas"

La concepción romana del Estado

Sin embargo, en la perspectiva del pensador italiano, lo auténticamente importante en el fascismo, más allá de las circunstancias históricas siempre polémicas reside en que: "El mérito del fascismo, es pues, ante todo, haber alzado la idea del Estado en Italia, de haber creado las bases de un gobierno enérgico, afirmando el principio puro de la autoridad y de la soberanía política", dado que el Estado, en un sentido naturalista, utilitario, de contrato social, de bienestar y de garantizar libertades negativas a sus ciudadanos, no merece tal apelativo, ya que es la negación de la autoridad firme y trascendente: "un Estado privado en su conjunto de un mito en sentido positivo, a saber, de una idea superior, animadora y formadora, que fuera algo más que una simple estructura de la administración pública".

Por ello la genuina audacia del fascismo reside en los valores que lo religan con una Tradición anterior y superior a su propia doctrina, que en todo caso es posterior a la acción fascista, ya que se trató de un movimiento en que la acción, precedió a la ideología, es el principio de orden que se refiere al sentido hiératico y anagógico, -de elevar hacia lo alto-, de toda verdadera autoridad: "La tradición romana, para Mussolini, no debía ser retórica sino una "idea-fuerza" y un ideal para la formación de un nuevo tipo humano que habría debido tener el poder entre las manos: "Roma es nuestro punto de partida y referencia. Es nuestro símbolo y nuestro mito" (1922), y agrega: "Esto testimonia una vocación precisa, pero también una gran audacia: que era proponerse el tender un puente sobre un abismo de siglos, para recuperar el contacto con la única herencia verdaderamente válida de toda la historia desarrollada sobre el suelo italiano".

El símbolo tradicional del Fascio

Esta es la suprema osadía de Mussolini "tender un puente sobre un abismo de siglos" y para ello nada mejor que el emblema romano del Fascio Litorio: "del que el movimiento de revolución antidemocrática y antimarxista de los Camisas Negras extrajo su nombre y que, según una frase de Mussolini, debía significar "unidad, voluntad y disciplina".

Evola profundiza en el significado del Fascio en la Tradición: "El Fascio, en efecto, se compone de varas distintas unidas en torno a un hacha central, la cual, según un simbolismo común a varias tradiciones antiguas expresa la potencia de lo alto, el puro principio del Imperio".

La pastaciutta de la tripa

La crítica de Julius Evola al fascismo es la más completa y precisa, para todo aquél que se sienta llamado a una misión diferenciada, que aliente en él un afán de radical inconformismo, y un aceptar alegre y vital de la divisa "vivir peligrosamente", aun cuando esta ética viril y un estilo de dureza y disciplina, que ofreció el fascismo a los italianos, haya terminado en una tractoria, siendo devorado como un plato más de pastaciutta, a la que se refiere con desprecio el genial creador del Futurismo, Filippo Tommaso Marinetti, en La cocina futurista, una comida que evitó un suicidio,(F.T, Marinetti y Fillia, Gedisa, Barcelona,1985): "Una vez más, el futurismo italiano se hace impopular con un programa para la renovación de la cocina italiana. El bacalao, el roast-beef y el pudín pueden ser la dieta adecuada para los ingleses; carne guisada y queso para los holandeses; sauerkraut, costillas de cerdo ahumadas y salchichas para los alemanes, pero la pastaciutta es mala para los italianos…Al comerla se desarrolla en ellos ese escepticismo irónico y sentimental que les es típico y que con frecuencia frena sus entusiamos".

El rechazo al totalitarismo

Cabe terminar esta visión panorámica sobre el fascismo refiriéndose a la crítica que hace Evola del totalitarismo y de las "libertades negativas" que tratan de abolir por la racionalización el impulso a la autotrascendencia del hombre: "El principio de una autoridad central inatacable se "esclerotiza" y degenera cuando se afirma a través de un sistema que lo controla todo, que militariza, todo y que interviene por todas partes, según la famosa fórmula "Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado".

Para el Maestro de la Tradición, el Estado es orgánico y no totalitario, coordina y articula la vida colectiva, sin hurgar en la existencia privada, a través de la presencia intangible de su soberanía y de un clima de libertad positiva, en que se admiten zonas de autonomía parcial, actuando por su prestigio y su reconocimiento, sin necesidad de coacción ni de una nivelación burocrática masiva, respetando las vocaciones, y la multiplicidad, en que la camaradería y la libre adhesión a los principios como el respeto mutuo rigen la vida de un pueblo formado y determinado como la nación por la voluntad creadora del Estado, acción "debida a una influencia espiritual, no por medidas exteriores y obligatorias", por lo cual: "La injerencia sistemática del Estado no puede ser un principio más que en el socialismo del Estado tecnocrático y materialista".

El Estado auténtico, entonces, ejerce el *omnia potens* y no el *omnia facens* (Walter Heyndrich).

El problema de la autotrascendencia

Respecto a la libertad, Julius Evola, se refiere a la concepción de Platón que dice: "que es bueno que quien no tiene soberano en sí mismo, tenga al menos un buen soberano fuera de sí mismo", lo que lleva a distinguir entre la libertad creativa y la puramente negativa, esto es, externa, de la que puede disfrutar quien siendo libre en relación a los otros,no lo es en cuanto a sí mismo, a lo que es preciso añadir la distinción: "entre el hecho de ser libre DE alguna cosa y el de ser libre PARA alguna cosa (para cumplir una misión, para servir, para forjar el hombre nuevo, para amar -en el deber- el sacrificio). La libertad negativa, puramente nihilística ha acentuado el sinsentido absoluto de la decadente civilización occidental y su putrefacción planetaria.

Mas precisa Evola que el actual Estado democrático se funda en la reducción de la personalidad y en la prisión ubicua del consumo, tratando de extirpar todo aquello que es vida intensa y elevada, siendo mucho más invasor de las determinaciones propias de la vida privada, a la que regula por los continuos mensajes condicionadores de masas, definiendo el éxito y el fracaso, en función de intereses unidimensionalmente materialistas, a ello se une que la actual sociedad intenta suprimir la tendencia a la autotrascendencia del hombre, que, en realidad, es una forma totalitaria de negar la excepcionalidad, la singularidad y la diferencia, lo que lleva a una conciencia lancinante del absurdo que se expresa en la contracultura negativista, o bien, en una vida empequeñecida, inmovilista y apática: "Hoy con la recuperación de esta quimera de la "racionalización" se tiende a rechazar y desacreditar todo lo que es tensión espiritual, heroismo y fuerza galvanizadora de un mito, precisamente bajo el signo de un ideal ya no político, sino "social" y de bienestar físico. Pero se ha precisado justamente que una crisis profunda es inevitable pues, al fin, *prosperity* y bienestar aburrirán".

El instinto fascista

La precipitada descomposición de Occidente confirma que el instinto fascista del hombre surge de la forma, la fuerza, el espíritu y el corazón, en el combate del heroismo cotidiano por sobreponerse al desplome interno en la vía solar y ascendente, que requiere de pruebas continuas y que cumple con la tensión guerrera, misma que expresa una revuelta metafísica por la afirmación de un estilo de vida diferenciado, lo que ya manifestara Joseph de Maistre al referirse al instinto monárquico, en cuanto que el hombre para ser necesita de un sueño, de un amor apasionado por lo invisible, de una devoción viril y sacra que potencialice al héroe y al santo, por ello el fascismo es la liturgia postrimera de una mística de la potencia, y al ser esto así, el fascismo en su esencia final es imbatib

Las concepciones nucleares, axiomas e ideas-fuerza del Fascismo

Joan Antón-Mellón

*C*omo hipótesis de partida estableceremos un modelo de fascismo clásico genérico. Utilizando para ello el análisis comparativo de tres definiciones de fascismo que gozan de gran prestigio académico por su capacidad explicativa. Capacidad en nuestra opinión aún mayor si las interrelacionamos y comprobamos como las tres se complementan entre si.

Robert O. Paxton: *"Se puede definir el fascismo como una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con elites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones éticas o legales objetivos de limpieza interna y expansión exterior."* (Paxton, 2005)

Roger Griffin*: "El fascismo ha de verse como una forma revolucionaria de nacionalismo guiada por el mito del renacimiento inminente de la nación en decadencia." (Griffin ,2002)*

Norberto Bobbio: "*El fascismo es un sistema político que trata de llevar a cabo un encuadramiento unitario de una sociedad en crisis dentro de una dimensión dinámica y trágica promoviendo la movilización de las masas por medio de la identificación de las reivindicaciones sociales con las reivindicaciones nacionales." (Bobbio, 1981)*

El análisis comparativo de estas tres definiciones se ha efectuado según parámetros interpretativos de localización: del diagnóstico que plantean; su objetivo general; la idea-fuerza de cómo realizar dicho objetivo y, finalmente, los medios estratégicos y tácticos para lograrlo. La conjunción de todo ello nos proporcionará –como nos planteábamos-el

desglose específico de los elementos -ideas-fuerza y comportamientos prototípicos- de la categoría Fascismo Clásico a partir de las definiciones escogidas.

En síntesis el diagnóstico es el de la existencia de una crisis (Bobbio) (de enormes proporciones) que ha conducido a la nación/comunidad a la decadencia (Paxton/Griffin), de ahí que el objetivo general sea la palingenesis o renacimiento (Griffin). La idea-fuerza de cómo lograr ese objetivo (sagrado) es el encuadramiento unitario (y total) de la sociedad (Bobbio). Los medios estratégicos consisten en adoptar una forma revolucionaria (y ecléctica) de nacionalismo (Griffin) por medio de la identificación de las reivindicaciones sociales con las reivindicaciones nacionales (Bobbio) (que culminarían en un imperio) y plantear una alternativa (ideológica/política/cultural) a las libertades democráticas (Paxton). Mientras que los factores tácticos específicos serían la alianza con elites tradicionales, el uso (sistemático y racionalizado) de la violencia de forma amoral y paralegal; una movilización de las masas (Bobbio) (según una concepción de la política integralista y sacralizada) y el establecer objetivos de limpieza interna y expansión externa (Paxton).

De este modo, si nuestras apreciaciones son correctas, lo que caracteriza específicamente al Fascismo Clásico es un conjunto articulado de factores ideológicos y objetivos y métodos políticos en el que predominan y determinan, en las ideas, las actitudes y los comportamientos, los siguientes factores: un *ultranacionalismo palingenésico* de óptica, criterios y métodos no democráticos cohesionado por una *ideología sacralizada*; el *unitarismo* como sistema político y, a la vez, mito movilizador y redentor, nacional y social; y, en tercer lugar, la *violencia como método político* ejercida sin freno ante definidos oponentes y obstáculos internos y definidos enemigos externos que impiden ese soñado renacimiento y su culminación imperial.

Esos factores serían cuestión de fondo y no mera forma y, por ello, desecharíamos otros elementos también relevantes pero sólo formales. Como la mayor preponderancia del Estado sobre el Partido (Italia) o del Partido sobre el Estado (Alemania); el ruralismo (las esencias de la patria residen no en las "degeneradas" ciudades sino en el campo -además de en los Ejércitos-) o la estetización de la política en sus aspectos de parafernalia. A pesar de la gran importancia que los tres factores tienen en los planteamientos tácticos fascistas y teniendo en cuenta que la política como estética es (para todo aquello que podríamos considerar la Filosofía Política del Fascismo) un factor ontológico que legitima la cosmovisión fascista, al materializarse metafísica y estéticamente la visualización de las esencias de la Patria renacida 5. Esencias bellas y puras (ya sea esa pureza espiritual o biológica) que los no nacionales, los no auténticos y/o otros enemigos impiden que se manifieste en su plenitud. Por ello el renacimiento unitario de la Patria requiere, ineludible e inexorablemente, que se ejerza una violencia sistemática y racionalizada para contrarrestar o eliminar a dichos oponentes/enemigos.

1. Crisis y voluntad de renacimiento

A partir del análisis comparativo de los textos de los mencionados líderes, complementado en ocasiones por otros textos fascistas, se deduce que la actuación política del fascismo es juzgada como necesaria e ineludible dadas las compartidas y específicas situaciones de decadencia nacional. Dicha decadencia es analizada como manifestaciones concretas de una crisis generalizada existente en la Europa-Occidente del primer tercio del siglo XX: la crisis del sistema político, valores y sociedad surgida de la Revolución Francesa de 1789. Como expone el propio Mussolini en el fascismo italiano se representa un principio nuevo en el mundo, la antítesis categórica y definitiva de todo el mundo de la democracia, de la plutocracia y de la masonería, en síntesis, el mundo de los inmortales principios del 89.

José Antonio Primo de Rivera al respecto inicia su famoso discurso de constitución de la Falange en 1933 calificando a Rousseau y su teoría del contrato social de "nefasto", reitera en múltiples ocasiones el "fracaso" del sistema parlamentario y en 1934 y 1935 manifiesta que este sistema político agonizante ha llevado al

país a una situación de descomposición cada vez más "hedionda", ya que, según él, en España, como en toda Europa, el sistema liberal-capitalista está en sus últimos "estertores",e incluso la situación es tan grave que la propia civilización cristiana está a punto de perderse, siendo la situación de la Patria la de una "ruina moral" en un contexto de un mundo escindido en toda suerte de diferencias

La situación de caos que, opinan, se está viviendo en el primer tercio del siglo XX requiere tener plena conciencia de cuales son las causas, las raíces del mal y el nefasto proceso de evolución desde la implantación y hegemonía de la trilogía: "Libertad, Igualdad y Fraternidad". J. Goebbels en su glosa del fascismo italiano especifica los méritos de Mussolini y los enemigos del fascismo redentor al exponer que éste ha demostrado al mundo como se actúa revolucionariamente desmantelando el marxismo en su esencia y triunfando contra el liberalismo. Y, en párrafos sucesivos, analiza el liberalismo como una corriente ideológica y un conjunto de mitos movilizadores que, desde su inicio en 1789, han inundado, una tras otra, las naciones, sumergiéndolas en una serie de convulsiones revolucionarias que condujeron, al final del proceso, al "pantano" del marxismo, la democracia, la anarquía y la lucha de clases. Siendo para este personaje la revolución comunista la culminación de un proceso de errores y la más terrible de las catástrofes mundiales.

A su vez el líder fascista rumano Codreanu afirma que el Estado basado en la vieja ideología de la revolución francesa va a la "ruina" (Codreanu) y denuncia la corrupción de los por él calificados de "politiqueros"; mientras que Hitler expone su convicción que el parlamentarismo es una de las manifestaciones de la "decadencia de la Humanidad" (Hitler) y declara que las explicitaciones teóricas del fascismo como ideario pretenden sustituir la trilogía del 89 por un nuevo sistema político según criterios de "autoridad, orden y justicia" (Albial). Trilogía parecida a la que plantea el Duce de "orden, disciplina y jerarquía" como valores sociales prioritarios a imponer "severamente" por el Fascismo para impedir que la sociedad se precipite en el "caos y la ruina". Similar criterio ideológico al que manifiesta Primo de Rivera cuando expone que una persona es libre sólo cuando pertenece a una nación fuerte y libre y siendo –aclara- los fundamentos para conseguir estos atributos : "la autoridad, la jerarquía y el orden".

Dada esta situación de crisis el objetivo político prioritario es palingenésico: el renacimiento de la Patria. En palabras del líder fascista rumano Codreanu: una Patria "poderosa y floreciente", una nueva Rumania para realizar un hombre nuevo, una elite genuina y un país como el "sagrado sol del cielo y una tierra bella y rica", ya que los legionarios están llamados por Dios, después de siglos de oscuridad y abusos, para "tocar la trompeta de la resurrección de la raza rumana". Esa es la esperanza y la ilusión: Después de una larga noche de siglos el pueblo rumano –expone líricamenteespera la salida del sol, espera la hora de su "resurrección como estirpe".

Para Mussolini, tanto en los primeras fases de 1920 a 1922 del Fascio italiano, como en los siguientes años hasta su muerte, la razón de ser del fascismo era asegurar la grandeza moral y material del pueblo italiano, contribuir a la salvación y a la grandeza de la Patria, objetivo genérico al que en múltiples ocasiones reiteró su fidelidad.

Por su parte Primo de Rivera, al explicitar la norma programática del Movimiento (Falange de las J.O.N.S) en noviembre de 1934, afirma taxativamente (a modo de ejemplo de una reiterativa idea-fuerza del personaje) que fortalecer, elevar y engrandecer la "suprema realidad de España" es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. Y si la grandeza de la Patria es el objetivo supremo una actuación decidida de los auténticos patriotas es imprescindible, una "minoría disciplinada y creyente" que se convierta en "eje implacable" de la vida española sobre el que estructurar el "resurgimiento español".

Objetivos palingenésicos de los mencionados líderes fascistas también de presencia reiterada en los discursos y escritos

de Hitler, el cual, por ejemplo, al relatar lo que sucedía cuando exponía ante patriotas los 25 puntos del programa del Partido afirma, metafóricamente, que quedaba encendido un fuego cuyas llamas forjarán un día la espada que le devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana.

2. Metafísica y culto a la Patria: la revolución espiritual

Para el Fascismo Europeo Clásico la espiritualidad trascendente es una cuestión capital en sus respectivos Movimientos: cohesiona transversalmente como actitud ideológica vital a los militantes; suple la ausencia de sofisticados esquemas teórico-ideológicos y legitima cualquier tipo de comportamientos por brutales y amorales que fueran. Esa espiritualidad tiene como eje central La Patria: el valor supremo para el Fascismo, convirtiéndose y potenciándose el patriotismo ultranacionalista en un auténtico culto, con rituales, Iglesia no formalizada y mártires. De ahí que calificáramos a los idearios fascistas de ideología sacralizada que supliría el vacío dejado por una muy gradual descristianización en Europa "Il fascismo è una concezione religiosa" afirma la Enciclopedia Italiana en la edición de 1933.

De ahí que Mussolini expusiera, en reiteradas ocasiones que el Fascismo italiano es un partido, un régimen, una fe e incluso una religión. Juzga al Fascismo como un fenómeno religioso de vastas proporciones históricas y producto de la raza italiana.. Con parecido, sino idéntico criterio, Primo de Rivera afirma que hay que creer en algo. Para encender una fe, "ni de derecha, ni de izquierda", ha nacido –según él- el fascismo, una fe "colectiva, integradora, nacional". Una nueva fe civil capaz de depararnos fuerte, laboriosa y unida una España grande.)

Religión civily espiritualidad que logran, como afirma Codreanu, que el hombre nuevo y la nación renovada cause una gran renovación espiritual, una gran revolución espiritual del pueblo entero. De la misma forma opina Rosenberg cuando afirma, en 1934, que la revolución político-estatal ha terminado pero que, sin embargo, la refundación espiritual-anímica recién está en sus comienzos.. El punto de partida, expuesto por Mussolini, es que la Patria –afirma- no es una ilusión, la Patria es la más grande, la más humana, "la más pura de las realidades". Una Patria idealizada, deificada, que se convierte en la clave de bóveda de la doctrina y propaganda fascistas.

Culminación del proceso decimonónico de transformación del nacionalismo en ultranacionalismo, la Nación es planteada como un ente eterno, atemporal, transversal a grupos sociales, ideas políticas y fracturas sociales, capitalizando los anteriores procesos europeos de nacionalización de las masas en la construcción de las sociedades liberales. Sin embargo, siendo la visualización y/o concreción de esta idea de Patria como mínimo complicada, se recurre a metáforas metafísicas y poéticas cuando se la invoca, según métodos de estetización de la política como apuntábamos. De tal forma que lo que se exige a todo aquel que quiera contribuir a la sagrada misión de regenerar la Nación es que se identifique con una concepción irracional y metafísica de ésta.

Siendo esta irracionalidad, sin embargo, muy racional y política, ya que era imprescindible que uniera, en un mismo proyecto político ilusionante y eficaz, a, por poner unos cuantos ejemplos, tiburones financieros e industriales del tipo March (España); Agnelli (Italia) y Krupp (Alemania) con sus obreros; a los terratenientes italianos del Valle del Po, de la Toscana y del resto de Europa con sus jornaleros; a los propietarios de los novedosos grandes almacenes con los pequeños tenderos de barrio; a clases medias y al resto de grupos sociales populares con las elites poderosas. Todo ello en un contexto de crisis generalizada, agudización de los conflictos sociales y deslegitimación, a derecha e izquierda, de las instituciones políticas liberales, incapaces de transformarse (en algunos países) para dar soluciones institucionalizadas a los problemas existentes.

El renacimiento de la Patria es un mensaje movilizador transversal y polivalente y, a la vez, estupefaciente de los conflictos sociales. Multiadaptable a diferentes intereses

económicos, sociales y políticos. De ahí su relativo éxito en la Europa de entreguerras. Fue la mecha (bien diseñada –además de muy pragmática- y oportuna) que hizo explotar el barril de pólvora de unos contextos históricos en donde, según muchos coetáneos, el término desesperación resumía muy bien la situación existente.

Criterio de la importancia de la desesperación social en la toma del poder de los movimientos fascistas que también comparten lúcidos científicos sociales que han estudiado el tema que nos ocupa.

El planteamiento trascendentalista de la Patria, en un contexto de crisis y desesperación social, lo sintetiza a la perfección Primo de Rivera cuando afirma que los militantes de su movimiento, como él mismo, aman a la eterna e inconmovible metafísica de la Patria al creer en la suprema realidad de España.

Este es el núcleo central de los idearios fascistas: la concepción integralista de la Nación como unidad, el propio Primo de Rivera explicita muy bien esta concepción cuando expone que el fascismo no es una táctica –la violencia-, es una idea –la unidad- y, continúa, el fascismo sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, "algo de naturaleza permanente, trascendente, suprema" (que existe como realidad distinta y superior y que ha de tener sus fines propios se afirma en los relevantes *Puntos Iniciales*): la unidad histórica llamada Patria. El líder del fascismo español reconoce en esta concepción unitarista14 lo más profundo de su movimiento, la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria

El fascismo se presenta propagandísticamente como un movimiento de regeneración nacional que ha sabido reconocer las auténticas esencias de la Nación y cuya misión suprema es reactivar las energías profundas del conjunto de la sociedad. De ahí que dichos movimientos salvadores se sitúen más allá de "caducos" planteamientos disgregadores de derecha e izquierda e intereses personales. El patriótico culto a la Nación es el bálsamo que cicatriza todas las heridas, elimina todas las fracturas políticas, ideológicas y sociales… y legitima y justifica la radicalidad de los medios empleados para conseguir los fines propuestos ante oponentes/enemigos internos y externos. Además la figura del indiscutido líder fascista se legitima también es este componente metafísico-esencialista de la Patria. El Jefe de la Nación es el intérprete infalible de las esencias, necesidades y destino de la Comunidad. De ahí la fuente de su poder y su pesada carga al decir de la propaganda oficial: es un instrumento más de la Nación Regenerada.

Como es obvio, dadas estas premisas, los planteamientos fascistas socioeconómicos son radicalmente armonicistas, organicistas y corporativistas. Cada parte de la sociedad es una pieza del puzzle nacional, cada uno en su puesto, desde el camarada obrero hasta el camarada empresario. Los rupturistas cambios son planteados o ejecutados en su caso como espirituales; ni económicos ni sociales16. Siendo el factor clave del engarce entre teoría y práctica política la convicción de que la concentración total de poder en los gobiernos fascistas permite o permitiría, en el caso de los movimientos fuera del poder, que la economía esté al servicio de la política. En 1937 Mussolini afirmaba que en la Italia Fascista el capital está a las órdenes del Estado; mientras que Hitler en su seminal obra *Mi Lucha,* exponía al respecto que era relativamente sencilla y fácil la misión del Estado con respecto al capital: se debía cuidar únicamente que éste se mantuviera al servicio del Estado para fomentar una "economía nacional vital y autónoma".

Primo de Rivera, por su parte, en 1935 declaraba que la Patria era una unidad de destino en lo universal y el individuo el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado, no cabían así disputas de ningún género; el Estado no puede ser traidor a su tarea, ni el individuo puede dejar de colaborar con la suya en el "orden perfecto" de la vida de su nación

Esta es la Idea del fascismo: el *unitarismo ultranacionalista palingenésico y violento* .El fascismo como técnica política novedosa y radical para solucionar los angustiosos

problemas de la sociedad europea del primer tercio del siglo XX. Esa fue la alternativa política de mayor éxito (aunque se probaron con mayor o menor fortuna otros modelos, como por ejemplo los triunfantes Franquismo y Salazarismo etc.) de las derechas radicales europeas ante los acuciantes problemas de las sociedades industriales de masas en esas fechas: levantar la bandera del nacionalismo extremo, abandonar el estado de derecho liberal y militarizar a la sociedad para encuadrarla, controlarla, prepararla y movilizarla para la brutalidad de limpiezas internas de oponentes, desafectos o conceptualizados como no dignos de ser nacionales y guerras imperiales.

Como expone, escuetamente, el líder de los fascistas rumanos, el Movimiento de La Legión afirma que por encima de los intereses personales está la Patria con todas sus exigencias. Mientras que Rosenberg, el oscuro ideólogo báltico del partido nazi, exponía que los nazis tenían el convencimiento de que cualquiera que fuera la posición que adoptemos metafísicamente con respecto a los interrogantes "del más acá y del más allá", en este mundo no podemos hacer más que desarrollar en nosotros el supremo y más noble valor y ponernos como seres humanos enteros al servicio de la "totalidad alemana", al servicio de una única idea19: "¡la eterna Alemania!".

Ante objetivos tan nobles y desinteresados todos los medios que la nueva sociedad fascista establezca están justificados, incluso los que permiten utilizar el calificativo de totalitarias para clasificar a dichas sociedades en los casos en que los partidos fascistas accedieron al poder: sumisión de la esfera privada a la esfera pública, supresión de derechos y libertades individuales y colectivas, supresión del estado de derecho, encuadramiento capilar y masivo de la sociedad en organizaciones de los Movimientos y Partidos Fascistas, militarización de la sociedad etc.. Aunque ese totalitarismo fuera aplicado en directa proporción al estatus de los miembros de la comunidad: a estatus más elevado mayor autonomía y al revés. El individuo se diluye en la comunidad nacional y, por ello, sus derechos, su auténtica libertad, su realización como ser humano, le viene dada por su pertenencia a la comunidad/etnia/raza. De ahí que G. Gentile, posiblemente el pensador más relevante de la Italia Fascista, afirmara que el Fascismo es idealista, que se dirige a la fe, y que celebra los valores ideales (familia, patria, civilización, espíritu humano) como superiores a todo valor contingente. Proclamando una "moral de sacrificio y de milicia", por la cual el individuo debe estar siempre dispuesto a encontrar la muerte por una realidad que se sitúa por encima de él, ya que la utopía fascista plantea que el Estado se ha convertido en conciencia y voluntad popular.

3. El unitarismo como fórmula política salvadora

Culto a la Patria, revolución espiritual, religión civil, sacrificio sin límites, muerte gloriosa. Ese culto a la Patria tiene un dogma principal: la unidad de la Comunidad Nacional. Esta es la concepción nuclear clave –como ya apuntamos-de la teoría, doctrina y propaganda políticas del Fascismo. Primo de Rivera lo sintetiza muy bien al exponer que el Fascismo es una "fe nueva que arde ya en España" y que tiene como primera verdad ésta: un pueblo es una entidad "total, indivisible, viva", con un destino que cumplir en lo universal. Deben prevalecer los intereses colectivos sobre los individuales y ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad. Por eso expone en múltiples ocasiones, en escritos y discursos, que todas las aspiraciones del nuevo Estado se pueden resumir en una palabra: "Unidad" y que esta idea es la más profunda de sus convicciones. Su razonamiento, de intenso convencimiento, es que la Patria es una totalidad histórica de destino universal, en la que se funden todos sus integrantes, superior a cada uno de los grupos sociales. A esa unidad metafísica, trascendental, han de plegarse clases e individuos. Y que el Estado – añade- tiene como función primordial ponerse al servicio de esa unidad, estableciéndose "un régimen de solidaridad nacional y de cooperación animosa y fraterna".

Esa es la Idea, el mito y la ilusión. Para los movimientos y regímenes fascistas un mayor o menor convencimiento y actitud política respecto a esta idea es el baremo con el que se juzga, premia y castiga a los individuos. Como expone un manual de las Juventudes Hitlerianas, el que desfila con las Juventudes Hitlerianas no es un número más entre millones, sino el soldado de una idea. Su valor para la comunidad se mide por la manera en la que él ha penetrado, más o menos profundamente, en esta idea.

Todo lo que se ajuste a la idea de renacimiento unitario de la Patria debe ser potenciado, todo lo que vaya en detrimento de la idea debe ser contrarestado y/o eliminado, ya sean individuos, instituciones, leyes, métodos, cultura, ideas, partidos, sindicatos o actitudes y comportamientos.

Los militantes/creyentes de la nueva fe, los precedentes del Nuevo Hombre Fascista, deben ser los guías y el motor del cambio, la "dinamo" como dijera Mussolini y, por ello, como explicita totalitariamente Codreanu, todos los legionarios tendrán un solo parecer, un solo pensamiento y un solo espíritu, por ello es necesario que todos tengan un solo jefe. Para los creyentes nacional-socialistas se trataba de la materialización del *Volksgemeinschaft*, la comunidad orgánica del pueblo depurado de "anti-alemanes"

En el Fascismo Clásico la acción predominó sobre el pensamiento y la actitud y el tono vital sobre los contenidos teóricos. Se enlaza así el objetivo supremo irracional y metafísico del renacimiento de la Patria con una actitud político-vital sólo reflexiva para mejorar las tácticas a emplear. Se trasladó como modelo el pragmatismo militar y la brutalización de las trincheras de toda una generación de combatientes de la I Guerra Mundialal terreno de la política ultranacionalista. El militante de partido es substituido –en un plano teórico o real tras la conquista del poder- por el miliciano armado del Partido/Comunidad/Estado.

Sin embargo, el hecho de que el unitarismo sea la idea propagandística clave de los idearios fascistas no debe hacernos olvidar que los movimientos fascistas allí donde accedieron al poder lo hicieron gracias a una amplia coalición de fuerzas de derecha radical. De la misma forma que los propios movimientos fascistas fueron, también un heteróclito conglomerado de individuos y facciones con elementos comunes pero también diferenciados. En la Europa del primer tercio del siglo XX tanto la izquierda como la derecha estaban muy fraccionadas. Uno de los indudables méritos políticos de A. Hitler y B. Mussolini en el campo del fascismo, y del general F. Franco, en el terreno de las dictaduras militares fascistizadas, fue el de haber logrado aglutinar políticamente a diferentes apoyos y facciones en un único mando y posterior régimen. Los tres consiguieron establecer el mínimo común denominador (ideológico y de acción política) que las fuerzas políticas e individuos de derecha radical no democrática estuvieron dispuestos aceptar ante el enemigo común.

El estudio histórico de este amplio conglomerado de derecha radical ha evidenciado en los regímenes fascistas el relevante papel que en el acceso y mantenimiento del poder jugaron los sectores económicos poderosos, el Ejército, las elites burocráticas del Estado y las Iglesias. Y por ello diferentes autores conceptualizan dicha alianza de "compromiso autoritario" (Burrin, 1998), alianza contrarrevolucionaria o "contrarrevolución preventiva" (Bobbio, 1972). En este "compromiso autoritario", de voluntad rupturista respecto al estado de derecho liberal, un factor decisivo es el papel que juega el movimiento-partido fascista, si hegemoniza o no el proceso político. Caso de hacerlo se trataría de regímenes fascistas propiamente dichos, mientras que si el papel fue relevante, aunque subordinado como en la España franquista, nos encontraríamos ante regímenes de otra categoría a la que es preciso denominar de forma diferenciada. Los proyectos políticos fascistas rebasan los objetivos de los otros socios de la alianza contrarrevolucionaria, no se conforman con destruir el estado de derecho liberal y aplastar a la izquierda. Su voluntad fue movilizar a las masas para desarrollar un proyecto político imperialista como veremos a continuación. No sólo fue una novedosa técnica de control

social y político en las sociedades de masas sino un proyecto político muy ideologizado, paradójicamente tan conservador como anticonservador y, por ello, tan difícil de clasificar y conceptuar.

Unos proyectos políticos radicalizados y muy diferentes de lo que deseaban muchos conservadores radicales europeos de la época, asustados por las consecuencias de la ola revolucionaria iniciada en 1917. Como por ejemplo el español José Pemartín que en plena guerra civil española, en 1937, expone en su obra *Qué es lo nuevo* su visión del fascismo. Según él una técnica novedosa y exitosa del tradicionalismo, destinada a purificar la patria de sus enemigos internos y armonizar tradición y modernidad. Un excelente método de encuadramiento de las masas que devolvería la pérdida disciplina laboral según las directrices de un Caudillo militar providencial:

"(…) trabajo a destajo, disciplina rígida del obrero (…) todas estas justas prerrogativas que el empresario capitalista debe tener sobre sus obreros para la buena marcha y alta productividad, y el orden y disciplina de la empresa, serán conservados en todo su vigor (…) algo así como un feudalismo en la más alta y superior acepción de la palabra (…) " (Pemartín, 1937).

4. Voluntad de Imperio. La comunidad en armas contra oponentes y/o enemigos internos y enemigos externos.

Para los líderes fascistas analizados la nación regenerada muestra su vitalidad en su capacidad de conquista y sometimiento a otros pueblos inferiores espiritual y/o racialmente. El Imperialismo así es piedra angular del discurso y la práctica fascistas al requerir la movilización máxima posible de la sociedad para poder desarrollar sus proyectos de conquista. Ambos hechos –movilización unitaria e imperialismo- son dos factores que singularizan al Fascismo de otros modelos autoritarios de la época por muy genocidas que fueran y fascistizados que estuvieran como el franquismo inicial. Ya que las clásicas dictaduras militares o civiles potencian, al contrario de los fascismos, para estabilizar sus regímenes, la máxima despolitización de la sociedad civil salvo en los militantes-funcionarios de sus partidos únicos cuando éstos fueron creados.

Unos Imperios Fascistas que tienen una doble dimensión: espiritual y militar, ambas complementarias. Como afirma Mussolini, al proclamar como sueño del fascismo resucitar la Roma Imperial, el Estado fascista es una voluntad de "potencia e imperio"; la tradición romana es para los fascistas italianos una idea de fuerza y en la doctrina del fascismo el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil sino "espiritual y moral". Por su parte, al respecto, Primo de Rivera rechaza taxativamente el pronunciamiento antibelicista de la Constitución española de la II República, de la que él fue diputado ultracrítico, y afirma que cree que el Imperio es la "plenitud histórica de los pueblos" y que por ello su Movimiento tiene "voluntad de Imperio". Declarando, además, que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas y para unir costumbres en un "destino universal".

Ese destino fascista de conquista, plenitud histórica de la nación, se logrará cuando la Nación/Comunidad se haya encontrado a sí misma como unidad espiritual y todos los elementos que la desunían estén neutralizados política, cultural, social y económicamente. De ahí que la actuación del movimiento salvador de la Patria haya de ser revolucionaria, radical, despiadada. En palabras del propio Primo "inexorable". Este es su razonamiento: un Estado fuerte, un Estado seguro de su explicación vital, de su razón de existencia, ha procedido "inexorable y trágicamente" con quienes representaban el sentido contrario e incompatible al suyo.

Según parecido criterio, a su vez Goebbles afirma que la revolución es un proceso dinámico que posee su propia legalidad y que tiene como meta trasladar su dinámica y su legalidad, hasta ahora privilegio de la oposición a la legalidad estatal. Carece absolutamente de significación –continúa exponiendo- con que medios esto sucede. En la caracterización de una revolución el medio, "violento o legal", no juega ningún rol. Lo

importante es llegar a ser –como lo fue- un *volkspartei* o partido del pueblo.

Violencia política y culto a la guerra son dos manifestaciones de una forma fascista de estar en el mundo que podríamos calificar de antiburguesa y militarista: la vida como combate. Ante el sagrado altar de la Patria cualquier sacrificio es poco, incluso la vida. Los individuos patriotas se unen o deberían unirse al proyecto nacional con actitud y voluntad de fieles y leales soldados para obedecer, ciegamente, las consignas y ordenes del mando. Sólo así se conquista el poder, se armoniza la sociedad con su destino imperial y se acaba con las desuniones y las fracturas políticas, económicas y sociales.

Por eso Mussolini, en 1934 –antes de la entrada en guerra de Italia-, considera a la nación italiana en "estado permanente de guerra", afirma que la sociedad italiana fascista se esta volviendo una sociedad "militarista y guerrera"; esto es, muy dotada de la virtud de la obediencia, del sacrificio, de la sumisión a la Patria. Lo que significa que toda la vida de la nación, la política, la económica, la espiritual, ha de dirigirse a la satisfacción de las necesidades militares. De hecho el Duce, como expuso en otra ocasión, cree, en brutal metáfora, que cuando el cañón retumba es la voz de la Patria que se hace sentir y que la única opción para todo patriota es, ante este hecho, "descubrirse y ponerse en posición de firmes".

Igual que Primo de Rivera, Mussolini se declara antipacifista y cree, como fascista, que la guerra es un fenómeno humano "ineludible" al dilucidar los conflictos entre pueblos e ideologías y que, por ello, la paz perpetua no es ni posible ni deseable, ya que –opina el pacifismo establece una "renuncia a la lucha y una vileza frente al sacrificio" y sólo la guerra lleva al "máximum de tensión" todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla, pone al hombre frente a si mismo en una alternativa de vida o muerte. Por tanto para el Duce la guerra es un fenómeno natural, el "tribunal de casación de los pueblos", es para el hombre – concluye- como la maternidad para las mujeres.

De este modo, como sintetiza el propio Mussolini, la vida, ontológicamente, es "lucha, riesgo, tenacidad". Para Primo de Rivera, en parecida sino idéntica mentalidad, la guerra es "inalienable", "absolutamente necesaria e inevitable". El hombre la siente – concluye- "intuitiva y atávicamente" y será en el futuro lo que fue en el pasado.

Y si para los fascistas la guerra es tan inexorable como necesaria, los ejércitos son los guardianes de las esencias de las Patrias y su idiosincrasia y virtudes el mejor crisol y ejemplo para los creyentes, simpatizantes o miembros de la Nueva Sociedad. De ahí que Primo de Rivera afirme que el Ejército es la garantía más fuerte y más sana de todo lo permanente español. Como expone Hitler, lo que el pueblo alemán debe al Ejército se resume en una palabra: "todo", ya que, al contrario de lo que ocurría en la vida civil, "saturada de codicia y de materialismo", educó al pueblo hacia el ideal y hacia la devoción por la patria y por su grandeza. Esa mentalidad militarista y agresiva se traslada a todos los planos de la actividad política, de ahí que la violencia –como analizaremos- sea un componente esencial del fascismo al constituir no sólo componente básico de sus tácticas y métodos de actuación, sino que forma también parte de su concepción del hombre y de la naturaleza.

5. La Cosmovisión fascista: armonía socialdarwinista con la naturaleza e intento de superación de pares antagónicos

Para los fascistas, como expone Mussolini, la lucha es el origen de todas las cosas porque la vida está llena de contrastes, el fondo de la existencia humana será siempre la lucha, como una "fatalidad suprema" y la vida es un "combate continuo". E incluso afirma que para los fascistas el combate tiene todavía más importancia que el triunfo. Porque el combate es visto como un estilo de vida, una forma de entender el mundo y vivir en él, con un gran sentido del valor, del deber y la disciplina. En paralelo criterio Coudreanu afirma que la Legión quiere reavivar en la lucha todas las "energías creadoras" de la Comunidad rumana.

Esa mentalidad y la actitud y el comportamiento que de ella se derivan es condición necesaria para conducir a la Patria hacia su plenitud: el Imperio. Ya que la lucha se da en la naturaleza -cree el ideario fascista- igual que entre individuos, grupos y naciones en clara óptica socialdarwinista. Según el propio razonamiento de Mussolini como en los individuos y en las categorías sociales, así en las naciones hay pueblos en marcha hacia el horizonte, pueblos que están parados y pueblos que mueren.

La victoria es para los más fuertes. Las naciones que se imponen en el campo de batalla deben dirigir el mundo. Su voluntad de poder se ha impuesto. Hitler recuerda que en su "lucha por la existencia" en Viena se dio cuenta que la obra de acción social jamás puede consistir en un "ridículo e inútil lirismo de beneficencia". Y que –continúa exponiendo- la Naturaleza no conoce fronteras políticas, sitúa nuevos seres sobre el globo terrestre y contempla el libre juego de fuerzas que obran sobre ellos. Todo aquel que se sobrepone por su "empuje y carácter", le concede el "supremo derecho a la existencia".

De acorde con esta óptica socialdarwinista el líder fascista italiano propugna que la Italia Fascista debe tender a la "supremacía sobre la tierra, sobre el mar, en el cielo, en la materia y en los espíritus"; mientras que Hitler, desde sus planteamientos racistas, afirma que todos sabemos que en un porvenir lejano la humanidad exigirá que una raza "excelsa en grado sumo", apoyada por las fuerzas de todo el planeta, asuma la "dirección del mundo".

En adecuada coherencia los idearios fascistas afirman que tan natural como las potencialidades y vitalidad de la lucha constante es la desigualdad de los seres humanos. Para Mussolini la naturaleza es el "reino de la desigualdad" y el Fascismo afirma la desigualdad "irremediable, fecunda y benéfica" de los hombres. Las leyes de la naturaleza son inexorables e intentar oponerse a ellas una quimera: la naturaleza es desigual y amoral y, por ello, sólo sobreviven los mejores en aristocrática jerarquía de individuos y naciones. Los protagonistas de la historia son las naciones y éstas deben estar gobernadas y dirigidas por una elite y un jefe que sepa interpretar el auténtico espíritu de la nación y conduzca a la comunidad para que cumpla su destino. La concepción fascista, por tanto, del hombre es que su naturaleza es agresiva, desigual, jerarquizada y territorializada.

Hitler sintetiza a la perfección estos principios ontológicos al exponer sus convicciones al respecto (e incluso mejor en aquellas a las que muestra su profundo odio) cuando afirma que la doctrina judía del marxismo rechaza el "principio aristocrático de la naturaleza" y coloca en lugar del privilegio eterno de la fuerza y el vigor, la masa numérica y su peso muerto. Niega así –continúa exponiendo-en el hombre el mérito individual e impugna la importancia del nacionalismo y de la raza abrogándola con esto a la humanidad la base de su existencia y de su cultura. Esa doctrina, como fundamento del universo, conduciría "fatalmente" –según él- al fin de todo "orden natural".

Para el relevante miembro del Partido Nazi Martin Bormann uno de los elementos más característicos del nazismo consiste en que los militantes se proponen vivir tan naturalmente como sea posible, de acuerdo con "las leyes de la naturaleza y de la vida". La radicalidad nacionalsocialista de las concepciones fascistas30 explicita la centralidad, extrema en su concepción del mundo, de los planteamientos socialdarwinistas. Como sin ambigüedades ni eufemismos proclama Hitler: "la gran masa no es más que una parte de la naturaleza, lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del débil o su incondicional sometimiento".

Una actitud vital de combate por el renacimiento glorioso e imperial de la Patria lograría solucionar todos los problemas, eliminar todas las contradicciones, compaginar pares hasta entonces antagónicos. El 25 de enero de 1926 el fascista francés George Valois exponía en *Le Nouveau Siècle* que la gran originalidad del fascismo consistía en realizar la fusión de dos grandes tendencias, el nacionalismo y el socialismo. Según afirma la oposición entre nacionalismo y socialismo parecía irreductible en los regímenes

parlamentarios y por ello la operación salvadora del fascismo consiste en anular esa oposición al incorporar, en un único movimiento nacional y social, ambas ideologías enfrentadas en clara reafirmación de los planteamientos iniciales del presente artículo.

Esa firme voluntad de sintetizar armónicamente pares hasta entonces antagónicos se convierte en un factor clave de los planteamientos, propaganda y métodos fascistas. En su pretensión de unificar a la Nación todo aquello que pudiera ser útil fue utilizado aunque las contradicciones de todo tipo aumentaran. Trataron de compaginar, mediante su revolución político-cultural-espiritual: tradición y modernidad; racionalidad e irracionalidad; técnica y espiritualidad; individualidad y comunidad; elites y masas; concentración máxima del poder y participación política de las masas; romanticismo y clasicismo; ciencia y metafísica; sindicatos obreros y patronal; populismo y aristocratismo; conservadurismo y anticonservadurismo; actuación política legal y paralegal; revolución y conservación del orden; capitalismo y anticapitalismo; socialismo y antisocialismo. Extraordinaria mezcolanza de elementos directamente derivada de su palingenésico mesianismo al levantar la bandera de la Nación (por fin). Unificada y de los planteamientos tácticos fascistas ninistas y trasversales a factores político-ideológicos, económicos y sociales.

Los discursos fascistas, a grandes rasgos, debieron contentar e ilusionar a todos los grupos sociales de la nación. De ahí su extrema ambigüedad y demagogia al ajustarse el discurso a las expectativas parciales del sector social a quien va dirigido: clases populares, discurso anticapitalista; clases dirigentes, discurso anticomunista; clases medias, discurso ninista anticomunista y anticapitalista.

Como glosa el falangista Agustín del Río Cisneros, compilador del conjunto de la obra de José Antonio Primo de Rivera, éste intentó una superación del dilema capitalismo-comunismo, así como una "síntesis de tradición y modernidad" capaz de dar respuesta a las necesidades de la época. Por su parte Mussolini en 1921 exponía que los fascistas se permitían el lujo de asumir, conciliar y superar aquellas antítesis en las que los demás se "embrutecían". Se permitían el lujo de ser "aristocráticos y democráticos"; "conservadores y progresistas"; "reaccionarios y revolucionarios"; "legalistas y antilegalistas", según las circunstancias de tiempo, de lugar, de ambiente, o sea, según las circunstancias históricas.

El intento de asumir en único movimiento político el conjunto de la nación requería, necesariamente estos intentos de superar pares antagónicos (algunos de ellos) y una hiperideologización movilizadora de la sociedad. Ya que al conjunto de las masas se las necesitaba para realizar los proyectos políticos de control social capilar e imperialistas. La heterogeneidad social, las desigualdades económicas y sociales, la mayor o menor autonomía según el estatus social, todo quedaba oculto tras el velo de una metafísica ultrapatriótica. El renacimiento de la Patria es el objetivo sagrado y los individuos, al formar parte del proyecto, ocupan su lugar en la comunidad orgánica. Cualquier sacrificio es poco. La política deviene sacralidad y la fe substituye a la razón, la actitud vital al debate y los adversarios políticos no son oponentes a convencer sino enemigos a eliminar.

6. Conclusiones

El análisis de los textos fascistas utilizados nos ha reafirmado la validez heurística del modelo establecido al inicio del presente artículo. Lo intrínseco del Fascismo Clásico (1919-1945) en síntesis sería unos planteamientos ultranacionalistas palingenésicos a partir de una concepción de la política antidemocrática, sacralizada y unitarista. Planteamientos y política que se está dispuesto a imponer utilizando cualquier medio que se juzgue útil y a cualquier precio, sin límite alguno.

Palingenesis integralista y trascendentalista de la Patria en decadencia (en un contexto de máxima crisis y desesperación de amplios sectores sociales, sobre todo clases medias) que se lograría mediante la articulación de un

heterogéneo movimiento nacional de masas.33 Siendo éste transversal a factores ideológicos, económicos y sociales y alcanzándose, al triunfar, la Unidad de la Comunidad. Recuperando así la Nación su verdadera esencia y potencia, su pureza y su destino. Finalmente recalquemos y reiteremos la importancia de la violencia para la Cosmovisión Fascista: la violencia y su expresión más noble –según su criterio-, la guerra, acorta plazos y potencia y mejora a los individuos, al Movimiento Fascista y a la Comunidad. Por ello es ineluctable que deba ser ejercida sobre los enemigos internos y externos del proyecto, ya que ambos impiden el desarrollo del auténtico ser de la Patria.

Objetivo genérico que se complementa con otros parciales para recuperar las esencias de la Nación, como por ejemplo la destrucción de la izquierda. La desarticulación del Movimiento Obrero y la aniquilación del marxismo fue un factor (en cada una de las fases históricas del proceso) en el que se engarzó ideología y política real: garantizó a la vez el ejercicio fascista del poder y el apoyo, imprescindible para lograrlo, de las elites conservadoras. Posteriormente (en los casos italiano y alemán) los iniciales planteamientos socialistas nacionales anticapitalistas se difuminaron y tuvo lugar, tras el control del Estado, una repartición del poder: el económico continuó siendo ejercido por las elites conservadoras y el político quedó reservado al Estado/Partido Fascista. El Hombre Nuevo fascista de a pie debía limitarse a: creer, obedecer y combatir, cada uno en su papel social y económico. Trabajar como obrero en unos casos o dirigir la empresa en otros como capitalista. No importa realmente que lugar social se ocupaba, todos eran, mágicamente, miembros de la Comunidad Nacional en marcha hacia la "gloria".

La movilización populista de la Comunidad, previa y posterior al ejercicio del poder desde el Estado, englobaría y resolvería las reivindicaciones sociales y nacionales. Mientras que para los enemigos de este proyecto de dominio total interno e imperio exterior se precisará la utilización, implacable, de una violencia sistemática, racionalizada y represora-asesina más allá de planteamientos morales y legalistas. Esta fue la propuesta de la Derecha Radical Europa de la época en su vertiente fascista: destruir el modelo Liberal Clásico Decimonónico y que la metafísica de la Patria, recuperada y en acción, cohesionara, mágicamente, una sociedades europeas del primer tercio del siglo XX fracturadas por múltiples divisiones y enfrentamientos. El desencanto del mundo, propio de las sociedades industriales al parecer de M. Weber, quedaba así "solucionado".

La propuesta Fascista y la realidad de los regímenes de Mussolini y Hitler obraría o había obrado el milagro de "solucionar" todas las contradicciones y armonizar los pares antagónicos. Ultranacionalismo, socialdarwinismo, capitalismo y nihilismo desesperado fascista cuadraron históricamente a la perfección, sobre todo allí donde al malestar social, económico y político se unían heridas nacionales0 profundas como en la Alemania e Italia posteriores a la Primera Guerra Mundial. Las crisis –económica. social, política- crearon un espacio político (el ejemplo más obvio es el de Alemania tras el crak de 1929) que los fascistas llenaron ofreciendo adaptaciones nacionales de una fórmula política novedosa, revolucionaria espiritual, juvenil y moderna… y a la vez, conservadora, tradicional y respetuosa con las estructuras económicas y sociales, lo que le garantizaba el apoyo de los sectores conservadores en el caso que decidieran dar su respaldo al fascismo (cosa que no siempre ocurrió como por ejemplo en Rumania).

El Fascismo Clásico fue en el primer tercio del siglo XX (además de regímenes políticos en Italia y Alemania) una Cosmovisión, una ideología y teoría política y una serie de prácticas políticas. El análisis de la conjunción de una determinada selección de factores de cada una de estas características nos ha proporcionado su explicitada especificidad. Siendo el resto de los elementos que caracterizan a cada uno de estos factores lo que le permitió ser tan poliédrico e incluso tan contradictorio desde diferentes enfoques (social, cultura o político) como previamente

hemos constatado, por ejemplo (además del listado anteriormente explicitado): reaccionario y revolucionario; tradicionalista y modernista; tecnócrata y metafísico; unitario y respetuoso de las divisiones sociales; populista y clasista; anticapitalista-socialista y darwinista social.

Se creó un cóctel nuevo con bebidas muy conocidas, donde importó tanto como los componentes las cantidades y el modo, momento y situación de servirlo. Y en donde tres elementos sobresalen y proporcionan una gran coherencia ideológica y sistémica (complemento indispensable de las anteriormente referenciadas concepciones nucleares) en sus aspectos ontológicos y tácticos. Su visión del hombre y de la naturaleza; la coherencia totalitaria de la puesta en práctica social y política de la suma de las ideas, actitudes y prácticas de creyentes, militantes, simpatizantes, indiferentes y oponentes pasivos (paralelo a una represión inmisericorde de toda disidencia) y, finalmente, el haber logrado un método político de control social o fórmula política (de derecha radical) nueva, al margen de todo freno ético o legal y combinando, según la coyuntura, legalidad e ilegalidad. Fórmula política que logró funcionar y estabilizarse con éxito en Alemania e Italia en la Europa de entreguerras y que sólo fue vencido –sintomáticamente- por la derrota militar externa en combinación (aunque con una relevancia menor) con la Resistencia interna.

Unido a estos tres factores –remarquémoslo por su trascendental relevancia- se debe añadir un gran objetivo mítico movilizador populista en la síntesis final que estamos efectuando. El renacimiento de la nación en decadencia y la consecución de la armonía superadora de todas las crisis y fracturas sociales. Un utópico objetivo al que se tenía que supeditar clases, intereses, creencias y personas mediante una ideología ultranacionalista sacralizada e integralista que pretende la participación de las masas en el proyecto. Ante éste nada es importante, el pueblo/nación es todo. El renacimiento de la Patria y lograr la armonía unitarista todo lo justifica. Incluso una violencia quirúrgica puntual y estructural: sólo así se podrá vencer a enemigos internos y externos, limpiar la sociedad de enemigos endógenos y prepararla para el combate contra los enemigos exógenos. Todo lo que se opone a la palingenesis de la Comunidad Nacional debe ser aniquilado.

Estos criterios políticos y actitud vital se sincronizan, como clave de bóveda ontológica y referencial legitimadora, con la concepción fascista del hombre previamente expuesta. Según la cual los seres humanos masculinos, para vivir en armonía consigo mismo y con la naturaleza (respetando sus leyes) deben autorreconocerse como agresivos, desiguales, jerarquizados y territorializados y desechar toda empatía hacia oponentes o enemigos de la Patria.

Los regímenes fascistas italiano y alemán convirtieron las ideas-fuerza del Fascismo en práctica política de Estado, utilizando todas las potencialidades que éste puso a su disposición educaron a sus poblaciones para crear un Hombre Nuevo Fascista en criterios como los siguientes. Tiene razón quien vence. El fuerte debe mandar. Los protagonistas de la Historia son las naciones y los pueblos superiores (genética y/o espiritualmente) y la Humanidad avanza cuando las mayorías no selectas están al servicio de las minorías selectas rectoras, ya sean éstas o aquellas individuos o comunidades.

Todo este ideario fascista constituyó una alternativa de derecha radical a la modernidad liberal al ofrecer soluciones a cada una de las angustias, alienaciones y miserias de las sociedades europeas del primer tercio del siglo XX. La agudización desesperante de las contradicciones de todo tipo legitimaba las propuestas fascistas. Contradicciones como: la inexorable desaparición de las tradiciones y la religión de las sociedades preindustriales; la atomización y alienación de los individuos en las sociedades liberales de masas; las crecientes fracturas sociales, políticas y económicas; el hipermaterialismo paralelo a la pérdida de espiritualidad y trascendencia; la confrontación partidista con la consiguiente posible pérdida de perspectiva de las razones de Estado; el caos económico y político de los

enfrentamientos sociales; la anomia; la desesperación vital; la desubicación política y social de excombatientes, clases medias y jóvenes; la creencia en una decadencia espiritual y/o racial; la amenaza de una revolución comunista; la pérdida de rumbo político de sociedades cuarteadas por múltiples crisis paralelas (con preponderancia de la crisis política) y en las que el modelo liberal clásico decimonónico ha perdido (en algunos países)su legitimidad y capacidad operativa de dar respuestas y soluciones a los nuevos problemas de la sociedad de masas del siglo XX.

A todo este contexto de crisis generalizada y desesperación los idearios fascistas pretendieron dar respuesta. Siendo ésta una de las razones clave de la evidente fascinación política que ejercieron en grandes sectores de la población europea de forma transversal a factores sociales, económicos, ideológicos y culturales: Comunidad Nacional frente a individualismo; unitarismo armonicista y organicista frente a fracturas sociales, políticas y económicas; desicionismo caudillista, "resolutivo y eficaz", ante el pluralismo "disgregador" y el parlamentarismo "inoperante"; militarismo agresivo frente a la pérdida de rumbo político; ultranacionalismo frente al universalismo marxista; Patria en concreto frente a Humanidad en abstracto; espiritualidad trascendentalista comunitarista frente a materialismo egoísta; sacrificio frente a corrupción; valores aristocráticos frente a adocenamiento burgués; vitalismo irracionalista frente a Ilustración y positivismo; Nietzsche frente a Kant y Marx.

La idea marxista sobre la "esencia" fascista en el liberalismo

Aníbal Romero

1. Marxismo y fascismo

El desafío teórico y práctico del fascismo de los años veinte y treinta del siglo pasado ocasionó enormes problemas al marxismo. Desde un punto de vista teórico, los marxistas se encontraron ante un fenómeno complejo y poco apto para las explicaciones simplificadoras, sin embargo, en su mayoría, los pensadores marxistas de la época, y otros posteriormente, sucumbieron al impulso de encasillar rígidamente los movimientos fascistas dentro de los esquemas tradicionales del marxismo ortodoxo. Por otra parte, en el terreno de la práctica política, el fascismo se abalanzó como un inconenible huracán sobre el movimiento obrero y las organizaciones de izquierda en Italia y Alemania, demoliendo un esfuerzo de décadas y transformando radicalmente las expectativas que por mucho tiempo se había trazado la dirigencia revolucionaria.

En líneas generales, los teóricos marxistas vieron al fascismo como una de las formas en que se expresan las contradicciones del capitalismo, y que asume ese sistema para contener y derrotar a la clase trabajadora, sus estructuras organizativas y aspiraciones políticas. En términos más específicos, los marxistas argumentaron que el fascismo era resultado de las contradicciones del período en que el capitalismo adquiere carácter monopolista, hallando obstáculos crecientes tanto para su expansión externa como en el plano doméstico en cada país. Lo que, no obstante, dejaban de explicar los marxistas era, por ejemplo: ¿por qué Italia y Alemania, mas no Estados Unidos o Inglaterra? Otra interrogante crucial tenia que ver con la naturaleza de movimiento de masas del fascismo, y la relativa facilidad con que logró

imponerse sobre los vastos y bien estructurados aparatos políticos que la izquierda habá construído a lo largo de años de dedicación y sacrificio. Para los marxistas —como lo sintetizó Horkheimer en frases célebes: "Quien no quiera hablar del capitalismo debe también guardar silencio en lo que se refiere al fascismo". En otras palabras, sin capitalismo no hay fascismo. Ahora bien, ¿por qué no todo capitalismo origina un fascismo?, y, ¿qué es lo específico del capitalismo, o de algunas formaciones capitalistas, que generan movimientos fascistas con posibilidades de hegemonía total? El intento de ubicar los orígenes del fascismo en un sustrato capitalista era cómodo en el plano teórico, pero no necesariamente iluminador. Los marxistas enfatizaban que el fascismo, a la vez de conquistar el poder político y asumirlo dictatorialmente, procuraba igualmente preservar las bases económicas y sociales de la sociedad anterior, no sólo permitiendo la continuación de las contradicciones entre producción social y privada, sino reestructurando las cosas hacia la profundización de las relaciones de explotación, a favor del capital más "depredador" y contra los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Esta caracterización fue en su momento excesivamente simplificadora, y aun no da cuenta de las significativas modificaciones socioeconómicas impulsadas por los movimientos fascistas en el poder, en particular por el nazismo hitleriano. La pretensión de agotar teóricamente al fascismo con la exclusiva referencia a su inserción en economías capitalistas dejaba mucho que desear, muchos aspectos inexplorados, numerosos espacios sin adecuada interpretación.

Autores marxistas como August Thalheimer, para citar un caso, se concentraron en el proceso de toma del poder político y de concentración del mismo en el ejecutivo, sobre la figura carismática de un Duce o un Fuhrer, y siguiendo los lineamientos expuestos por Marx en su famosos ensayos sobre Luis Bonaparte y en torno a la experiencia sociopolítica francesa entre 1848 y 1850. De acuerdo con el esquema de Thalheimer, el triunfo del fascismo implicaba que en determinada coyuntura de agudización de las crisis, la burguesía admitía que la preservación de su poder socioeconómico hacía necesario ceder el poder político directo, colocarlo en manos de los movimientos fascistas, y concentrarlo en manos "seguras". El fascismo, de acuerdo con Thalheimer, constituía una de las formas de ejercicio de la dictadura explícita de la burguesía. No era la única, pero sí tal vez la más feroz. Este aspecto clave sobre el radicalismo del fascismo estuvo en el centro del análisis que hizo Trotsky del fenómeno, que se distinguió por su lucidez frente a los desvaríos, equívocos y fatales errores interpretativos acerca del fascismo por parte del movimiento comunista "oficial" de los años veinte y treinta, encarnado en la Tercera Internacional y Stalin. A diferencia de estos últimos, que por un tiempo vieron en el fascismo una manifestación de la presunta "decadencia" y virtual desaparición progresiva del capitalismo, Trotsky percibió con extraordinaria perspicacia la fuerza avasalladora de la amenaza que se perfilaba en el horizonte europeo de la época para la clase obrera y sus organizaciones políticas. El ex-jefe del Ejército Rojo, perseguido y acosado por sus enemigos a las órdenes de Stalin, no abrigó jamás dudas sobre la naturaleza profundamente radical del fascismo-nazismo, y acerca del destino que cabía esperar para la izquierda bajo los nazis, que en este caso no sería otro que la destrucción total del movimiento obrero alemán. Por lo tanto —argumentaba desde su exilio a partir de finales de los años veinte— era necesario unir esfuerzos para cerrarle el camino al fascismo y eliminarle antes de que fuese demasiado tarde.

Según Trotsky, era sencillamente una locura negar —como lo hacían los stalinistas de la Tercera Internacional— la diferencia entre la llamada "democracia burguesa", con sus libertades limitadas pero libertades al fin, y el fascismo, calificándoles a ambos como formas parcialmente diferentes pero "en esencia" similares de la misma opresión capitalista. Sostener que "en última instancia no hay diferencia enre los social-demócratas y los fascistas" era, escribía Trotsky, lo mismo

que afirmar que "no hay diferencia entre un enemigo que engaña y traiciona a los rabajadores y un enemigo que simplemente quiere matarlos." En una democracia parlamentaria era posible la negociación y la convivencia social y política, así como el mantenimiento de organizaciones autónomas de la clase obrera: sindicatos, asociaciones, partidos políticos, con una prensa libre y con amplia libertad de acción. El fascismo significaba el fin de todo esto, el cese de la negociación entre las clases y grupos sociales y la liquidación de cualquier forma de poder independeinte de la clase obrera. El enemigo número uno eran Hitler y los nazis, y era criminal por parte de la dirigencia de la Internacional y del partido comunista alemán apegarse a la postura política stalinista que escindía a comunistas de socialdemócratas, debilitando así de manera decisiva el movimiento obrero y abriendo a los nazis la vía de la victoria.

Con notable clarividencia Trotsky visualizó las características radicales y totalitarias del fascismo-nazismo, su sed destructiva y su revolucionaria voluntad de llevar hasta el fin los principios de odio que proclamaba. Sus escritos de los tempranos años treinta son como clarinadas de alarma que todavía hoy impresionan. Ya en 1931 Trotsky escribía que "Una victoria del fascismo en Alemania significa inevitablemente una guerra conra la Unión Soviética", como en efecto ocurrió una década más tarde. Pero Stalin y sus acólitos tardaron demasiado en reaccionar y caer en cuenta de cuán peligroso era Hitler realmente. Sólo en julio de 1935, con los nazis ya sólidamente instalados en el poder, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista celebado en Moscú cambió la estrategia política, hasta entonces ejecutada por la organización frente a la amenaza nazi-fascista, acojiéndose ahora a una de "frente amplio" o "frentes populares" con base en la unidad entre todas las fuerzas "progresistas".

La catástrofe política que significó el triunfo del facismo en la Europa de los años veinte y treinta —cabe enfatizarlo— se patentizó no solamente en el terreno de la práctica sino también en el de la teoría. Los pensadores marxistas, encerrados en sus dogmas y limitados por sus compromisos, se dedicaron a establecer una conexión directa entre fascismo y capitalismo democrático-liberal, argumentando que el primero tan sólo ponía de manifiesto la verdadera "esencia" del segundo, con la consecuencia concreta de de vulnerar las murallas de resistencia democráticas ante la amenaza radical de movimientos que, si bien nacían del seno de sociedades capitalistas, representaban un proyecto profundamente distinto al del liberalismo, y encarnaban motivaciones de muy diversa índole.

2. El Behemoth anti-liberal

El fin de la democracia alemana, el triunfo de Hitler y la construcción del nuevo Estado nazi planteó nuevos retos a los teóricos marxistas. Los aportes de ese tiempo tienen una calidad desigual, mas entre ellos destaca la monumental obra de Franz Neumann, cuyo título, "Behemoth", evidencia de entrada un honda raíz hobbesiana. En este lúcido estudio Neumann se preocupa fundamentalmente por las vulnerabilidades que afectan la concepción liberal en el marco de una democracia de masas, sometida a la conflictividad social y al impacto de crisis económicas capaces en determinadas coyunturas de desmembrar los pactos sociales y producir el quiebre del Estado. Neumann tenía en mente la experiencia de la democracia alemana de Weimar y su destrucción por el radicalismo político, pero su aspiración en el libro es trascender ese caso histórico y ubicar nítidamente su indagación sobre el principio de que "toda teoría constitucional no es sino una ilusión, a menos que la acepten las fuerzas decisivas de la sociedad." A Neumann le interesa el problema hobbesiano del orden, la creación de un esquema de convivencia estable garantizado por la vigencia de una autoridad clara y firme. Un orden semejante no puede sustentarse meramente en normas sino en acuerdos previos que reflejan la verdadera "correlación de fuerzas" en la sociedad, y de la cual las normas son meras expresiones codificadas. Una Constitución, dice, "es algo más que su texto legal, es

también un mito que exige lealtad a un sistema de valores eternamente válido." Los pactos sociales, desde luego, requieren una base principal de acuerdo, una fundamental armonía entre los componentes del cuerpo social, no obstante "como la sociedad es en realidad antagónica, la doctrina pluralista tiene, tarde o temprano, que quebrar."

En esta obra, Neumann admite la teoría de Carl Schmitt sobre la presunta incompatibilidad entre el liberalismo y la democracia, pues "La democracia aplica el principio de que existe una identidad entre gobernantes y gobernados. Su sustancia es la igualdad (y la homogeneidad, AR) y no la libertad." Según Neumann (y Schmitt), a partir de la Revolución Francesa, la base de la democracia ha sido la homogeneidad nacional, y fue Rousseau quien articuló esta noción, al postular que la homogeneidad nacional significa unanimidad. En tal sentido, "…las libertades civiles y los derechos inalienables constituyen la negación de la democracia…pues la teoría del contrato social significa que el ciudadano, al celebrar el contrato, entrega sus derechos a la comunidad." Dejando de lado la polémica en torno hasta qué punto la interpretación de Rousseau que hacen Neumann y Schmitt es atinada o no, lo importante de resaltar para nuestros propósitos es el contraste que Neumann establece entre esta concepción de la sociedad como una masa homogénea, como un "cuerpo moral y colectivo" —en palabras del propio Rousseau—, y de otro lado el planteamiento hobbesiano de acuerdo con el cual el interés egoísta de cada cual puede, en cierta medida, mantener unida a la sociedad, en tanto que el Estado permanece como sumatoria de voluntades individuales, aunque sus miembros carezcan de una finalidad común. El impulso central de este libro de Neumann se propone señalar las grietas y deficiencias de la perspectiva liberal en tiempos de democracia de masas y de mitos políticos homogeneizadores. No obstante, en su detallada caracterización del Estado nazi, Neumann admite la radical ruptura de este último con la tradición liberal. El "Behemoth" nazi, sostiene, no fue propiamente un Estado sino una especie de "no-Estado", casi por completo desprovisto de racionalidad jurídica, sustentado en el poder carismático y regido por sus prerrogativas.

Este reconocimiento de Neumann es muy superficial y limitado. En realidad, el eje de su pensamiento en este ámbito se dirige a mostrar que el autoritarismo fascista pone de manifiesto un "núcleo irracional" o esencia original del liberalismo, presente supuestamente en la deficiente fundamentación de la doctrina liberal sobre la soberanía. Sus argumentos, expuestos con mayor detalle en otra obra, se desprenden de un análisis de Hobbes como presunto "precursor" del liberalismo, en función de un iusnaturalismo que planteaba la soberanía como garantía de un orden capaz de preservar la existencia y determinados derechos de los individuos, frente a la amenaza disgregadora de la anarquía. El pacto protección-obediencia entre soberano e individuos se transformó, en las constituciones liberales, en un esquema abstracto pero con sentido moral y legal, dentro del cual la inicial "soberanía absoluta" se ve decisivamente menguada por la división de los poderes del Estado y los diversos sistemas de limitación de las atribuciones gubernamentales, así como de los derechos y autonomía relativa de los ciudadanos.

Ahora bien, para Neumann estas construcciones de la razón liberal yacían sobre terreno frágil, pues la relación entre derecho y poder es siempre el resultado de compromisos inestables, cuya juridicidad es en el fondo la materialización efímera de acuerdos fraguados históricamente a través de los cambiantes conflictos en la sociedad. De allí que en su reconsideración de la doctrina liberal, Neumann abordó lo que a su modo de ver ha sido "la inapacidad de las teorías jurídicas porteriores a Hobbes para justificar con argumentos liberales el ejercicio de la soberanía." En última instancia, afirmaba, el totalitarismo fascista del siglo veinte no había hecho en el terreno jurídico sino "resucitar y servirse para sus fines del núcleo de irracionalidad oculto en la primitiva doctrina lieral de la soberanía como monopolio de la violencia." En otras palabras, según Neumann, el logro liberal centrado en la reivindicación de

un espacio de autonomía para los individuos, y de limitación de las atribuciones del Estado, es por definición precario debido a la constante dinámica de lucha y recurrente inestabilidad que caracteriza la vida social. Por encima de ese logro liberal se suspende, amenazante y permanentemente, el peligro de un retorno del Leviatán con toda su fuerza soberana, imponiendo su voluntad sobre los indefensos individuos: "Para Neumann, la justificación del monopolio estatal de la violencia constituía en las doctrinas del derecho natural una reserva de irracionalidad, una mácula ilegítima en el ámbito de la racionalidad burguesa." En su opinión, el fascismo había resucitado "esa racionalidad oculta y latente en las teorías políticas liberales elevándola al rango de principio absoluto.

También Marcuse, otro autor marxista de ese tiempo, quiso ver en el totalitarismo nazi-fascista una especie de puesta de manifiesto de la "esencia" del liberalismo, pues "en el racionalismo liberal están ya preformadas aquellas tendencias que más tarde, con la transformación del capitalismo industrial en el capitalismo monopolista, asumirán carácter irracional." El Estado totalitario, a su modo de ver, proporcionó "la organización y la teoría de la sociedad que corresponde al estadio monopolista del capitalismo."

No había, no obstante, sostenido Neumann que el Estado nazi era un anti-Estado? Su obra concluye en que si bien el Leviatán representaba el absolutismo, pero —como en Hobbes— posibilitaba un margen de autonomía al individuo que podía exigir la protección del soberano según el pacto, el Behemoth nazi encarnaba más bien el reino de la ilegalidad y el desorden normativo, reflejando así "el lado oculto" del liberalismo. Dicho de otra manera, para Neumann —y Marcuse— el estado totalitario nazi expresaba "la verdad" del liberalismo, que era una verdad oscura, no de libertad, sino de opresión, no de autonomía individual sino de control por el poder. Paradójicamente, el peligro de que la soberanía limitada del Leviatán deviniese en soberanía absoluta no se tradujo bajo Hitler en una estructura estatal ordenada, sino en el reino del caos signado por la acción de un desenfrenado Behemoth. En cambio, bajo el totalitarismo comunist, sí pudo llegarse eventualmente a un Leviatán medianamente ordenado en lo normativo. ¿Habrían admitido Neumann y Marcuse que el comunismo, y no el nazismo, reflejó "la verdad" del liberalismo?

3. En torno al liberalismo y el poder prerogativo

Neumann focaliza especial interés en la fragiliad de los pactos sociales, y en especial en la vulnerabilidad de las sociedades pluralistas. Ciertamente, la cohesión y unidad de las sociedades, abiertas y cerradas, no está jamás garantizada ni es eterna; de por sí, esta constatación no es particularmente original. Lo verdaderamente interesante es, por un lado, definir con precisión cuáles son los rasgos específicos de los arreglos liberal-pluralistas que generan su decadencia, y compararles con aspectos de sociedades cerradas, para alcanzar conclusiones acerca de los mecanismos de sostén de cada tipo de sociedad, sus fortalezas y debilidades. Al fin y al cabo, la experiencia del siglo XX puso de manifiesto tanto la posibilidad de que los arreglos liberal-democráticos sucumbiesen al radicalismo político, y de igual manera la persistencia y coherencia de los mismos, que finalmente se impusieron en luchas titánicas contra el totalitarismo a escala global. No tiene, por tanto, mayor sentido postular que, por ejemplo, el liberalismo produce sociedades "inherentemente frágiles", pues bien podría afirmarse que de un modo u otro todas lo son. Por otra parte, sí me parece valiosa la observación de Neumann sobre las constituciones como "mitos" o sistemas de mitos socio-culturales, observación que resalta la relevancia de los valores en los arreglos políticos y al mismo tiempo destaca la función de factores emocionales en la construcción del entorno existencial colectivo.

Es también muy cuestionable la concepción de Neumann, basada en Schmitt, sobre la democracia como homogeneidad. De hecho, la más sólida democracia de los pasados dos siglos, la democracia norteamericana, ha devenido en un orden político multiétnico, y sin embargo alcanza en los albores del siglo XXI una especie de

clímax de inmenso poderío a escala internacional, preservando la Constitución que en su origen se dió la República, así como la estructura fundamental de sus instituciones y prácticas políticas tradicionales. Difícilmente puede el caso norteamericano citarse como ilustración de "fragilidad" de los arreglos liberal-democráticos, sin pretender con ello despejar las inevitables tensiones, fallas y conflictos presentes en una sociedad compleja de semejante magnitud.

Como antes vimos, la idea marxista del fascismo como "verdad" de la sociedad liberal-capitalista tiene escaso sentido, pues para empezar deja sin explicar por qué el fascismo no puso de manifiesto esa verdad en todas las sociedades capitalistas, en especial en las más desarrolladas de la época, como la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino que sólo triunfó claramente en sociedades con arreglos socioeconómicos y tradiciones políticas más bien poco "liberales", como Italia y Alemania. Los teóricos marxistas que elaboraron esta idea redujeron la complejidad de la sociedad capitalista-liberal-democrática a una especie de "esencia" abstracta que es a la vez "revelada" y "ocultada" por las diversas materializaciones de esa sociedad en distintos países y coyunturas históricas. Desde esta perspectiva, a medida que la historia avanza se despliega también de manera más clara esa "esencia" del liberalismo, que según estos pensadores marxistas no puede ser otra que el fascismo. Este planteamiento sustituye el análisis concreto de las situaciones sociales por una fórmula abstracta y desprendida de la realidad, y su objetivo no es otro que reiterar la condena marxista al liberalismo a través de su transfiguración en fascismo. En el proceso, los teóricos marxistas en cuestión distorsionaron gravemente el liberalismo, , minimizando varios de sus componentes fundamentales y alterando el sentido de una tradición de pensamiento político mucho más compleja y sutil de lo que jamás podría apreciarse en las toscas interpretaciones —en esta materia en particular— de un Neumann o un Marcuse.

En este orden de ideas, cabe referirse al señalamiento de Neumann sobre otra presunta "reserva de irracionalidad" en el liberalismo, vinculada al problema de la justificación del monopolio estatal de la violencia y referida, en el caso de Locke, al tema del "poder prerogativo". Se trata de un concepto que expone Locke en su Segundo Tratado, y que define como "un poder, en manos del gobernante, destinado a proteger el bien común, en aquellos casos en una operación conceptual —a mi modo de ver— injustficada, en vista de la fuerza inconfundible de la posición lockeana contra la arbitrariedad del gobierno.excepcionales que se desprenden de circunstancias impredecibles e inciertas, y que no puedan ser adecuadamente manejadas con base en leyes ciertas e inalterables…" Es evidente que Locke se refiere acá a poderes "de emergencia" para circunstancias excepcionales. Neumann intenta convertir este postulado en un salto al vacío hacia el autoritarismo, Como bien señala Wolin, lo verdaderamente crucial en el liberalismo es su idea de la sociedad como una especie de intrincada red de actividades llevadas a cabo por actores que ignoran todo principio de autoridad; la sociedad es un "orden espontáneo" y la acción social carece del elemento característico de la acción política, es decir, el imperativo de recurrir al poder. Este último se admite en un grado mínimo en un sentido general-filosófico, aunque es cierto que Locke permite un campo de acción a la actividad del gobierno. Lo hace, no obstante, con la renuencia propia de una tradición —la liberal— para la cual el orden político es "como un remedio modesto, de sentido común…algo así como un mejor conjunto de comodidades para quienes ya poseían casas, y no un refugio desesperadamente erigido por quienes no tenían vivienda."

Sostener que una tradición de pensamiento como la liberal, una tradición que nace del esfuerzo para proteger a los individuos de las pretensiones del poder político, encuentra su "verdadera esencia" en el totalitarismo fascista me parece, más que una distorsión, una parodia.

Fascismo revolucionario. Evolución del fascismo hacia la expansión ideológica exterior

Erik Norling

Alrededor del cumplimiento del décimo aniversario de la *"Marcha sobre Roma"*, en 1932, y coincidiendo con la superación de los principales problemas internos, cuando el estado fascista se estabiliza, se observa una evolución manifiesta en la propaganda del régimen hacia la posibilidad de difundir el fascismo hacia el exterior. Esta proyección exterior se verá apoyada en la voluntad del propio Mussolini. Como ha señalado acertadamente el profesor Ismael Saz, éste cambio de actitud se explica en parte porque el*Duce* veía cada vez más con simpatía a los grupos más jóvenes del fascismo que reclamaban una difusión internacional del fascismo como parte de esa misión redentora que contenía, y en parte, porque contribuiría al desarrollo de sus planes de política exterior que sin tapujos acariciaba. [1] Cabría añadir además la concepción internacionalista y moderna del pensamiento mussoliniano, que no olvidemos, procedía de las filas del sindicalismo revolucionario habiendo bebido de las fuentes del socialismo internacionalista. No veía su revolución circunscrita únicamente el pueblo italiano sino que utilizaba conceptos tan genéricos -e internacionalistas- como Hombre, Nación, Humanidad, Universalidad. [2]

La idea de la expansión ideológica del fascismo y el concepto doctrinal de *Fascismo Universal* comenzó a gestarse como corriente a finales de los años veinte en Italia en distintas publicaciones que dirigían jóvenes intelectuales ligados al régimen. [3] Destacan entre estos Guiseppe Bottai, Camillo Pellizzi, Carlo Emilo Ferri, Asvero Gravelli con sus publicaciones *Crítica fascista, Universalitá fascista, Ottobre, Antieuropa*, etc que inician lo que el profesor italiano Dino Cofransesco ha definido como un debate semipúblico sobre el *mito europeo del fascismo*. Una clara evolución de los postulados ultranacionalistas que profesaba la ideología que nutrió el primer fascismo. Era un tema, el de la superación del estado nacional y la unidad europea a través de la romanidad, que tendrá gran éxito en determinados sectores intelectuales italianos e irá acorde con los nuevos tiempos en Europa donde el ideal de la unidad europea que difundían los propagandistas alemanes se convertía en un elemento esencial de la ideología fascista europea hasta el punto que el neofascismo de la posguerra será en primer lugar europeísta. [4]

Guiseppe Bottai, fundador en 1923 de otra de las revistas oficiales del Fascismo, *Crítica Fascista*, es uno de los ideólogos más influyentes del partido. [5] Desde bien pronto colaborará estrechamente con él Camilo Pellizzi, periodista como Bottai y uno de los pioneros en lanzar la expresión "*fascismo universal*" en 1925. Ambos exigirían la renovación interior del Fascismo para proseguir la revolución fascista, y la proyección universal del mismo podría ser el instrumento adecuado para alcanzar la meta de la revolución espiritual de la Humanidad con el reconocimiento del papel de Italia en esta misión redentora. La misma línea sigue el milanés Cario Emilo Ferri, director de la revista *Universalitá italiana* y también del pionero *Centro di studi internazionali sul fascismo*. Tras enumerar algunos de los tempranos intelectuales del *Fascismo Universal* debemos detenernos en el más destacado defensor de la idea de la universalidad del fascismo como doctrina: Asvero Gravelli. Joven y apasionado periodista con historial militante no menos interesante: fascista de primera hora en el Fascio de Milán, Gravelli participó con D' Annunzio en la gesta de Fiume en 1919 con menos de 20 años cumplidos, fue uno e los primeros dirigentes de las juventudes fascistas y secretario de Bianchi, uno de los miembros de primer quadriumviro. Además era fundador de numerosas revistas y editoriales. [6] Su labor en pro del fascismo universal comienza plenamente desde las páginas de su revista *Antieuropa*, fundada en 1928 y seguido

pronto por el bisemanal *Ottobre*, fundada en 1932 en homenaje al décimo aniversario de la marcha sobre Roma.*Ottobre* se convertirá en unos meses en un diario dirigido especialmente al sector juvenil del partido y portaba como subtítulo el de *Quotidiano del Fascismo Universale*, al igual que hiciera Antieuropa que se definía como*Rassegna universale del Fascismo*. Gravelli tendrá un papel fundamental, en la primera etapa, en la elaboración de la ideología del *Fascismo Universal*. A partir de la institucionalización de la proyección del *Fascismo Universal,* a través de los C.A.U.R. como veremos más adelante, alrededor de 1934-1935, su visión europeísta será derrotada por los que interpretan el *Fascismo Universal* como una mera proyección de la *Romanidad*. Su posición dentro del régimen no le permitirá tener una influencia que pueda considerarse como decisiva y deberá observar como espectador ajeno como su interpretación del *Fascismo Universal* se transformará, siendo manipulada, en una mera defensa nacionalista de la cultura romana, por ende italiana, con la exaltación del mito de la *Roma Universal*. A principios de la década de los treinta es cuando la idea del *Fascismo Universal* fue asumida por el propio Mussolini, como hemos observado anteriormente, y hace suya la frase en Octubre de 1930 declarando que el Fascismo "*en cuanto idea, doctrina y realización, es universal*" [7] Con el apoyo explícito del propio Duce, pronto la corriente del *Fascismo Universal* comienza a recibir su forma institucionalizada gracias a la creación de centros de estudios (como el centro milanés de Ferri) o congresos internacionales (el más famoso, el de Volta en 1932). Se traducirá este cambio de actitud especialmente en una evolución de los postulados del aparato de propaganda del régimen fascista, que se esforzará en difundir el fascismo internacionalmente y propagar su carácter universalista amparándose en el mito de Roma. Se crean, o bien se potencian, varias organizaciones e instituciones públicas o semipúblicas, para difundir la propaganda fascista en el extranjero. Así encontramos los *Fasci all'Estero*, la Societá Dante Alhigeri, las *Casas d'Italia* en las principales capitales del mundo, agencias de prensa italianas, y a partir de 1933 los *Comités de Acción por la Universalidad de Roma*, los popularmente denominados C.A.U.R.

Desde este momento, que podemos fechar coincidiendo con los fastos en homneaje al decenio de gobierno fascista de 1932, se inicia la segunda fase de la expansión ideológica del fascismo, esta vez hacia el exterior, que no se consolidará como tal hasta la guerra civil española, tras la conquista de Etiopía. Se caracterizará este segundo período por el abandono de la elaboración ideológica del concepto de *Fascismo Universal* para ser utilizado ya como un instrumento de la política exterior de la Italia fascista en su intento de posicionarse como una potencia de primer orden. Así competirá primero con la emergente Alemania nacionalsocialista y, después acabará involucrándose en varios conflictos bélicos (Etiopía, España, Segunda Guerra Mundial) que llevarán por demostrar el fracaso de esta política expansionista, y por provocar la decadencia intelectual del mismo concepto de *Fascismo Universal*. Éste terminará siendo sustituido por el de *Nuevo Orden Europeo* encabezado esta vez por Alemania al estallar la Segunda Guerra Mundial. El *Mito de Roma* será engullido por otro mito más atrayente y que sentará las bases de la ideología neofascista de la posguerra: el *Mito de Europa*.

Principios ideológicos universalistas del Fascismo

El Panfascismo o *Fascismo Universal* fue un concepto ideólogico que se elaboró fuera de los foros habituales de los intelectuales del movimiento fascista, a excepción del debate que se observa en la revista *Critica Fascista*. El propio Mussolini ni los demás teóricos del fascismo le dedicarán pocas palabras a esta idea, por lo que es difícil caracterizar o localizar los principios ideológicos universalistas en el primer fascismo. Es evidente que los primeros trabajos del periodista Asvero Gravelli contienen en buena medida los parámetros básicos alrededor de los cuales se desarrollará la propaganda fascista del *Fascismo universal* y del estudio de su prolífico legado nos podrá facilitar la comprensión de la posterior expansión política

de las organizaciones que asumen el papel difusor del *Fascismo Universal.*

Su revista mensual *Antieuropa* inició la elaboración ideológica de la doctrina del *Fascismo Universal* en fecha temprana. El propio título de la revista era indicativo, contradictorio y polémico como era propio de los vanguardistas italianos de la época: se pretendía romper con la *Vieja Europa*, decadente y burguesa a los ojos de los idealistas revolucionarios, para imponer una *Nueva Europa* donde imperasen los principios espirituales de la revolución fascista. Europa como concepción ideal será uno de los componentes más significativos de la concepicón del primer *Fascismo Universal* de Gravelli y su círculo. En 1932 publicaba un breve ensayo titulado*Difesa dall'Europa efunzione antieuropea del fascismo* que reivindicaba el componente europeísta del fascismo, frente a aquellos que deseaban recalcar más su aspecto latino o italiano:

"Del otro lado está un europeísmo que tiende al restablecimiento de la civilización occidental y al resurgimiento unitario de Europa... y por eso nosotros los italianos tenemos el espíritu de nuestra tierra la síntesis de Europa que tiene la virtud de un ideal universal" [8]

La crisis social y espiritual que amenaza a Europa es palpable a principios de la década de los 30 y por ello es imprescindible, apunta Gravelli, que el fascismo asuma su papel de ideología redentora de Europa:

"Somos la herejía de la moderna Europa... Instauraremos la unidad religiosa de Europa para fundar el retorno de los ideales. El Fascismo, como idea de la Italia moderna y clásica es la restauradora de una civilización: Roma el centro moral de la acción... La revolución fascista será la revolución creadora y más histórica. La Antieuropa de la camisa negra será una idea de redención y de unidad."[9]

Para lograr alcanzar este doble objetivo, por un lado la revolución y por el otro el consiguiente derribo del estado demo-liberal, las concepciones del *Fascismo Universal* debe ser difundido a todos los niveles, inspirando movimientos afines en otros países y organizándose una *Internacional fascista* que pudiera facilitar su recepción por parte de los sectores afines que podrán apoyar este cambio de actitud y de civilización. No olvidemos que Gravelli es ante todo periodista y propagandista. No en vano el fascismo ha tenido éxito en su primera experiencia revolucionaria en Italia, y ahora llegará la hora para los demás países pues el fascismo como ideología ha superado la fase nacionalista. Consiguientemente, considera Gravelli que:

"El fascismo debe servir a los elementos fascistas europeos como el modelo de táctica revolucionaria para instaurar movimientos análogos a nuestro país en países más maduros, porque el fascismo hoy ya no es más sólo un fenómeno italiano."[10]

En cuanto a la idea de una *Internacional fascista*, ya en fecha tan temprana como 1931 escribe éste sobre ello, utilizando un vocabulario que será muy común al de los propagandistas del ideal europeísta durante la Segunda Guerra Mundial. No en vano debemos recordar que Gravelli acabará el conflicto como miembro de los servicios de propaganda de las Waffen SS europeas con la graduación de comandante SS. Conjugará aquí elementos innovadores, como el de juventud, internacionalismo, europeísmo:

"La alianza internacional fascista es la forma superior de organizar las fuerzas juveniles fascistas europeas... La juventud europea y fascista debe ser capaz no sólo de destruir el viejo mundo sino además de construir y crear una nueva entidad europea y mundial... La organización internacional fascista... será el medio eficaz para ampliar y mantener la dictadura europea del fascismo. Se trata de llevar el espíritu de la revolución fascista a Europa."[11]

Sin embargo, a partir de la institucionalización oficial de la proyección externa del *Fascismo Universal* a través de los C.A.U.R., la elaboración doctrinal de Asvero Gravelli fue perdiendo influencia. Ésta mientras fue profundizando en su visión europeísta del *Fascismo Universal*, con títulos fundamentales como *Europa, con noi*! (1933) o *Fanfascismo* (1935), pero conforme se

estructuró el *Sottosegretariato per la Stampa e Propaganda* éste se vio fuera de los círculos del poder. Este ministerio, primero subsecretariado, fue el verdadero órgano de difusión de propaganda del régimen desde 1934 y dirigía firmemente cualquier manifestación fascista. A partir del momento cuando se desplaza a Gravelli, se pone de manifiesto claramente un giro en la interpretación del*Fascismo Universal*, que se transformará progresivamente en una *Universalidad Romana* donde el centro espiritual sea *Roma*, de donde se proyecta la nueva *Civilitá*.

Esta concepción del *Fascismo Universal* no era nueva, de hecho era la *latinidad* lo que había atraído a los primeros simpatizantes del fascismo de los países de lenguas romances, como Ernesto Giménez Caballero en España. El giro en la política exterior italiana, que iniciaba entonces una fase expansionista, contribuyó a potenciar esta visión. Italia, *Roma Universal*, debía convertirse en el eje central de Occidente. Por lo que la elaboración de una doctrina que sustentase tales aspiraciones fue inmediata. De hecho el propio Mussolini parece ser el principal sustentador de dicha interpretación cuando en marzo de 1934 pronuncia el célebre discurso a la segunda asamblea quinquenal del régimen, en lo que Asvero Gravelli denominó "*el documento más importante (existente) como afirmación de la universalidad del fascismo*". Dice entonces el *Duce* que:

"Desde 1929 a hoy el Fascismo como fenómeno italiano se ha convertido en un fenómeno universal... ¡En una década Europa será fascista o fascistizada! La antítesis de aquello que distingue a la civilización no se supera más que de un modo: con la doctrina y la sabiduría de Roma."[12]

La creación de los C.A.U.R. o *Comitati d'Azione per la Universalità di Roma* en el verano de 1933 era un fiel exponente de esta nueva línea de actuación. Es una manifestación más de esa impronta mucho más conservadora y católica que iba tomando cuerpo entre los teóricos de la propaganda fascista. Mucho más conservadora y nacionalista que la que le había dado Gravelli, más cercano a posturas vanguardistas y revolucionarias. No es una casualidad que el primer trabajo publicado por el presidente de los comités, el general Eugenio Coselschi, se titulara *Universalitá del Fascismo* aunque no fuera sino un intento de asimilar los conceptos de *Fascismo Universal y Roma Universal*, en su publicación ambos conceptos se entremezclan y se convierten en sinónimos, algo que no sucedía con Gravelli que distinguía claramente la importancia de diferenciarlos. Así interpreta Coselschi la noción de *Fascismo Universal:*

"Es el nombre del pasado y del presente.

Es el nombre del futuro y de lo eterno.

Es el nombre de la iglesia y del Imperio.

Es ROMA."[13]

El orden del día adoptado en el primer, y único, congreso de los C.A.U.R. en Montreux (Suiza) en diciembre de 1934 "*sobre la Universalidad del Fascismo*" sigue en la misma línea de darle un carácter más conservador, menos revolucionario. Es elocuente y resume las principales características de esta concepción que abanderarán, (el subrayado, en cursiva, es del original):

"a) Considerando que el Fascismo, doctrina política, económica y social creada en el genio de Mussolini, se ha convertido en un fenómeno de carácter *universal* que, por la fuerza de sus principios y de sus realizaciones se ha impuesto en las naciones deseosas de juventud y de regeneración, el *Congreso de Montreux confirma la universalidad del Fascismo*.

b) Considerando que el Fascismo funda un orden nuevo que, para mantener y reorganizar la disciplina moral, espiritual, familiar y nacional necesaria al pueblo, restringe al individuo para que se supere por un Ideal superior...

c) Considerando que el Fascismo, movimiento esencialmente revolucionario... el *Congreso reafirma el espíritu revolucionario y constructor del Fascismo*, la única doctrina capaz de conducir al Mundo del trabajo por la vía del bienestar." [14]

De esta resolución adoptada se deducen los principales aspectos que integran

el *Fascismo Universal*: totalitarismo, universalismo y espíritu revolucionario al tiempo que se aprecia un culto a la personalidad de Mussolini que hasta entonces no se había dejado ver excesivamente en la propaganda fascista. Las publicaciones de los C.A.U.R. y demás aparatos de propaganda externos del régimen se afanaran expresamente en el culto a Mussolini, lo que podemos interpretar como parte de la evolución de la misma como consecuencia de la necesidad de competir con la propaganda alemana. Frente al racismo alemán opusieron la *latinidad*, frente al *Führer* el *Duce*. El ascenso de Hitler al poder en 1933 y su exitosa política exterior de preguerra hizo que la Italia fascista perdiera su papel hegemónico como potencia revolucionaria y redentora debiendo competir con la Alemania nacionalsocialista.

[1] Vid. Ismael SAZ CAMPOS, Mussolini contra la II República, Valencia, Ed. Alfons El Magnànim, 1986, pp. 124-125.

[2] Vid. MUSSOLINI, Benito, Escritos y discursos, Barcelona, Bosch, 1935, p.69-102, tomo VIII. Concretamente se trata de la voz "Fascismo" para la Enciclopedia Italiana Treccani donde se reconoce por parte del Duce este bagaje cultural. sobre los orígenes revoluconarios del fascismo véase el excelente estudio del profesor israelí Zeev Sternhell y otros, El nacimiento de la ideología fascista, Madrid, Siglo XXI, 1994.

[3] L'Internazionale fascista, Michael Arthur LEDEEN, Bari, Laterza, 1973. Un estudio pionero donde se resalta el aspecto juvenil del fascismo que opta por el internacionalismo.

[4] CONFRANCESCO: Il mito europeo del fascismo (1939-1945), en "Storia Contemporanea", Bologna, Il Mulino, nº1, año XIV, febrero 1983, pp. 5-45.

[5] Sobre Bottai y los restantes dirigentes fascistas que se mencionan, véase Marco INNOCENTI, I gerarchi del fascismo, Milán, Mursia, 1992.

[6] Vid. Davide SABATINI, L'Internazionale di Mussolini. La diffusione del fascismo in Euorpa nel progetto politico di Asvero Gravelli, Roma, Edizioni Tusculum, sin fecha (aunque data de 1998).

[7] Discursos a los gobernadores federales, 27-X-1939, cit. Asvero GRAVELLI, Panfascismo, Roma, Nuova Europa, 1935, p-59.

[8] GRAVELLI, Difesa dall'Europa e funzione antieuropea del fascismo, Roma, Nuova Europa, 1932, p.21.

[9] GRAVELLI, Difessa dall'Europa e funzione antieuropea del fascismo, p.53-55.

[10] GRAVELLI, Verso l'Internazionale fascista, Roma, Nuova Europa, 1932, p.225.

[11] GRAVELLI, Verso l'Internazionale fascista, 1932, p.226-227.

[12] Cit. GRAVELLI, Panfascismo, Roma, Nuova Europa, 1935, p.61-63.

[13] Universalità del Fascismo, Florencia, 1933, p.14, cit. LEDEEN, op.cit. 124

[14] C.A.U.R.-Notiziario nº24, 23 XII 1934, p.6, el Congreso de Montreux.

El fascismo genérico. Hacia una comprensión histórica del fascismo

Stanley G. Payne

Pocos problemas de la historia reciente de Europa han generado más controversia que la interpretación del fascismo. La controversia se centra sobre todo en dos cuestiones: una es la búsqueda de teorías o interpretaciones adecuadas que puedan "explicar" el fascismo y sus causas, como se ha visto en el capítulo anterior; la otra implica la cuestión de si se uede demostrar la existencia de un fascismo genérico, distinto de una diversidad de movimientos y regímenes nacionalistas radicales y autoritarios básicamente diferentes, con un mínimo de unidad o similitud.

Es fácil demostrar que la mayor parte de las teorías carecen de validez general o niquiera específica. Tienden a ser monocausales o reduccionistas, y se pueden refutar o demostrar que son incorrectas con más o menos facilidad. Además, casi todos los que tratan de ocuparse de la teoría del fascismo no se ocupan ante todo de una categoría común o comparada de movimientos y regímenes diversos, sino que se refieren exclusiva o primordialmente al nacionalsocialismo alemán, lo cual reduce drásticamente el ámbito y la aplicación de sus argumentos.

Los fascistas y los nazis iniciales, al igual que los estudiosos y los polemistas ulteriores, tuvieron sus dudas acerca de la existencia de un fascismo "genérico" común. Antes incluso de que Mussolini llegara al poder, el término *fascista* era aplicado a veces a otros grupos nacionalistas y autoritarios por los comunistas, quienes descubrieron en los fascistas italianos un fenómeno nuevo, el primer ejemplo de una nueva fuerza anticomunista, violenta y multiclasista, un enemigo único y formidable que utilizaba algunas de las armas de los propios comunistas. Se trataba de una novedad que nunca se había previsto ni se explicaba fácilmente en el esquema marxista clásico. Sin embargo, los comunistas vieron rápidamente que la etiqueta representaba un mecanismo polémico útil, y en pocos años su aplicación se había visto ampliada de tal modo que se salía de todo contenido concebible reconocible, a medida que los comunistas empezaron a aplicarlo (acompañado de todo género de sufijos o prefijos inseparables) prácticamente en todo movimiento no comunista. Ahío está el origen del uso retórico y polémico del tñermino que ha predominado desde entonces.conforme al mismo criterio, el concepto de "antifascismo" se hizo igual de amplio y vago, y en algunos países se utilizó antes de que existiera ningún fascismo que combatir.

En cambio, al principio los fascistas italianos solían negar que existiera ninguna similitud intrínseca entre su movimiento y los nuevos movimientos nacionalistas autoritarios de Alemania o de otros países. Mussolini, de forma un tanto típica, no adoptó una postura firme y coherente en un sentido u otro. Ya en 1921 sugirió a un admirador rumano que los activistas de ideas parecidas debían formar un equivalente rumano del fascismo italiano (y de hecho, en 1923 se formó un Partido Fascista Rumano, efímero), y en 1923 respondió a los halagos de sus primeros visitantes oficiales, el rey de España y el dictador español Primo de Rivera, sugiriendo que el fascismo italiano presentaba, efectivamente, una serie de características generalizables que se podrían reproducir en otros países. Pero cuando Mussolini visitó Alemania aquel mismo año, consideró prudente negar toda similitud fundamental entre el fascismo y los grupos nacionalistas autoritarios alemanes. En 1925, Giuseppe Bastiani presentó un informe entusiasta al Gran Consejo Fascista en el sentido de que había grupos en 40 países diferentes que se autotitulaban fascistas o recibían de otros ese título. Pero al año siguiente Mussolini negaba toda similitud o vinculación reales con quienes recibían a veces el calificativo de fascistas húngaros, y así sucesivamente. En marzo de 1928 hizo su famosa declaración de que "el fascismo no se exporta".

De hecho, Mussolini osciló siempre entre la idea de que el fascismo italiano había creado un nuevo estilo, un nuevo conjunto de valores y creencias y de formas políticas que podrían constituir la base de la hegemonía italiana dentro de un fascismo europeo más amplio, y su comprensión de que esas ambiciones eran imprudentes, serían difíciles de realizar y siempre se enfrentarían con el conflicto y la contradiccióncon los aspirantes a fascistas de otros países, que insistirían en sus propios intereses nacionales e exhibían claras idiosincrasias nacionales. El enfoque de Hitler, al menos con respecto a Italia, era más firme, práctico y coherente. Queda abundante constancia de que estaba convencido, al menos a partir del momento de la Marcha sobre Roma, de que el fascismo y el nacionalsocialismo compartían un destinmo común. Aunque no los consideraba idénticos en el sentido de ser iguales punto por punto, sí los consideraba como equivalentes históricos en sus países respectivos. Aunque Hitler se mantuvo firme en su convencimiento general desde el principio al fin, no trató de elaborar una concepción mundial del nacionalsocialismo genérico, y normalmente no llamaba "fascista" al nacionalsocialismo. Como la clave del nazismo era la "raza", las contrapartidas específicas del nazismo se hallaban menos en las formas y las características políticas que en los seguidores más firmes del principio racial ario y de la revolución racial aria, estuvieran donde estuviesen. En el proceso de la revolución racial a escala europea, Hitler se convenció pronto, no obstante, de que la mezcla de las características políticas y los intereses nacionales exigía que Italia fuese el aliado inmediato más natural de una Alemania nacionalsocialista. Aunque esta conclusión fuera contradictoria en cierto sentido, Hitler actuó de forma plenamente coherente en su aplicación, y durante algún tiempo incluso respetó el control por Italia del Alto Adagio (rincón nororiental de Italia habitado por gente de habla alemana). Esta postura se le agradeció mucho. En 1928, si no antes, el NSDAP era uno de los diversos grupos nacionalistas autoritarios que recibían una subvención del estado italiano.

La inquebrantable admiración de Hitler hacia Mussolini, y por extensión (aunque no con tanta fuerza) hacia el fascismo no era algo que compartieran forzosamente otros dirigentes nazis. Al ideólogo Rosenberg le interesaba una asociación internacional de movimientos afines, pero le resultaba cada vez más despreciable la confusión racial y el filosemitismo intermitente de los fascistas italianos. Algunos de los nazis más radicales rechazaban al régimen de Mussolini por otros motivos, especialmente por ser demasiado conservador o supuestamente capitalista, aversiones que compartían en diversos grados y medidas Gregor Strasser. Goebbels y Himmler. (Este convencimiento de que el corporativismo fascista italiano era demasiado capitalista o conservador sería más tarde una crítica frecuente entre los nacionalsindicalistas de España, Francia, el Japón y otros países). Strasser también consideraba que el pionero del *Führerprinzip* había sido Mussolini (y en cierto sentido tenía razón), y lo lamentaba como importación extranjera "fascista".

Pero en general, Mussolini y algunos otros dirigentes fascistas evolucionaron cada vez más, aunque no sin titubeos, hacia el contacto con otros grupos nacionalistas extranjeros y el paoyo a estos. A fines de la década de 1920, un aspecto de esta política eran las subveciones, y otro la actitud decididamente pronazi de la revista fascista antisemita *Il Tevere*. La nueva revista *Antieuropa*, fundada en 1929, se orientaba especialmente hacia la universalidad del nacionalismo radical de tipo fascista, pero al principio no abrigaba ilusiones en cuanto a una identidad genérica absoluta o a una internacional fascista. Aunque sólo fuera por su superracionalismo, los grupos paraleleos entrarían en conflicto unos con otros, de forma que "no podían ser amigos"

.El derrumbamiento del regimen español de Primo de Rivera representó un golpe para Mussolini, pero en cambio pudo celebrar las victorias electorales de Hitler, que comenzaron en 1930. Mientras Hitler declaraba que el nacionalsocialismo señalaba una "fascistización" de Alemania (y es de reconocer que esta no era su terminología normal), Mussolini aplaudió el progreso de lo

que acabó por calificar de "fascismo alemán" y su victoria de 1933, pese a su preferencia anterior por el Stahlhelm más conservador.

En 1934, el régimen italiano estaba promoviendo el "fascismo universal", por un lado, aunque al mismo tiempo se desconectaba del nacionalsocialismo alemán. Aquel año señaló el apogeo de una guerra verbal en la cual se subrayaron, y a veces se exageraron, todos los rasgos negativos del nazismo y las diferencias entre éste y el fascismo italiano. Mussolini dejó todo esto de lado cuando se formó el Eje, pero hubo dirigentes nazis de segunda fila que siguieron despreciando al fascismo italiano por sus limitaciones, su conservadurismo y su falta de potencial plenamente revolucionario.

En resumen, los máximos dirigentes fascistas y nazis comprendían que tenían mucho en común y que parecían representar un nuevo punto de partida en comparación con grupos políticos anteriores, pero no estaban seguros de hasta dónde llegaba exactamente la identidad mutua, y siguieron teniendo conciencia de que entre ellos existían diferencias importantes, incluso decisivas a juicio de algunos. Los fascistas iniciales no podían resolver el problema político y conceptual del fascismo genérico, ni siquiera cuando hicieron un esfuerzo específico para afirmarlo y definirlo en la ´decada de 1930.

Mi propia conclusión, al cabo de dos decenios de examinar diversas y múltiples cuestiones relativas al fascismo, es que todo enfoque maniqueo del problema del fascismo genérico no puede básicamente sino inducir a error. Es decir, la habitual reducción a una identidad absolutamente común es deformante e inexacta; mientras que un enfoque radicalmente nominalista, que insiste en que todos los movimientos nacionalistas radicales de la Europa de entreguerras eran inherentemente diferentes, aunque sea correcto en el sentido último de que ninguno de ellos era un calco del otro, tiene el defecto opuesto de pasar por alto unos parecidos muy distintivos. Incluso algunos de los críticos más destacados del concepto del fascismo genérico, como Kart Bracher y Renzo de Felice, reconocen que es analíticamente posible definir algunas características comunes que compondrían un "mínimo fascista", aunque nieguen que esa identidad genérica pueda especificar lo que era más significativo e históricamente decisivo en cualquier movimiento supuestamente fascista. Así, se he utilizado la tipología del fascismo como piedra de toque para demarcar el tipo de movimiento clasificado como fascismo, pero sin suponer que la tipología genérica pudiera definir todas las características más importantes de cada uno de los distintos movimientos.

Como ya se ha dicho, la descripción tipológica sugerida de las caracterísiticas comunes de un fascismo genérico no es útil más que con fines limitados de comparación y distinción. A veces las diferencias entre los movimientos fascistizantes –fueran políticos o ideológicos – han parecido casi tan importantes como las similitudes. Cuando se emplea un inventario inductivo de características del fascismo genérico, debe entenderse que los diferentes movimientos poseían potencialmente (según los casos) otras creencias, metas y características muy importantes que no contradecían necesariamente las características comunes, sino que iban más allá que éstas. Por eso es posible que la descripción tipológica sirva de mecanismo analítico o heurístico, pero no debe utilizarse como categoría taxonómica deificada y monolítica. Quizá sirva para ayudarnos a comprender los rasgos comunes de las formas más radicales de una generación de nacionalismo europeo, condicionad por influencias culturales, políticas y sociales únicas, pero no puede aportar la plena definición histórica de cada uno de esos movimientos. Sin embargo, es posible que nos ayude a subrayar la excepcionalidad histórica del fascismo si podemos concluir que ni antes de 1919 ni después de 1945 han existido movimientos políticos de importancia que compartieran toda la gama de las características fascistas.

Algunos estudiosos percibieron pronto que el fascismo europeo no era uniforme, sino que comprendía varios subtipos distintos. Han definido este problema de diversas formas. Eugen Weber distinguía entre dos subtipos o

tendencias generales entre los movimientos fascistas: el "fascista" propiamente dicho o italiano, y el "nacionalsocialista", y aducía que el tipo italiano era pragmático (y en consecuencia más moderado, e incluso conservador), mientras que el tipo nacionalsocialista tenía más motivaciones teóricas y era más fanático, y por ello más radical y destructivo. Posteriormente Alan Cassels ha sugerido una especie de dicotomía entre los fascistas de la Europa sudoccidental y los nacionalsocialistas centroeuropeos en términos de tendencias moderadas y regresivas. Wolfgang Sauer distinguía entre tres "subtipos de fascismo" diferentes: el "mediterráneo original"; los "regímenes diversos y no demaciado longevos" de la Europa centrooriental como "variante mixta no completa"; y el "nazismo alemán" como forma especial.

La mayor parte de estas distinciones tiene fundamento, especialmente en el caso de la dualidad básica de Weber, pero ninguna de ellas es lo bastante detallada para dar cabida a todos los grandes subtipos. Como el fascismo se basaba en un nacionalismo extremo, los movimientos nacionales reflejaban sensiblemente las diferencias institucionales, culturales, sociales y espirituales entre sus propios países, con lo cual se produjeron muchas variantes nacionales. Cabe identificar como mínimo seis variedades (aunque hay quienes quizá establecieran una lista mucho más larga):

1. El fascismo italiano paradigmático, pluralista, diverso y nada fácil de definir en términos sencillos. Aparecieron formas hasta cierto punto derivadas en Francia, Inglaterra, Bélgica, Austria, Hungría, Rumania, y posiblemente incluso en el Brasil.

2. El nacionalsocialismo alemán, definido a veces como la forma más extrema o radical del fascismo, único movimiento racista que logró establecer una dictadura total, y por ende desarrollar su propio sistema. Aparecieron movimientos algo paralelos o derivados en Escandinavia, los Países Bajos, los Estados bálticos y Hungría y, de modo más artificial, en varios estados satélite durante la guerra. El tipo italiano y el alemán fueron las dos formas predominantes, pero no únicas, de fascismo.

3. El falangismo español. Aunque cierto punto derivaba de la forma italiana, se convirtió en una especie de fascismo católico y culturalmente más tradicionalista, que fue más marginal.

4. El movimiento legionario o Guardia de Hierro de Rumania, forma mística y kenótica de fascismo semirreligioso, que representó el único movimiento notable de este tipo en un país ortodoxo, y también fue marginal.

5. El movimiento "hungarista" o de "La Cruz y la Flecha" de Saláis, algo distinto tanto de los nacionalsocialistas húngaros como de los partidarios húngaros de un movimiento más moderado y pragmático de estilo italiano, y que durante breve tiempo quizá fuera el segundo movimiento fascista europeo en popularidad.

6. Los fascismos no desarrollados y abortados, intentados por medios burocráticos por regímenes autoritarios de derecha, sobre todo en Europa oriental en la década de 1930. Pero ninguna de estas tentativas llegó a producir organizaciones fascistas plenamente formadas y completas.

Como la política fascista fue una forma nueva y tardía, una gran proporción de los dirigentes fascistas o incluso de los activistas más corrientes, iniciaron sus carreras políticas como miembros de grupos no fascistas, generalmente de la izquierda radical o de la derecha autoritaria o católica. La transformación que condujo a la política y la organización fascistas raras veces fue instantánea y completa. A veces hizo falta un largo período de evolución de cinco o más años, y a veces esa metamorfosis llegó a completarse y se quedó detenida en la frontera de una especie de protofascismo parcial. O sea, que entre las tensiones de la década de 1930, muchos grupos y movimientos se vieron denunciados como fascistas, cuando no exhibían plenamente las características del fascismo genérico, sino que simplemente se iban acercando a determinados aspectos de la doctrina o del estilo fascistas; o quizá empezaban a exhibir algunos de los arreos

externos de las organizaciones fascistas, como ocurrió a menudo con los grupos derechistas, sin llegar a adoptar de hecho el espíritu, las doctrinas ni los objetivos radicales del fascismo genérico. El innegable vértigo producido por la política fascista durante el decenio de la depresión indujo a grupos marginalmente afines a hacer exhibiciones externas que a menudo se aceptaron como si representaran el verdadero fascismo. No solo esto confundió a analistas e historiadores de una generación posterior, sino que también confundió a los propios fascistas iniciales, cuando el régimen de Mussolini empezó a desplazarse hacia una doctrina más amplia de "fascismo universal", y entonces se encontró con el problema de identificar elementos afines fascistas o simpatizantes y elemenos fascistizantes o fascistizables en otros países. {…}

No se pueden comprender las fuentes del fascismo por referencia a una clase social demoníaca ni a una abstracción sociológica o filosófica. La única forma de comprender el fascismo es a partir de los contextos históricos particulares de la Europa central y sus aledaños en los años siguientes a la primera guerra mundial. Evidentemente, su éxito dependió de unas circunstancias históricas nacionales y de unas variables claves que no se daban, o no se daban con la suficiente fuerza, en la mayor parte los países.

Las principales variables culturales eran las doctrinas de intenso militarismo nacional y de socialdarwinismo internacional, en las formas que se generalizaron entre la generación de la primera guerra mundial en Europa central y sus alrededores, junto con las corrientes filosóficas y culturales contemporáneas de neoidealismo, vitalismo y activismo y culto al héroe. Esas tendencias podían encontrarse en la mayor parte de los países europeos antes de 1914, pero fuera de Europa central se veían contrarrestadas en gran medida por fuerzas culturales opuestas. Sin embargo, estas tendencias concretas se desarrollaron con más fuerza en los mundos de habla alemana e italiana y su hinterland cultural (como las regiones de Austria-Hungría).

La principal variable política no fue primordialmente el derrumbamiento de la democracia liberal establecida- ninguno de los sistemas democráticos liberales (los del norte de Europa y los países del antiguo Imperio Británico) se derrumbó-, sino que fue el impacto de la derrota militar y de la grave frustración nacional o la privación de peso internacional lo que creó la reacción en unos sistemas políticos en los que acababa de iniciarse la transición de la democracia liberal movilizada. A la inversa, el fascismo no podía avanzar mucho en sistemas democráticos preliberales, pues estos últimos no permitían la movilización, el desafío al sistema ni unas elecciones verdaderamente libres. Por el contrario, los dos movimientos que alcanzaron el éxito se aprovecharon de sistemas que estaban haciendo, o acababan de hacer, el tránsito a la democracia liberal mientras se enfrentaban con una crisis nacional muy influida por las relaciones exteriores y por una sensación de restricciones internacionales.

Parece que las principales variables sociales tuvieron que ver con una serie ampliada o en expansión de sectores medios que todavía no estaban ajustados a un marco moderno, industrial y democrático liberal de economía y de gobierno. El fascismo no constituía una tentación para los países plenamente desarrollados (los que contaban con economías industriales y con sistemas democráticos liberales arraigados, establecidos desde hacía una generación o más) ni para los países atrasados, agrarios y subdesarrollados. Concretamente, sólo afectó de forma grave a los países nuevos del decenio de 1860: Alemania, Italia y Austria-Hungría. Fue una consecuencia de las frustraciones de una condición intermedia nacional, imperial y hasta cierto punto estructural a principios del siglo XX, dependiente de una cultura peculiar de activismo, actividad declarada, comunidad orgánica, fuerza de voluntad y violencia. Sus manifestaciones más peligrosas se debieron a que hasta 1945 un país de una fuerza nada más que intermedia, como Alemania, que no poseía verdaderamente los recursos de un imperio continental, pudo amenazar a la paz del mundo y conquistar la mayor parte de Europa.

Los movimientos fascistas característicos se limitaron sobre todo a la Europa de entreguerras, y de forma todavía más específica a la Europa central y centro-oriental y a la España de la Guerra Civil. El calificar a todo el período de 1919 a 1945 de era del fascismo puede ser acertado en el sentido de que el fascismo fue uno de los movimientos más originales y vigorosos del radicalismo de nuevo tipo en esos años, y también en el sentido de que durante algún tiempo Alemania se convirtió en el estado dominante de Europa. Pero no es coreecto si se interpreta en el sentido de que el fascismo pasó a ser el elemento dominante en la política general, pues fueron relativamente pocos los europeos convertidos directamente al fascismo. En la abrumadora mayoría de los casos, los partidos fascistas tuvieron muy poco éxito y obtenían pocos votos. El antifascismo (a menudo como doctrina organizada por los comunistas) padeció al fascismo en muchos países europeos, y entre los socialistas italianos- en su oposición al "socialchovinismo" de Mussolini- casi padeció al propio fascismo inicial. Hacia 1939, los antifascistas, tanto los meros votantes como los activistas, fueron siempre mucho más numerosos que los fascistas en Europa considerada en su conjunto.

La crisis y las situaciones semirrevolucionarias no duraron mucho tiempo, y los movimientos fascistas carecían de una base clara de clases o de intereses que los sostuvieran. Su insistencia en un estilo militarizado de la política, junto con su necesidad de aliados, por fisipara que fuera la relación, limitaba mucho sus oportunidades y su tiempo de trabajo, y los obligaba a obetener el poder en menos de una generación, y en algunos casos en unos pocos años. La camapaña de un partido fascista para obtener el poder amenazaba a la comunidad política huésped con un estado de guerra política (aunque no de guerra civil insurreccional) completamente diferente de la política parlamentaria normal. No hay un solo sistema que pueda soportar mucho tiempo un estado de guerra latante, aunque no se lance una insurrección directa. O sucumbe o supera el desafío. En la inmensa mayoría de los casos se rechazó el desafío fascista, aunque a veces a costa de establecer un sistema autoritario más moderado. En todo caso, el 0,7% de los votos logrados por la Falange en las últimas elecciones españolas de 1936 estaba mucho más cerca de la norma que el 38% logrado por los nazis en 1932.

Si bien el fascismo fue en parte un fenómeno cultural y en parte resultado del funcionamiento de la política imperialista-nacionalista de los nuevos estados en la década de 1860, es improbable que vuelva a repetirse de forma reconocible como un fascismo genérico europeo. Existen por lo menos dos motivos primarios para ello. Uno es que en 1945 se destruyeron las pretensiones y la dinámica imperialistas de los nuevos estados del decenio de 1860, y no es probable que resuciten. En segundo lugar, y es lo más importante, las bases culturales del fascismo genérico se han visto totalmente erosionadas en la era posterior a 1945, especialmente a partir de 1960, más o menos. Hoy día todas las fuerzas ideológicas en competencia comparten un materialismo humanista común, que excluye tanto el idealismo como el vitalismo anteriores. La tendencia se ve acentuada por la crisis general de la autoridad, la aceptación general de los conceptos de igualdad (social, racial, internacional), la marcha arrolladora de la burocracia y la aceleración de la atomización social.

Pese a la probabilidad de que no puedan repetirse formas específicas extinguidas, el fascismo fue algo clave en el radicalismo y el nacionalismo del siglo XX, de manera que muchas de sus características y sus influencias permanecen. Por eso resulta fácil jugar a definir los "fascismos" contemporáneos, pues muchos de los regímenes autoritarios nacionalistas tienen algunas de las características del fascismo (igual que todos los regímenes comunistas tienen algunas de las características del fascismo), aunque un análisis a fondo nunca permite mantener la tipología. Uno de los casos favoritos es, o era, el régimen de Nasser (actualmente de Sadat) en Egipto, con su *Führerprinzip*, el "socialismo árabe", un sector estatal de la economía que casi llega al 40%, la belicosidad contra Israel y un supuesto antisemitismo. Pero el régimen

nasserista no tenía una filosofía ni una cultura muy específicas, ni disponía tras de sí de un movimiento unipartidista coherente, aparte de la amorfa Unión Nacional Árabe. Nunca fue decididamente anticomunista, ni de hecho tuvo mucha coherencia en forma alguna. En su última fase, bajo Sadat, ha resultado ser todo lo contrario de un régimen belicoso o ferozmente antijudío.

El mismo juego se puede hacer con Israel. De hecho, conozco personalmente a varios fascistas europeos que miran a Israel como el perfecto estado "fascista representativo", con una relativa democracia interna, perocon un nacionalismo y un exclusivismo externos absolutos. De hecho, Israel es en algunos aspectos un producto del nacionalismo centroeuropeo absoluto, es etnocéntrico, ultranacionalista, militarista y expansionista, busca un Lebensraum y actúa sobre la base de una especie de teoría de *Herrenvolk* y *Untermeschen* respecto de Tierra Santa. Pero también es una auténtica democracia que funciona, al menos por lo que respecta a la población judía, y actúa como un *Rechtsstaat*, con los musulmanes. Y eso no tiene nada de fascista.

Mucho más fácil sería aducir esto respecto de la dictadura libia de Maumar el Gadafi. Aunque está sentado sobre un mar de petróleo, Gadafi es un antimaterialista musulmán fanático que trata de establecer un sistema cuasirrevolucionario estatal, una especie de nacional socialismo. Su interes por la violencia, el militarismo y el expansionismo internacional es evidente. Además, Gadafi ha escrito un libro (el *Libro verde*, traducido a varios idiomas) a fin de difundir el evangelio del *Führerprinzip*: los vínculos entre el jefe y un pueblo unido de todas las clases, que crean una "verdadera democracia" sobre bases orgánicas, lo cual suena muy parecido a la Italia fascista o a la España de Franco. Y, sin embargo, parece más probable que Gadafi, con sus sistema de asambleas populares y sindicatos controlados por el estado, reproduzca un tipo radical y expansionista de "autoritarismo burocrático" (la frase remite a América Latina) que un fascismo movilizador de masas, revolucionario y de partido único. En todo caso, se acerca más al estilo y la tipología que cualquier dirigente desde Perón.

Hay quien opina que los regímenes comunistas nacional-campesinos de Asia, basados en el *Führerprinzip*, en un nacionalismo etnocéntrico extremo y en el racismo (y en lo más absolutamente grotezco del antimodernismo, en el caso de la Camboya de los Khmers Rojos) representan la fascistización del comunismo. No cabe duda de que, como se ha comentado antes, el fascismo y el comunismo comparten muchas características fundamentales, y a los portavoces rusos les encanta aplicar a China los mismos términos que a la Alemania nazi: política "pequeñoburguesa", "nacionalismo burgués", "degeneración militar-burocrática", "obediencia sumisa" de las masas, "antiintelectualismo", "voluntarismo", "subjetivismo", políticas "autárquicas" que tratan de colocar "la población excedente" en "territorios extranjeros", lo cual lleva a concluir que "el enfoque maoísta" no difiere en absoluto del "fascismo". Las listas paralelas realizadas respecto a Cuba por analistas más serios incluirían la evolución pragmática *a posteriori* de una ideología mediante la práctica, la importancia prestada al campesinismo y el nacionalismo extremo, el gobierno por carisma y el principio de la jefatura, así como el aventurerismo militar. Por precisas que sena la mayor parte de esas comparaciones técnicas, no definen doctrinas y regímenes que en la mayor parte de los aspectos sena generalmente parecidos al fascismo. Todos los regímenes comunistas con la única excepción de Yugoslavia- han permanecido fieles a los principios leninistas-stalinistas de total burocracia estatal, colectivismo estatal casi total (con pequeñas excepciones) y materialismo filosófico. Se trata e principios fundamentales absolutamente opuestos al fascismo.

Aunque los pequeños y diversos movimientos fascistas fundados en los Estados Unidos en los años 30 no prosperaron, a veces también se han señalado las características fascistas de movimientos radicales de minorías en los Estados Unidos. Marcus Garvey afirmaba haber inventado el

fascismo, mientras que los Panteras Negras, con su racismo, su violencia y su autoritarismo, daban muestras de algunas de las características fundamentales. Un libro sobre el movimiento de "La raza" de César Chávez cita cinco características "nazis" del nacionalismo chicano: 1) deificación de los líderes; 2) exaltación de un frupo de *Ubermensch* o de "gran raza" al que se ha de colectivizar y hacer esclavo de sí mismo con objeto de que ocupe el lugar que le corresponde en la historia; 3) la necesidad de conquistar un *Reich* o un *Lebensraum* mayores, en el cual resida la gran raza en gloria colectiva; 4) un vago socialismo utópico específicamente para la gran raza,y 5) un rechazo absoluto del individualismo y del indivisuo y de los derechos de propiedad a favor del colectivo. Pese a la detallada que es esta lista, no logra convencernos de que en este caso nos estemos ocupando de un movimiento fascista, tanto porque la lista deforma las características del nazismo europeo, como porque otras características del movimiento de Chávez, como su orientación católica y su relativa repugnancia por la violencia, lo descalifican en ese sentido.

En los años 60 y principios de los 70 también se atribuyeron a los revolucionarios estudiantiles grandes posibilidades de adoptar el papel de neofascistas. Entre sus características supuestamente fascistas figuraban la formación de la ideología por la acción y no por la teoría, el antiintelectualismo, el no racionalismo, el voluntarismo y el activismo, la tentativa de trascender tanto el liberalismo como el marxismo en busca de un nuevo futurismo, la fascinación con los mitos y los héroes, el reclutamiento mediante un "generacionismo de clase", el uso de la violencia, el odio a las plutocracias, la defensa de las doctrinas de las naciones proletarias en pro de los nacionalismos del tercer mundo o comunistas, y el apoyo al militarismo extremo entre estos últimos. La lista no dejaba de ser impresionante, pero carecía, por lo menos, de un número igual de puntos en los cuales los ucho menos a un nacional sindicalismo organizado o a una economía regulada por el estado en el sentido centroeuropeo de esos términos. Por último, la cultura filosófica específica del

Después de todo, el fascismo fue la única gran ideología nueva del siglo XX, y no es de sorprender que varias de sus características clave vuelvan a aparecer en movimientos radicales y en regímenes autoritarios nacionales en momentos ulteriores y en otras regiones, aunque en general el perfil de los nuevos grupos sea distinto de los fascismos europeos genéricos. Cabe especificar varias de esas características:

1. Autoritarismo nacionalista permanente de partido único, que no es pasajero ni preludio del internacionalismo.

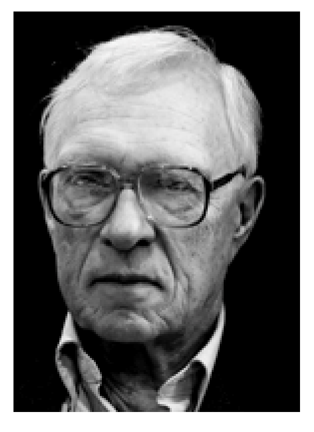
2. Principio de jefatura carismática, incorporado también por muchos regímenes comunistas y de otro tipo.

3. Búsqueda de la ideología etnicista sintética, distinta del liberalismo y el marxismo.

4. Sistema estatal autoritario y economía política de corporativismo o sindicalismo o socialismo parcial, más limitada y pluralista que el modelo comunista.

5. Principio filosófico de activismo voluntarista, no limitado por ningún determinismo filosófico.

En estos aspectos, la experiencia fascista fue fundamental para la revolución y el nacionalismo autoritario en el siglo XX. En ese sentido, la influencia del fascismo seguirá sintiéndose en el futuro, y también la sentirán algunos de los antifascistas formales más vociferantes.



Stanley G. Payne